

34441-4

Es/ 3.00 c/o

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XX

Nº 4

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1964

CUENCA - ECUADOR

1hhhc

mfn 8511
8641

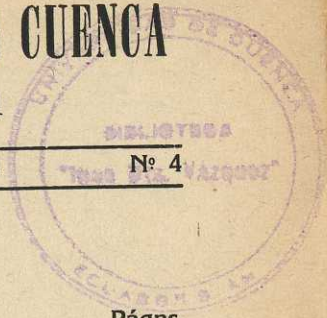
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XX

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1964

Nº 4



SUMARIO:

	Págs.
G. C. G. Editorial: En el Centenario de Unamuno ..	683
PAGINAS DE HONOR:	
Trascendental e Histórico Acto Universitario:	
Leoncio Cordero Jaramillo: Discurso	689
Marco T. Erazo Vallejo: Discurso	696
Gabriel Cevallos García: Primera Lección del curso académico 1964 - 1965	698
Jaime Vintimilla Albornoz: Discurso	707
Cornelio Malo Donoso: Discurso	712
Miguel de Unamuno: ¡Tres Ensayos: Adentro! — La Ideocracia — La Fe	715
Francisco Alvarez González: Unamuno y la Enseñan- za Superior en España	745
Wolf Hollerbach: La Técnica Narrativa	757
Rigoberto Cordero y León: Schumann, Distancia Ine- fable	783
Miguel Sánchez Astudillo: El Ser de Unamuno	791
Nómina de exalumnos de la Universidad de Cuenca galardonados con la Condecoración "Benigno Malo"	805
Ricardo Muñoz Chávez: Notas Bibliográficas	811
CRONICA UNIVERSITARIA	822

SUMARIO:

Página	
683	O. C. G. Echebur: El Centenario de Unamuno
689	Leandro Cortés Jaramillo: Discurso
696	Marco T. Barzo Valtos: Discurso
698	Gabriel Cavallari García: Primera lección del curso académico 1964-1965
701	José Martín Albaroz: Discurso
712	Cortés Mino Donoso: Discurso
715	Miguel de Unamuno: Tres ensayos. Abanico de la literatura — La Fe
748	Francisco Álvarez González: Gramma y la literatura superior en España
757	W. J. Hallerbach: La Técnica Narrativa
783	Ricardo Cortés y León: Schumann. Discurso inaugural
791	Miguel Sánchez Astudillo: El Ser de Unamuno
803	Historia de exámenes de la Universidad de Cuenca celebrados con la Condecoración "Benigno Malo"
811	Reseña de la obra de José María Sánchez: Notas Bibliográficas
822	CRÓNICA UNIVERSITARIA

EDITORIAL

En el Centenario de Unamuno

Otro centenario a la vista: el de don Miguel de Unamuno, personaje algo más que importante en las letras de España y de América Española, y uno de los iberos más universales de las últimas décadas.

Ante la fecha hacemos un alto. Dedicamos este número de Anales a la memoria de Unamuno, pero, juntamente hacemos algunas consideraciones que son del caso expresar. Pues la secuencia conmemorativa, que es moda y por tal irresistible, demanda ahora un crecido número de actitudes que, a fuerza de repetidas, van tornándose falsas, llenas con el ruido de las frases huecas, pobradas de convenciones sociales de dudoso contenido humano. Queremos decir que los centenarios se van tornando en pretexto para hacer lo indebido.

Y en cuanto mira a conmemoraciones, lo indebido alcanza medida capital, marchando a la cabeza de ello la innumerable conmemoración patriótera, endémica enfermedad de los pueblos de corta historia. Y en los pseudo cumplimientos que despliega la conmemoración patriótera, hace vana ostentación de aparatosidad inútil y de comedia insustancial. O sea, convierte la conmemoración en festo popular.

Conmemorar es lo contrario de una fiesta. Festejar requiere una amplia permisión a la superficialidad, un desate de lo sensitivo sobre lo intelectual, un volcamiento del regocijo colectivo sobre el anónimo escenario de la calle o de la plaza.

Conmemorar es hacer memoria, o sea tornar a la intimidad, porque los recuerdos los vive el alma hacia adentro. La conmemoración equivale a un detenerse a meditar, a un tránsito del pensamiento sobre lo que es digno de memoria y dura gracias a la maravilla del recuerdo. Conmemorar exige, pues, repensar.

El arte de repensar: he allí un programa unamunesco. Reiteradas veces lo dijo don Miguel: lo que no tornamos a pensar se convierte en lugar común. O, dicho en forma positiva: lugar común es cuánto repetimos sin pensar. De donde el adagio unamuniano: solamente con repensarlo, acabamos con cualquier lugar común.

Y en torno del escritor español, cuántos de estos lugares se han edificado. Recintos concéntricos de ellos circuyen la figura de Unamuno. Fortalezas inexpugnables de frases hechas levantó la crítica, en cosa de medio siglo, en torno al personaje. Lugares comunes sostuvieron la fama del Unamuno católico, lugares comunes levantaron la excelencia del Unamuno protestante, lugares comunes crearon el prestigio del Unamuno místico, del Unamuno teórico, del filósofo, del arbitrario, del caprichoso, del paradójico... Y tras estas barbacanas mentales se encubrió y deformó al auténtico y real don Miguel de Unamuno, se nos lo aminoró, mermando la condición del que fué un hombre de carne y hueso, como él decía con tanto gozo.

En torno de Unamuno hay que repensar cuánto se ha dicho en contra de él, y cuánto se ha clamado en su loanza: todo desmedido, por igual. Necesitamos tomarle tal cual fué, leyéndole sin las antiparras de la postura previa, y meditándole al margen de los lugares comunes.

Y entonces veríamos la real figura de un cristiano —no trágico, no agónico— lleno de esperanza, agitado por la espera que él deseaba hoy mismo realizada, en un aquí y ahora sin aplazamiento; veríamos la conciencia de un creyente que jamás pensó en hacer teología, mas supo destinar horas profundas a la meditación de los temas que asaltan a todo hombre de vida interior.

Veríamos, también, que Unamuno jamás osó rebasar los sistemas filosóficos —éstos o aquéllos— ni, menos, emuló con los pensadores que leía y releía para coincidir o disentir, pero con franqueza

intelectual admirable. Veríamos, además, que el hombre caprichoso, paradójico y exaltado se disuelve en las aguas fluyentes de una vida entregada a un destino bella y libremente amado: encontraríamos una existencia fluyente como la continuidad del río, cuyas olas y espuma se unifican en la clara sustancia decurrente.

Finalmente, veríamos en Unamuno nada meinos que a todo un hombre, a un hombre todo, es decir cabal en la acción, en los deseos, en los impulsos, en el hablar y en el pensar. A muy pocos se les puede mirar tan adentro como a Unamuno y, quizás por eso, la mirada apresurada de las gentes no haya logrado definirle, cuando él se definiera con el título de una de sus novelas: nada menos que todo un hombre.

Entender qué sea el hombre, encierra el programa de más urgente realización en este siglo, por otra parte, lleno de programas donde anda excluida una mejor intelección y un más grande amor a la primera persona de la historia. Siglo de humanitarismo fué el decimonónico. Siglo de comunitarismo es el vigésimo. Pero ni aquello ni ésto logra realizarse sin la morosa intelección del hombre como tal, en su figura y en su valía. Las dolidas meditaciones de Unamuno avanzaron en este sentido, rompiendo el muro del yo entre los prójimos, ablandando el piso para nuevos deslizamientos que nos permitan llegar airoosamente al alma de los demás. Y en este viaje necesario y absoluto que es la convivencia histórica, nada hay que supere en cuanto a técnica y en cuanto a ética al medio y al fin inesquivables de hallar cada hombre a todos los demás hombres.

Si no es una estación de tránsito en este viaje, don Miguel, por lo menos, representa uno de los lugares de partida de la humana comprensión aparejada a la sensibilidad de nuestro tiempo.

G. C. G.

Páginas de Honor.

TRASCENDENTAL E HISTORICO ACTO UNIVERSITARIO

El trece de octubre de mil novecientos sesenta y cuatro la Universidad de Cuenca celebró, con toda pompa, una ceremonia de significativa valía: la apertura del año académico de 1964-1965 y el homenaje que el Instituto, oficialmente, tributaba a insignes Maestros de la Juventud, los doctores Carlos Cueva Tamariz y Luis Monsalve Pozo, y el catedrático jubilado doctor Antonio Abraham Barzallo.

Al mismo tiempo la ceremonia tenía también, otro objetivo excepcional: abrir al público el imponente y moderno auditorium de la Ciudad Universitaria.

Para estas gratisimas faenas se reunieron los dirigentes universitarios, los profesores y los estudiantes, acompañados de las autoridades de la Ciudad de Cuenca y de un numeroso y distinguido concurso de invitados.

Las amplias dependencias del auditorium se encontraban completamente llenas cuando la orquesta del Conservatorio de Música dejó escuchar los acordes del Himno de la Universidad.

El Rector del Instituto, doctor Gabriel Cevallos García, anunció en forma oficial que el gran auditorium, ocupado por primera vez, llevará en adelante el nombre de CARLOS CUEVA TAMARIZ, por haberlo así resuelto el Consejo Universitario, como un homenaje al infatigable esfuerzo del doctor Cueva Tamariz en pro de la Ciudad Universitaria que constituye ya una bella y halagadora realidad. El anuncio fue ratificado con el aplauso unánime de los concurrentes.

Inmediatamente el doctor Cevallos García dispuso que se realice un segundo homenaje al doctor Cueva Tamariz: la entrega de la Insignia Honorífica UNIVERSIDAD DE CUENCA que, establecida en el Estatuto Orgánico para galardonar a los ciudadanos que hubieren prestado relevantes servicios al Plantel, se la había discernido por primera vez desde cuando fue instituida.

El Secretario General dió lectura al texto de la resolución concebida en estos términos:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, habida consideración de las altas prendas morales y docentes que adornan al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, y en expresión de reconocimiento a los servicios que este ilustre Rector ha prestado durante veinte años de brillante y abnegada labor al Instituto, tiene a bien concederle la Presea "UNIVERSIDAD DE CUENCA", la misma que podrá usarla como Condecoración.

Dado en el Salón de Sesiones del H. Consejo Universitario, en la ciudad de Cuenca, a los trece días del mes de octubre del año de 1964.

Gabriel Cevallos García,
RECTOR.

Alfredo Abad Gómez,
SECRETARIO.

Previamente a la entrega de la Condecoración el Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas doc-

tor Leoncio Cordero Jaramillo exaltó la obra espiritual y material realizada por el doctor Cueva Tamariz en beneficio de la Universidad, en los términos siguientes:

"Señores:

La inauguración de un nuevo año lectivo, no es un acontecimiento rutinario; profesores y alumnos, educadores y educandos, concurrimos, tras el descanso reconfortante, dispuestos a reiniciar la marcha, con nuevas energías, con ansias de nuevos caminos, con fe en el futuro, con la esperanza de que nuevas auroras y nuevos soles alumbrén los horizontes de la patria y del mundo.

En esta ocasión nos congrega un motivo más, venimos a la inauguración de este nuevo Teatro Universitario, el aula magna de la Institución, que llevará el nombre del Ilustre Rector Honorario de la Universidad, Dr. Carlos Cueva Tamariz, a quien, en acto de justicia, que honra a quienes tuvimos el acierto de tomar esta resolución, se le entregará la Presea "Universidad de Cuenca", insignia que se otorga a la persona "que haya prestado relevantes servicios a la Universidad", como reza el artículo 71 de los Estatutos del Plantel; en reconocimiento, a su obra valiosa y fecunda realizada en favor de la Universidad a través de su Rectorado, obra que, nadie que tenga luz en los ojos y criterio sano, podrá dejar de reconocer.

Para tan trascendental acontecimiento, he sido honrado con la distinción de llevar la palabra en este momento solemne de la vida universitaria. A pesar del temor de que enturbie con mi palabra el brillo de esta sesión, no he dudado en aceptarla, por la respetabilidad que me merecen mis mandantes y por el gran afecto y la admiración que siempre he mantenido para este maestro y amigo. Pero si mi voz, no alcanzará a traducir lo que significa la obra del Dr. Cueva Tamariz, su presencia en este acto, como lección viviente, como página brillante en la vida de la Institución, nos ayudará a recoger su obra múltiple y profunda, su labor constante e indeclinable, su trabajo y abnegación, su acción y su pensamiento consagrados al servicio de la Universidad, por cerca de un cuarto de siglo, hasta alcanzar la "Reforma Universitaria", a la que hemos asistido y la que ha llevado a la Institución, al plano de respetabilidad que hoy ocupa

entre las Universidades latinoamericanas; salvándola de la tormenta que azotó a la Universidad Ecuatoriana, haciéndola merecedora de los más elevados comentarios de parte de comisiones y organismos internacionales, prestigiándola en los campos docente, cultural y científico.

No es el momento oportuno para el análisis de la obra del Dr. Cueva Tamariz, ni para el estudio de las múltiples facetas de la robusta personalidad de este Ilustre ciudadano, ni mi capacidad me permite calificar la estela dejada por el maestro, perpetuada a través de las generaciones de sus discípulos, ni juzgar la obra del literato y Presidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura, del prestigioso sociólogo, del legislador, del sobresaliente ciudadano y valiente defensor de los derechos de los trabajadores, los que por otra parte, han sido ya reconocidos, hace no mucho tiempo, por el H. Consejo Provincial, que le galardonó, con sobrada razón como al "mejor ciudadano" de su año.

Si son múltiples los campos en los que se ha destacado el Dr. Cueva Tamariz, en ninguno es tan amplia la labor, como en el campo docente, como educador y como maestro, porque con su gran amor a la juventud, con su fanatismo por el progreso de la educación, con su especial cariño a toda manifestación de cultura, ha recorrido, como pocos pueden haberlo hecho, por todos los campos y por todas las esferas de la educación, dejando huellas profundas, senderos de luz en los caminos por él recorridos: desde la escuela primaria hasta la Universidad; desde la Dirección de Estudios hasta el Ministerio del ramo; desde la cátedra de extensión universitaria hasta la presidencia del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura; pasando por las cátedras y el rectorado de la enseñanza secundaria; por el Profesorado y el Decanato de su Facultad, integrando al mismo tiempo todos los organismos directivos y todas las asociaciones llamadas a velar por la cultura y el progreso de su tierra nativa.

Se dice que en todo hombre se dejan sentir dos tendencias en conflicto, el deseo, por una parte, de acogerse tranquilamente a la sombra, al abrigo de todo peligro y de toda peripecia, cumpliendo con lo más elemental que la vida y las obligaciones requieren, y por otra parte, el deseo de lanzarse alegremente por los caminos del mundo, en busca de nuevos horizontes, bajo el sol o la tormenta, en

pos de la aventura y del ideal. El Dr. Cueva Tamariz es uno de estos hombres que nació para transitar por los caminos del mundo, alegremente, con la luz en las pupilas, con la sonrisa en los labios, con su frente en alto, tras nuevos ideales, en pos de la aventura, en el sentido de acción creadora y cambiante, guiada y dirigida hacia ese mismo ideal.

Cuántas veces le hemos oído, en circunstancias como esta, en sus magistrales discursos de iniciación de un nuevo año lectivo, su insatisfacción con lo hecho, esa insatisfacción que es camino que lleva a la perfección. "Si creyéramos, nos decía alguna vez, que lo hecho por nuestros antecesores y por nosotros es perfecto y acabado, estaríamos grandemente equivocados y ello nos conduciría al estancamiento y a la inacción. La conciencia de la imperfección es el más poderoso resorte de la voluntad y del progreso". Cuántas otras veces le hemos oído preguntar: "Le damos a la Universidad lo mejor de nuestro espíritu, le dedicamos todo el tiempo que ella nos demanda? Nos servimos de todos los medios que están a nuestro alcance para que el rendimiento de nuestras labores llegue a los altos niveles que corresponden a la ambición del saber y de la cultura universitaria?" y a estas preguntas respondía diariamente, con su ejemplo, con sus nuevas ideas, con sus obras, con su don de organización, con esa sólida organización que supo dar a nuestro Plantel, sin la cual, nada hubiera sido eficaz ni duradero.

Si echamos una mirada hacia atrás, veremos la trascendencia y la magnitud de la obra del Dr. Cueva Tamariz en beneficio de la Universidad de Cuenca: la organización y el sentido de responsabilidad que supo imprimir en profesores y alumnos, en dirigentes y dirigidos; el riguroso mantenimiento del calendario escolar; el cumplimiento de programas y planes de educación; la evaluación periódica de la docencia; la comparación estimulante entre cátedras, escuelas y facultades; todo conseguido a base de tino, de sagacidad y a través del gran respeto a la autoridad universitaria. Porque la administración del Dr. Cueva Tamariz ha sido modelo de pulcritud y de respetabilidad. Nunca escapó a su control, una sola de las inversiones en Escuelas o Facultades, por pequeña que esta fuera, tratando siempre del mejor aprovechamiento de las escasas posibilidades económicas de la Universidad. Pero si algo contribuyó a que la organización, la disciplina y el trabajo administrativo y docente alcanzaran tan alto

grado, fue la gran respetabilidad de todos cuantos componemos la Universidad, para las autoridades del Plantel y el respeto de estas a las ideas ajenas.

Esta pulcritud administrativa, este sentido de organización, esta respetabilidad constituyeron las bases sobre las que se asentó el progreso material y docente de nuestra Institución. Hombre de realizaciones prácticas, tenaz en su acción, confiado en el ideal y en el valor de nuestras propias posibilidades, sin contar con ayuda especial, con la ayuda que por equidad y por derecho debía tener la Universidad de Cuenca, a base de propio esfuerzo, a expensas del escaso presupuesto universitario, llegó a dotar a Cuenca de esta hermosa ciudadela, orgullo de nuestra Universidad, en la que se ha logrado aunar: arquitectura y organización, confort y belleza. Cualquier autoridad sin el espíritu y la acción del Dr. Cueva Tamariz, difícilmente hubiera emprendido en obra de tanta magnitud, que invita a meditar si admirar la obra realizada, que por cierto es grande o su fe en nuestros propios valores, que llevó a la realización, sin contar con los medios indispensables para su financiación.

Si la obra material fue motivo de su preocupación, mayor aún fue su empeño por dotar a la Universidad de gabinetes y laboratorios, de imprenta y bibliotecas, de medios de trabajo y de docencia, adaptándola diariamente a las modernas corrientes pedagógicas, buscando nuevos horizontes, abriendo nuevos derroteros para la juventud en busca de su ideal. Obras suyas son las nuevas Facultades y Escuelas; el incremento del personal docente; su especialización en diversos campos del saber; la selección del material humano. Fruto de su indeclinable preocupación por el engrandecimiento de nuestra Universidad son las frecuentes conferencias y visitas de profesores nacionales y extranjeros; la concurrencia de la Universidad a numerosos congresos y conferencias dentro y fuera del país; la organización de reuniones y certámenes en nuestra ciudad y su constante preocupación por dar nuevos rumbos a los métodos y sistemas docentes.

Hombre de amplia cultura humanística, quizo, y ha conseguido, que nuestra juventud no se encierre en el claustro de su especialización, que el Universitario sea, ante todo, hombre culto, fundó la Facultad de Filosofía y Letras y con ella se organizaron cursos hu-

manísticos, adelantándose la Institución a muchas otras en Latinoamérica. El estímulo a las manifestaciones de la cultura en sus diversos aspectos; su palabra de aliento en los certámenes y seminarios universitarios, su apoyo decidido a las publicaciones de los profesores y de las Facultades, no hablan claramente de su especial preocupación por la cultura humanística del universitario?

La Escuela de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, las exposiciones de las Facultades contaron siempre con su estímulo entusiasta y decidido.

Si las manifestaciones artísticas y culturales tuvieron en el Dr. Cueva a un mecenas, las manifestaciones de cultura física, no fueron extrañas a su preocupación. Pruebas de ello son, la moderna piscina, los proyectos de gimnacios y campos deportivos, el estímulo de la Universidad al deporte y al atletismo, concebidos, según sus propias palabras "como medios de alcanzar salud para el cuerpo y equilibrio para la mente".

Pero hacía falta que tratemos de recordar la obra del Dr. Cueva Tamariz? En verdad no hacía falta, porque su obra no es de ayer, es de hoy y será del futuro; porque no está oculta, sino que es tangible y real; porque no es egoísta, sino que tiene hondas raíces en las legiones de jóvenes de ayer, muchos de ellos hoy hombres de ciencia, legisladores o académicos, magistrados o dirigentes de esta misma casa de estudios, porque la labor de este maestro, es silenciosa, pero no está oculta, ya que tiene raíces de perpetuidad, porque tiene lo de sublime del sembrador que perpetua la semilla a través de los frutos.

Si en verdad no hacía falta, no sería en cambio grato que en este momento no se valore la magnífica obra realizada por él, que no miremos el camino por él recorrido, ese camino que se ve llano y tranquilo a la distancia, pero que hubo de ser como todo camino difícil y fatigoso, lleno de egoísmos y de incomprensiones; no sería grato que en este momento no se recuerde los mejores años de su vida entregados al servicio de la Universidad. Comprendo que es difícil valorar toda la obra del Dr. Cueva Tamariz, en beneficio de la Universidad, porque es difícil comprender una etapa histórica cuando se vive en ella, pero no por esto se oculta a nuestra vista la justicia

que asiste a los dirigentes universitarios, para haber nominado este teatro, esta aula máxima, símbolo de la grandeza de la obra, con el nombre de quien por sus propios méritos se ha sumado ya a la estirpe de hombres que son motivo de orgullo y símbolo de los valores de la cuencanía.

Más justo aún, que la Universidad le entregue el día de hoy la presea máxima, con los blasones de la Universidad, de esta Universidad a la que sirvió entregándole lo mejor de su espíritu y de su tiempo, de esta Universidad de la que no se podrá hablar, sin mencionar su Rectorado, que marca una etapa en su progreso, material, científico, intelectual y artístico.

Estoy seguro Ilustre Dr. Cueva que a pesar de no haber alcanzado a esbozar lo que significa para la Universidad de Cuenca, vuestra estadia en la Dirección del Plantel, he lastimado vuestra innata modestia, pero tenia que cumplir con un deber de justicia y satisfacer la obligación de amigo vuestro, de admirador de vuestras virtudes, de vuestra ilustre personalidad, de vuestra obra al servicio de la Universidad, obra grande, pero que se puede sintetizar en dos palabras pensamiento y acción.

Dignísimo Señor Rector Honorario, Dr. Carlos Cueva Tamariz, pienso interpretar en este momento el sentir del Profesorado de la Universidad de Cuenca, que con la más profunda emoción, quiere expresar su íntima complacencia por el acto de justicia realizado por el H. Consejo Universitario, con el que ha querido materializar la recordación de vuestro nombre, y haceros la entrega de la máxima presea Universitaria, que el Señor Rector del Plantel colocará en vuestro pecho, como reconocimiento de la Universidad a los relevantes servicios que le habeis prestado y como un homenaje de la Institución a su Rector de ayer y a su Rector Honorario de ahora y de siempre."

Concluida la oración, en medio de una gran expectación y de nutridos aplausos, el doctor Cevallos García entregó al doctor Cueva Tamariz tanto el botón-insignia como la alta condecoración que, burilada en oro de altos kilates, lleva en el centro el escudo de la Universidad.



El Rector doctor Gabriel Cevallos García al momento de imponer al Rector Honorario doctor Carlos Cueva Tamariz la Insignia "UNIVERSIDAD DE CUENCA" en el acto solemne de inauguración del año académico 1964 — 1965

Vivamente emocionado por esta nueva demostración de afecto y gratitud que la Universidad toda le acababa de testimoniar, el doctor Cueva la agradeció con elocuentes frases en las que hizo, una vez más, juramento de seguir sirviendo al Plantel como lo había hecho hasta ahora.

✓ La Secretaría dió lectura al acuerdo expedido por el Consejo Universitario para expresar su agradecimiento al doctor Luis Monsalve Pozo, ex-Vicerrector del Instituto, por sus valiosos servicios en el desempeño de la segunda dignidad universitaria.

El Acuerdo estaba concedido en estos términos:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el señor doctor don

LUIS MONSALVE POZO,

durante los años de su vicerrectorado ha servido con altura de miras, desinterés y certera visión progresista a nuestra Casa de Estudios,

Que sus largos años de docencia le han convertido en un Maestro de elevada categoría y de incontrastable autoridad intelectual;

Que tales prendas merecen el reconocimiento público ante las presentes y futuras promociones estudiantiles;

Acuerda:

Testimoniar el reconocimiento de la Universidad a la antedicha faena magistral;

Expresar el agradecimiento del Instituto al doctor Luis Monsalve Pozo, que cuenta entre los pocos, pero mas eméritos servidores de la cultura regional y nacional;

Dejar constancia de lo antedicho en el presente Acuerdo, el mismo que le será entregado en la Sesión Solemne de inauguración del año lectivo 1964-1965.

Dado en el Salón de Sesiones del H. Consejo Universitario, en la ciudad de Cuenca, a los trece días del mes de octubre de mil novecientos sesenta y cuatro.

Gabriel Cevallos García,
RECTOR.

Marco T. Erazo Vallejo,
VICERRECTOR.

César Astudillo,
Decano de la Facultad de Jurisprudencia

Alberto Alvarado Cobos,
Decano de la Facultad de Ciencias Médicas.

Luis E. Loaza Jaramillo,
Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas.

Alejandro Serrano Aguilar,
Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

José Orellana Solano,
Decano de la Facultad de Ciencias Químicas.

Hernando Acosta Crespo,
Decano de la Facultad de Odontología.

Gastón Ramírez Salcedo,
Decano de la Facultad de Arquitectura.

Reinaldo Chico Peñaherrera,
Representante del Ministerio de Educación
Pública.

Alfredo Abad Gómez,
SECRETARIO GENERAL.

El actual Vicerrector Ing. Marco Tulio Erazo Vallejo, hizo ofrecimiento del homenaje con estas palabras:

"Señores:

La Universidad de Cuenca quiere iniciar un nuevo año lectivo con un acto de reconocimiento y justicia, pues sabe que un acto de esta naturaleza es el detalle terminal de una etapa de superación basada en el trabajo y el sacrificio y que es, a su vez, la firme base sobre la cual ha empezado a levantarse en forma laboriosa el edificio intelectual de la moderna Universidad cuencana.

No podemos pasar por alto el trabajo individual de todos y cada uno de los componentes de la Universidad, el amor puesto en él, la iniciativa brillante, la labor callada y tesonera, la contribución con el grano de arena; pero es nuestro deber primordial reconocer y exaltar el trabajo fundamental de quienes dedicaron su tiempo y sus vastas capacidades, sin trabas, orientando, acogiendo y alentando el esfuerzo de todos; a ellos, que pusieron todo su espíritu y pensamiento al servicio de la Universidad, va dedicado este acto de justo reconocimiento.

Cuando se trata de valorar los méritos de los hombres, no existe un medio suficientemente adecuado para ello, ya que la única recompensa que satisface a los espíritus selectos es ver cumplida su tarea.

Desde este punto de vista el presente es un pobre acto de compensación porque vos, doctor Luis Monsalve Pozo, a nuestro parecer, habéis culminado muchos de vuestros anhelos y habéis satisfecho muchas de vuestras inquietudes que han redundado en bien de la Sociedad y de ésta, vuestra Universidad. Y recalco, a nuestro parecer, porque no conocemos la profundidad de vuestro espíritu y no sabemos si lo mucho que habéis hecho os haya satisfecho, pero si sabemos que nos ha satisfecho a nosotros.

Nos consta que habéis puesto toda vuestra públicamente reconocida capacidad en cumplir los cometidos que os ha encargado la Universidad de Cuenca: desde la cátedra donde habéis compartido vuestra sabia experiencia y vuestra inquietud por los problemas sociales, tan agudos en nuestra Patria;

Desde el Decanato de la Facultad de Jurisprudencia enrrumbándola, sembrando inquietudes, despertando sensibilidades, dando ejemplo de trabajo y abnegación, corrigiendo errores, con tino, con comprensión humana;

Desde el Consejo Universitario donde habéis hecho oír vuestras opiniones siempre oportunas, cautas y medidas;

Desde el Vicerrectorado, apoyando firmemente la gestión de nuestro benemérito ex-Rector y Rector Honorario Dr. Carlos Cueva Ta-

mariz y desde donde habéis contemplado con comprensión humana y con bondad la situación del alumnado y del profesorado, aunque no siempre la Universidad ha podido satisfacer vuestros anhelos de servicio al prójimo, pero ha hecho lo posible y seguirá haciéndolo porque tus enseñanzas y tu gentileza sigan viviendo entre nosotros como un ejemplo digno de imitarse, estudiarse y valorarse en su verdadera dimensión.

Recibe, distinguido Maestro y amigo, esta sencilla demostración de afecto de vuestra Universidad”.

Al recibir el pergamino el doctor Monsalve Pozo dijo su reconocimiento por la distinción acordada a su persona en breves pero sentidas y atildadas frases llenas de galanura.

El Rector Cevallos García, por fin, proclamó que las aulas en las que reciben clase los alumnos de los cursos cuarto y quinto de la Escuela de Derecho en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, llevarán los nombres de “Luis Monsalve Pozo” y “Antonio Abraham Barzallo”, como pleitesía que el Consejo Universitario tributa a tan distinguidos Maestros.

Luego de un intermedio musical se desarrolló la segunda parte del acto: el Rector doctor Gabriel Cevallos García pronunció la primera lección del curso. En frases académicas dijo:

“Comienzo el presente año lectivo con un acto de fe. Creo en el hombre moderno, creo en la humanidad futura, creo en la inteligencia nueva. Y esta convicción que la patentizo como catedrático universitario, que profesa doctrinas históricas, en nada atenta, mengua u oscurece mis convicciones religiosas. A partir de la **evolución creadora** de Bergson, hasta la **creación evolutiva** de Teilhard de Chardin, el pensamiento ha viajado tanto que, sin contradicción alguna, en el mismo tallo de la fe sobrenatural, florece ahora una profunda fe en el mundo de la naturaleza y del tiempo.



El Ex-Vicerrector doctor Luis Monsalve Pozo recibe de manos del Rector doctor Gabriel Cevallos García, el pergamino que contiene el acuerdo expedido por el Consejo Universitario en reconocimiento de la labor cumplida por el doctor Monsalve en bien de la Universidad.

Hay diversos tipos de hombre en la historia. Pero el actual procede, espectacularmente, del fondo de una tremenda gestación; forjado en el vórtice de dos guerras mundiales, nutrido por la tragedia más pavorosa de los últimos siglos, aparece en el horizonte como no era dable esperarle, si es que la Historia fuera únicamente la lógica racional. El ciclón de la guerra lleva en su seno males inenarrables, qué duda cabe. No hay superlativo que logre definirlos. Y en contra de ello, porque la Historia es paradójica y es misterio, en el huracán de cada guerra, como en una matriz cósmica, se funden nuevos mundos y se configuran constelaciones de sucesos, en cuyo marco el hombre ajusta sus designios.

Las guerras son la caída, el espectacular fracaso, el despeñamiento de lo humano hacia lo animal. Pero la Historia es un camino ascendente, y si quisiéramos verla en proyección lineal, tendríamos que dibujarla como un cardiograma de millones de kilómetros y de millares de años, donde la vida dejara latidos, impulsos, anhelos, aliento creador, alma, pensamiento, corazón. La línea, fuerte y predominantemente recta, mostraría frecuentes sinuosidades, correspondientes a la caída o al fracaso; pero no mostraría una sola intermitencia en su franca dirección de ascenso.

El hombre moderno, forjado en el crisol infernal de dos conflagraciones mundiales, ha sentido sobre su conciencia y ante los ojos de su esperanza forjarse, también, sucesos y destinos de imponderable calidad histórica y en número deslumbrador. Es un privilegiado ser a quien la catástrofe —empleo el término en el sentido de la tragedia griega— a fuerza de ser catástrofe, se le ha convertido en catarsis, o sea purificación. Esta palabra es curiosa y significa: pasado por el fuego, lo que ha ardido, lo que se ha hecho fuego o **fueguificado**. Y el ardimiento de nuestro siglo ha limpiado ojos y conciencias, ha despejado los caminos del mundo, ha posibilitado una nueva ruta humana colectiva. Cuántos caminos que no fueron posibles para el hombre del siglo XIX, tiene abiertos ante su impulso el hombre del siglo XX. Para él son dadas nuevas sendas intelectuales, originísimas rutas científicas, inexplotadas vías del espíritu y de la materia, insospechadas formas de síntesis mental. En suma: la potencia de crear una nueva sociedad, una flamante técnica, una deslumbradora fuerza de dominio sobre el mundo, fuerza de superar todo sueño y toda magia.

El hombre actual tiene en su haber otro tesoro más imponderable: por obra del vendabal bélico aludido, dejó de ser individualista. Las guerras soportadas por el siglo nuestro liquidaron el individualismo y abrieron el pórtico al hombre comunitario. Apenas ahora comenzamos a comprender en toda su hondura, que el individualismo amanecido en el renacimiento italiano del siglo XVI, y llegado al cenit con el racionalismo francés dieciochesco, define una de las etapas evolutivas del hombre en los siglos recientes. El individualismo que apareció en Grecia y soterrañamente cruzó por toda la edad media, ha existido un poco más de veinticinco siglos, de los cuales cuatro son de manifiesta operancia histórica. Pero: ¿qué son veinte o treinta siglos en el camino multiseccular o multimilenario de la vida humana racional?

Este individualismo que hoy se nos ha muerto, quedará en las márgenes del camino histórico a modo de testimonio o de reliquia; y quienes, después de nosotros, hagan su análisis, lo contemplarán como nosotros contemplamos las formas de vida egipcia o, más atrás, las formas de convivencia social en el neolítico. Claro está que si miramos cronológicamente el asunto, el cadáver del individualismo no nos parece tan remoto. Pero si calculamos el salto logrado entre el hombre individualista y el hombre comunitario, la distancia es abismática. Lo cual dice que hemos salido de una forma histórica y hemos abierto una era distinta.

Las formas de vida no se separan sólo con tabiques de años; se dividen, principalmente, con estados de conciencia y con signos de cultura. De la guerra franco-prusiana, que rompe los moldes de la política internacional europea, a los fines de la primera guerra mundial del siglo XX, desde 1870 hasta 1920, o sea en cincuenta años, se operó el cambio. Luego, desde 1920 hasta 1945, hasta la terminación de la segunda conflagración bélica del siglo, en veinticinco años, un proceso de afirmación nos enseña que la supervivencia histórica se ha logrado sólo por obra del hombre comunitario. En total, son setenticinco años durante los cuales el mundo humano ha caminado incalculablemente más de lo decurrido desde el siglo de Pericles, hasta fines del romanticismo decimonónico, o sea, más o menos,

1870. Por eso, los tabiques de años resultan débiles para enclausurar las formas de vida, acumulables sólo en la conciencia y en el ensanchamiento progresivo de la misma.

Pero insistiré un poco más sobre las fechas que acabo de indicar. En 1870 periclitaba el nacimiento cerrado y pleno que vio la luz en los años del renacimiento. La guerra franco-prusiana y el imperialismo alemán fundado por Bismark, originaron la nueva visión política de Europa y del Mundo: los estados nacionalistas subieron a las bardas y, perdiendo un poco el miedo al tabú de las fronteras, se asomaron a un paisaje donde los internacionalismos comenzaban a proliferar. Porque luego de la afirmación unitaria alemana y de su formidable **rentrée** al escenario histórico de primer orden, la inseguridad se dejaba sentir por doquiera. Esta inseguridad duró cuarenta años y curiosamente fué denominada con el nombre de **paz armada**. En el seno de ella aprendían los hombres sus primeras lecciones de comunitarismo. Solidaridad se llamó a todo aquello que superaba lo individual; y mientras los Estados se unían sobre sus fronteras, con una nueva conciencia del Derecho, los proletarios se unían sobre las patrias, con una nueva conciencia de su fuerza. Toynbee es quien, primeramente, ha estudiado el papel de los proletarios internos y externos en las horas de ensanchamiento histórico. Mas, este no es tema de la presente lección.

En 1920 se clausuró un primer ciclo de la vida sigloventina, con un haber de guerra mundial y de revolución social. El saldo escrito en números rojos decía: primera guerra europea y primera revolución comunista. Desastre alemán y ascenso del comunismo ruso. La singularidad prepotente del militarismo prusiano, hacia abajo. La primera muestra del espíritu comunitario, hacia arriba. Dos suertes de movimiento —en realidad uno solo, de balanza— que bastarían para abrir una nueva era. Porque vistas las cosas en su real hondura, el desastre prusiano y el éxito bolchevique son, apenas, dos muestras o dos síntomas de la transformación universal e irrefragable, operada en el seno de la entraña histórica. Estamos ya a suficiente distancia para comenzar a comprenderlo.

En 1945 terminó otro proceso, también de afirmación comunitaria del hombre. En vano el nacionalsocialismo de Hitler intentó una solución mixta e históricamente inoperante. El nombre con que

a sí misma se llamó la revolución alemana implicaba una contradicción: si certeramente socialista, no podría ser nacionalista; y si realmente nacionalista, debía ser individualista. Al concluir la segunda guerra del siglo, Rusia ocupaba puesto entre los vencedores y tuvo la incontrastable oportunidad de presenciar que su comunismo era sólo una alícuota del inmenso comunitarismo surgido ya, y campan-te como un patrimonio de la estirpe humana.

Después de 1945 han nacido muchos Estados, pero ninguno bajo el signo del nacionalismo concluso. Nuevas apetencias jurídicas, pero ninguna de indole aislada o excluyente. Impulsivas fuerzas económicas, pero todas de ánimo supranacional, extracontinental y cooperativista. Espectaculares tentativas científicas, llevadas cada día más en común, y todas con ánimo de beneficio universal. La conciencia del hombre planetario se plasma en mil actividades, se impone con mil sistemas, se actualiza por mil caminos. Y no hay fuerza capaz de impedir el paso al hombre comunitario, porque es el hombre del presente.

La última ciencia en boga, hija legítima de nuestra era, la cibernética, más allá de la sociología, no se limita como ésta a observar el hecho o fenómeno social, o a consignarlo en cifras para deducir principios o leyes que, a la postre, resultan teóricas. La cibernética se propone y consigue pilotear la conducta colectiva para los menesteres de la vida social enfrentada a la producción, a la enseñanza, a la guía de asuntos de interés común, al trabajo en equipo, al cuidado y desarrollo de la complejísima técnica moderna y de su trasfondo científico.

No más el hombre en soledad. A decirle adiós han salido los poetas, algún tipo de filósofos y los novelistas, en un cortejo suntuoso y prolífico. La reencarnación del tema de la sociedad en la literatura, y en los existencialismos ateos de los años presentes, se debe, precisamente, a que algo se muere, y urge llorar sobre sus despojos. Quienes bien entienden del alma humana, lo han dicho ya: la sociedad del hombre hodierno poco o nada tiene de social, es únicamente de condición psicológica.

No he dicho aún lo más grave de este asunto. Y es que el tema va alojado en ótro mayor, como los griegos en el vientre del caballo ingeniado por el sagaz Ulises. El tránsito del hombre individualista al hombre comunitario es un problema de evolución histórica, alojado en la cuestión del evolucionismo o del transformismo, caballo de Troya en las batallas ideológicas libradas en el siglo anterior. La evolución para la mente de Darwin, de Lammark o de Haeckel y de los discípulos de todos ellos, por ser idea del siglo XIX, tuvo cariz individualista: llegó a comprender, cuando más, la evolución lineal, por especies.

Como el siglo XIX hizo lo posible por desasirse de Aristóteles, sin conseguirlo, al fondo de la evolución darwinista o lammarkiana no es casual que encontremos al individuo conduciéndonos hacia la especie, o a la especie llevándonos a lo individual. Lo que, de paso, me obliga a recordar dos hechos: durante el siglo XIX fué usual ver las clasificaciones y divisiones aristotélicas en plena actividad, como en la edad media; y durante ese mismo siglo fué cosa del día hallar a historiadores positivistas y románticos en pugna por ser más fieles al individualismo.

La idea de la evolución histórica reviste para nosotros la clámide del siglo XX y está trabajada con la sustancia de nuestra posición en el mundo. Lo dije al comienzo y ahora repito: desde la **evolución creadora** de Bergson, hasta la **creación evolutiva** de Teilhard de Chardin, la doctrina evolucionista de tal modo clarifica y amplía su paisaje, que hoy casi no existe un solo lugar donde las élites mentales no tengan tal doctrina por fundamento de las ciencias de la naturaleza, y por dintel de las ciencias del hombre.

La evolución del hombre, según el pensamiento cristiano de Teilhard de Chardin, va desde la singularidad biológica hasta la comunidad plena de las personas, y es un camino logrado solamente a medias. Dicho curso evolutivo, a partir de la organización viva que adquiere pensamiento, ha durado centenares de miles de años y necesita caminar otra etapa, cierta en su trayectoria pero imprecisa en el número de sus días, hasta culminar en un estado de perfecta humanidad.

El tema de este tránsito, desde el individuo biológico hasta la persona comunitaria, constituye el drama central del pensamiento

de Teilhard de Chardin, y no es motivo de esta lección, en donde queda planteado para desarrollarse en sucesivas horas de cátedra. Lo pertinente aquí es recordar el modo cómo lo expone, al cabo de enormes tentativas de demostración, en algunas proposiciones que lo resumen con toda nitidez:

Primera: En el universo material, la vida no es un epi-fenómeno, sino el fenómeno central de la evolución.

Segunda: En el mundo orgánico la reflexión humana no es un epi-fenómeno, sino el fenómeno central de la vitalización.

Tercera: En el dominio de la vida reflexiva, el espíritu comunitario no es un epi-fenómeno, sino el fenómeno esencial de la hominización.

Dejo a un lado las deducciones y las consecuencias de orden teológico, pues el sabio va más allá de lo natural y funda lo sobrenatural en el orden evolutivo. Las dejo a un lado, para hacer notar la perfecta concentración con que presenta como uno solo el proceso creciente de la hominización y el de la tendencia social del hombre, en pos de conseguir la plenitud de su sér; pues así pongamos todo nuestro optimismo en suponernos completos en el desarrollo personal, aún andamos lejos de conseguirlo. Y para conseguirlo se precisa de insobornable fe en el futuro, en la humanidad de mañana y en la caridad y hondura crecientes del pensamiento.

*
* *

De allí el tercer artículo de mi fe proclamada esta tarde: creo en la inteligencia nueva. Porque la inteligencia y los dones del pensamiento no le fueron dados al hombre de una vez y para siempre. La inteligencia es algo que el hombre ha hecho, como ha fabricado su morada, sus riquezas o sus técnicas. Más aún: al fabricar todo ésto ha ido elaborando su inteligencia, juntamente; pues al encerrar pensamiento en las cosas, éstas incitan otra vez al pensamiento. Pensamiento que crea cosas y crece, cosas que una vez creadas exitan

al pensamiento y le obligan a crecer: círculo que nos muestra de qué manera la historia y la cultura pertenecen al hombre, como su propio pensamiento.

Un símil sería el de la semilla que se convierte en flor y el de la flor que torna otra vez a semilla. Pero la historia evolutiva del hombre aunque círculo, no es círculo vicioso o petición de principio. Sería mejor otro símil: un círculo caminante impulsado por la fuerza interna de la libertad creadora, y encaminado al fin trascendental impuesto al universo por una creación evolutiva. Un círculo que a su paso escriba sobre el tiempo una línea recta y ascendente.

Ahora bien: si es verdad que las cosas y los valores históricos creados por el hombre reobran sobre la inteligencia obligándola a ser más inteligencia, estamos en el umbral donde las gigantescas edificaciones de la ciencia comienzan a incitar de manera jamás sentida a la humana capacidad de comprender y, por lo mismo, a la humana capacidad de crear.

Estamos en el comienzo. Bien podemos hablar del **eoántropo**, o del hombre auroral. Estamos en otro comienzo; así ocurrió reiteradas veces en la Historia. Por ejemplo cuando Parménides halló los cimientos del pensamiento dialéctico y posibilitó la dialéctica racional y las sistematizaciones a que llegó Grecia con la filosofía de Aristóteles. O, también, como en los días del renacimiento, cuando una nueva manera de ver y comprender el universo, emanada de visiones cósmicas originales o recién halladas, permitió surgir el pensamiento sistemático de Galileo, en cuyo seno se formó la física y se desarrolló la matemática llamada moderna.

Pero hoy la expectativa es mucho mayor. Y más completa. En Grecia nació el humanismo. En el renacimiento se posibilitó el pensamiento técnico, faústico si se quiere. Hoy, una visión ultra humanística y ultratécnica, sistematizada en una mentalidad más alta, arranca su vuelo, parte con impulso interno a insospechadas exploraciones hacia el fondo de la vida, hacia la remota lejanía del espacio sideral, hacia las teóricas formulaciones matemáticas de un mundo físico no alcanzado aún, hacia las dos direcciones en que puede ser considerada la existencia, o sea en el pasado y el futuro.

continúa en p. 824

*
* * *

Aquella fuente inagotable de humanidad que fué San Agustín, preguntaba una vez: "¿No es mi corazón, el corazón del hombre?" Si la frase constara en el libro de las Confesiones, parecería autográfica y, acaso, interpretada trivialmente, sonaría a excusa de la vida pasada. Pero no: la frase consta en uno de los libros más altos e inspirados del Obispo de Hipona, o sea en el Tratado de la Augusta Trinidad. Evoca, entonces, un caminar cordial hacia lo alto, levanta la hominidad esencial de la persona hasta el plinto sagrado de Dios.

¿No es mi corazón, el corazón del hombre? ¿No es nuestro corazón, el corazón de todos los hombres? ¿No es el corazón el órgano de la unidad y el depósito de la simpatía? ¿No es la simpatía el método de la concordia? ¿Y no es la concordia poner de acuerdo el corazón del uno con el corazón de los demás? Ser hombre, como nos dijo el amor cristiano hace ya muchos siglos, es constituir nuestra vida en ritmo de humanidad, es formar nuestro yo en el troquel de los prójimos, es ser lo humano y lo comunitario humano en el bien y en la verdad.

El hombre actual tiene puesto el corazón, como una proa, hacia el nuevo día, hacia la nueva historia. Historia que será, tenemos derecho de esperar, de verdad y de paz".

Continuando la ya antigua tradición universitaria, para finalizar la ceremonia se hizo entrega de la Condecoración "Benigno Malo" a los egresados del Plantel que por sus méritos sobresalientes se hicieron acreedores a tan elevada distinción estudiantil en el transcurso de su vida universitaria terminada con brillantés en el año académico 1963 - 1964. Ellos fueron don Hernán Coello García, de la Facultad de Jurisprudencia; don Hernán Benito Sacoto, de la Facultad de Ciencias Médicas; don Juan Cordero Iñiguez, de la Facultad de Filosofía y Letras; don Julio Verdugo, de la Facultad de Ciencias Matemáticas, y don Rodrigo Lafebre, de la Facultad de Odontología.

El Profesor doctor Jaime Vintimilla Albornoz se

dirigió a los exalumnos galardonados, en estos términos:

"Señor Rector de la Universidad de Cuenca,
Señor Doctor Carlos Cueva Tamariz, Rector Honorario de la misma,
Señor Jefe Civil y Militar de la Plaza,
Señor Alcalde de la ciudad,
Señor Presidente del Honorable Consejo Provincial,
Señor Presidente de la Exma. Corte Superior de Justicia,
Señor Vicerrector,
Señores Decanos,
Señores Profesores,
Señores estudiantes,
Señoras,
Señoritas,
Señores:

Necesariamente debo comenzar estas palabras expresando mi agradecimiento al Señor Rector del Plantel, por la deferencia hecha a la Facultad de Medicina, al haber querido que sea ésta la que, en este año, por boca de su más modesto profesor, traiga un mensaje de justicia y reconocimiento para los alumnos egresados que, con excepcionales talentos y sobra de cualidades y virtudes, se han hecho acreedores a la condecoración "Benigno Malo".

Este honroso y grato encargo me halaga y me preocupa: me halaga, porque ofrecer la medalla del triunfo a quienes, después de ahincada brega, han convertido la lucha en victoria, proporciona a mi espíritu un momento de inolvidable, honda e íntima satisfacción; me halaga, porque se me ha dado la oportunidad de rendir homenaje a la inteligencia, a la devoción por los libros, al fiel cumplimiento del deber, al afán de superación, al propósito firme y a la noble perseverancia. Me preocupa, porque no sé en qué términos he de dirigirme a vosotros, jóvenes que con tan buenos auspicios comenzáis la vida profesional; me preocupa, en fin y sobre todo, porque carezco de la autoridad, de la experiencia y la madurez necesarias para señalaros el camino justo, para pronunciar el verbo orientador, para daros el consejo adecuado, ahora que os asomáis a un mundo disociado, decadente y contradictorio, ahora que buscáis la definitiva ubicación dentro del conjunto humano, al mismo tiempo que estáis abocados a la imperiosa necesidad de enfrentaros con vosotros mismos.

Permitidme, entonces, que os hable, no como profesor, sino como amigo, como compañero, como el hermano mayor, solidario con vuestro empeño y coparticipe de vuestro afán.

Ha terminado para vosotros una etapa más —no última, por cierto en el diario y eterno caminar hacia una meta luminosa. Vuestro esfuerzo no ha sido estéril; os habéis ennoblecido en las lides del pensamiento y de la acción; el galardón que recibís no es otra cosa que el testimonio de vuestra permanente batalla en pos de la íntegra e ideal persona humana, en pos del hombre libre, maduro y apto para realizar y para modelar su mundo y el mundo de sus hijos

Para vosotros, que habéis tomado la profesión como un fin y no como un medio, la verdadera lucha comienza recién ahora, pues no ignoráis que vuestras actividades tendrán que desenvolverse en un mundo disgregado, superficial y sin alma, en un mundo al borde de la locura y del caos; no ignoráis que vuestras más nobles aspiraciones han de chocar contra los prejuicios de una sociedad mecanicista y utilitaria, contra una colectividad infatuada, deshumanizada y dominada por la incertidumbre, por la intimidación y por el miedo, contra una multitud ciega que a pasos agigantados se dirige por el camino del seguro retorno a la barbarie y a la animalidad.

Vivimos una época incierta en la que el hombre, loco de orgullo por haber arrancado al centro del átomo la ultrapotente energía que le permite fabricar asteroides, surcar espacios interplanetarios y hasta destruir la vida misma, se ha vuelto esclavo de las multitudes, del gentío, del alma irracional, inconsciente y atávica de la masa. El hombre-persona casi ha desaparecido; existe una tendencia cada vez mayor a amontonarse en multitudes anónimas y huérfanas de élites espirituales y morales. Vivimos una civilización de masas que se imponen por la fuerza del número y por la prepotencia de los instintos primordiales. Todos los valores de signo positivo han sido minimizados, cuando no anulados, mientras se hace presente una nueva variedad de hombre: “el hombre-masa, sin norte y sin ideales, náufrago en un mar tempestuoso de innúmeros otros hombres, todos preocupados por el propio provecho, por alcanzar rápidamente riqueza y notoriedad, todos con un profundo miedo de estar entre los derrotados, de no llegar a tiempo o de perder lo que conquis-

taron”. Esta es la era de las multitudes sedientas de autonomía y de elevación económica que, precisamente, por carecer de élites intelectuales y morales que sepan llegarse a su corazón, se lanzan, en fanática carrera, atrás de individuos automatizados y desvalidos que sólo saben despertar en ellas emociones completamente irrealles y negativas. El hombre adorador de máquinas y por las máquinas suplantado, el hombre del cerebro electrónico, de los servomecanismos, de las drogas maravillosas, conquistador de cielos y mares, no ha podido, sin embargo, dominar su propio yo, y ha perdido las verdaderas raíces de su alma y su esencia de hombre.

“Golpea hoy, cada vez con más fuerza, la tendencia del hombre-masa a elevarse especializándose en un pequeño segmento del saber y de la técnica”. Y es de hoy, también, “la civilización hecha de una pseudocultura parcialísima, incapaz de amplio aliento, incapaz de abrazar campos universales”. Este morbo, aunque endémico en la humanidad, nunca ha sido tan peligroso como ahora, pues no sólo afecta a los hombres —como dice Rof Carballo— sino también a las instituciones culturales. Razón tiene Pickering cuando denuncia que en las universidades ya no se busca a los mejores, ya no se prefiere a los escogidos de entre la masa de estudiantes, ya no se da preferencia a los espíritus eternamente inquietos por saber lo último de las cosas, dando paso a una uniformidad aterradora, a lo que él llama “mediocridad obsesiva”. Las facultades —dice— olvidadas de que su menester capital es la formación antes que la información, ya no seleccionan élites; de esta manera, las universidades se están convirtiendo en meras escuelas técnicas, en fábricas de artesanos o de obreros especializados, ajenos a todo lo que trasciende a valores del espíritu y sin fe en la grandeza de su misión humana.

Este desprecio por la cultura humanística, este confinamiento de intereses, acabará esclerosando aún a los mismos técnicos ultraspecializados, pues “todo confinamiento atrofia, tarde o temprano, el alma de quien lo sufre”. Aunque doloroso, es imperativo señalar estos hechos, ya que este saber que ahora se tiende a impartir, este “saber externo, aparente y fragmentario, este saber **para la práctica**, es, muchas veces, más peligroso que la ignorancia absoluta. Ya lo dijo alguien, con mucha razón, que había que temblar ante el hombre de un solo libro.

Y no hace falta decir más. Este es, en brevísimos rasgos, el panorama del mundo en el cual váis de desenvolveros y al cual tenéis que dedicar los años maduros y serenos de vuestra vida. No quisiera que se me tilde de pesimista. No quisiera que se me diga que, en vez de celebrar vuestro triunfo y de estrechar vuestras manos para deseáros la eterna felicidad, soy un emisario del desaliento, que carga de tintes sombríos el cuadro de vuestro porvenir. Si os he hablado de esta manera es porque tengo fe en la juventud y porque de nada sirve cerrar los ojos a la realidad, porque pertenecéis a los escogidos y porque vuestro destino de hombres formados para la lucha, para el triunfo difícil, os impone conocer a fondo esta sociedad que se autotitula civilizada y os obliga a defenderla de la inminencia del desastre, ya que de vuestras manos y de las manos de vuestros hijos ha de nacer —tiene que nacer!— un mundo nuevo, libre de angustia, libre de miedo, libre de incertidumbre, un mundo en el que imperen la armonía, la paz, el amor, la justicia y la igualdad.

Os he hablado así, porque vuestro destino es construir y comprender, porque vuestro deber es pelear bravamente por la prevalencia del espíritu, porque vuestra tarea de hombres de universidad es la de llevarla siempre arriba, lejos de la ruina y de la **mediocridad obsesiva**, siempre abierta a todas las conquistas, sin prejuicios ni rigideces. Os he hablado así, en fin, porque no podéis sustraeros a la obligación de hundiros en el ser del prójimo, de salir a la calle y vivir sus problemas y de restablecer su perdido equilibrio.

Al dejar el claustro universitario “se os ofrece un abanico de horizontes llenos de posibilidades y de inúmeros caminos”. Podéis escoger. Podéis caminar hacia la meta del triunfo fácil, de la comodidad material y de la riqueza. Pero no lo haréis. Y no lo haréis porque, como hombres de mentalidad universitaria, esta hora crucial y aciaga para la cultura os conmina a transitar por el otro camino: por el estrecho y duro del esfuerzo perseverante y de la guerra sin cuartel contra las oscuras fuerzas que se ciernen sobre el cielo de la desesperada humanidad de nuestros días.

Al abandonar las aulas, tenéis que colocaros ante la vida en actitud de ávida realización, tenéis que devolver el sentido a la existencia, tenéis que entregar a vuestros hijos un mundo distinto, muy distinto, al que nosotros os dejamos. Es triste reconocer que os va-

mos a entregar un mundo enfermo, y que nada hemos podido hacer para enderezarlo. Os dejamos una sociedad en la que “la libertad es pseudolibertad, la igualdad pseudoigualdad y la fraternidad pseudo-fraternidad”. Os dejamos un camino de batalla en donde las mejores armas son el arribismo, la mediocridad, la hipocresía, el cinismo y la audacia. Queda con vosotros una multitud dividida en grupillos, en sectas, en argollas complacidas en cultivar el odio, el desprecio y el aislamiento, porque saben que así el orgullo satánico no sufre con lo que los demás saben y, naturalmente, pueden hacerse la ilusión de que son centro autónomo y eje director de su colectividad. Queda frente a vosotros una terrible resistencia pasiva que, calladamente, con actitud exenta de argumentos, se niega a aceptar las grandes conquistas, evade toda responsabilidad y se enquistada ante todo lo que significa renovación.

Pero nada os detendrá. Nosotros nos alejamos ya, derrotados sin duda, pero llenos de esperanza en la juventud que nos sigue.

Vosotros:

Hernán Coello García, Juan Cordero Iñiguez, Hernán Benito Sacoto, Julio Verdugo y Rodrigo Lafebre,

y con vosotros los estudiantes de todas las razas y latitudes, todos los que sienten que esta es la última oportunidad para evitar el retorno a las cavernas, lucharéis para que el hombre vuelva a sus cauces normales. “Comprendiendo que el verdadero cambio, que la auténtica revolución, tiene que venir de adentro, que todo cambio impuesto desde afuera es cambio ficticio”, tenéis que esforzaros para que el hombre conquiste primeramente su libertad interior, y entonces, y sólo entonces, maduro ya, dueño de sí mismo, esté en condiciones de conquistar esa otra libertad por la que tanto clama. Tenéis que enseñar que el hombre no es hombre mientras no se haya hecho tal, que la verdadera fuerza procede de las profundas raíces del alma, y que, para vivir en paz con uno mismo y con los semejantes, hay que liberarse del odio, de la violencia y del egoísmo. Tenéis que predicar que la “personalidad madura sólo mediante una vinculación continua, éticojurídica, de nuestra esfera afectiva con la esfera afectiva de nuestros semejantes”. Tenéis, entonces, que acabar con el superindividualismo egocéntrico y llevar

al hombre de hoy —“antifraterno, antisocial e inmoral”— “a que abandone los estrechos límites de sí mismo y se dilate y engrandezca hasta el hombre universal”.

Recordad siempre que sólo el resurgimiento de la moral y del espíritu ha de hacer posible que el tempestuoso océano de la vida social contemporánea se transforme en pacífica coexistencia, llegando a lo que Pende llama la triple armonía: “la armonía de las formas corporales que es la verdadera salud, la armonía de los sentimientos que es la verdadera bondad, la armonía de la inteligencia que es la verdadera sabiduría”.

En vuestras manos está, pues, el mundo de mañana. Sólo si cumplís con vuestro deber, tan brillantemente como hasta ahora lo habéis hecho, el hombre podrá sentir “la fuerza y la gloria de vivir, la fuerza y la gloria de convivir y la gloria de sobrevivir”.

He terminado.”

Las autoridades universitarias prendieron las áureas medallas en los pechos de los exalumnos y entregaron, además, los accésits reglamentarios a los señores Juan Cueva Jaramillo, de la Facultad de Jurisprudencia, y Juan Valdano Mejón de la Facultad de Filosofía y Letras.

El estudiante Cornelio Malo Donoso cerró el acto con estas palabras:

“Quizá el único título y credencial que yo posea y que justifiquen mi presencia en éste acto, no sea otro que el de nuestro compañerismo. Lo que aquí nos une, son ideas, sentimientos y anhelos, de los que hoy hacemos una nueva afirmación vigorosa en lo más profundo de nuestro recogimiento universitario, que proyectándose activamente hacia el futuro, habrá de recoger la substancia de lo que somos y encontrar en ella la rúbrica que autentifique todo nuestro esfuerzo y trabajo, que habrán de servir de antecedente en el cual encarará sus talones el futuro de la Universidad. Por que ella, en lo que de humano tiene necesita del pasado como coordenada fundamental para su desarrollo, que no se saciaría tan sólo con ha-

cer historia, sino historia y algo más; y en éste aporte, radica precisamente nuestro futuro y el de la Universidad. De ahí, que ésta promesa inaugural hecha el primer día de clase, sea renovada en la diaria faena del trabajo, en donde la Universidad habrá de encontrarse a sí misma como progreso y como síntesis humanas; y bajo cuyo techo profesores y alumnos caminamos juntos en busca de las grandes enseñanzas.

En realidad debo confesar, que luego de las brillantes palabras de quienes me han precedido en el uso de la palabra, ya nada nuevo habría de deciros. Pero éste es un mal muy pequeño si por mal se ha de reputar. Lo que pierdo yo en originalidad, no es pérdida sino ganancia líquida, porque las palabras de orientación y de tesis se han dicho ya, con la certera autoridad del Rector de la Universidad, de ahí que éstas palabras no sean para decir novedades, sino congratulaciones y enhorabuenas, y éstas se dicen con contadas expresiones gramaticales. Es por ésto que nada más propio, que despojado de toda hojarasca, ajena al significado de éste acto, eche a andar los primeros pasos al encuentro de nuestros queridos maestros, sin más palabras que las de un alborozado apretón de manos”.

Inmediatamente la orquesta del Conservatorio de Música ejecutó una de las más selectas marchas de su repertorio y la ceremonia concluyó dejando una grata impresión en todos los asistentes.

Tres Ensayos

¡ADENTRO! — LA IDEOCRACIA — LA FE

¡ADENTRO!

In interiore hominis habitat veritas.

La verdad, habríame descorazonado tu carta, haciéndome temer por tu porvenir, que es todo tu tesoro, si no creyese firmemente que esos arrechuchos de desaliento suelen ser pasaderos, y no más que síntoma de la conciencia que de la propia nada radical se tiene, conciencia de que se cobra nuevas fuerzas para aspirar a serlo todo. No llegará muy lejos, de seguro, quien nunca sienta cansancio.

De esa conciencia de tu poquedad recogerás arrestos para tender a serlo todo. Arranca como de principio de tu vida interior del reconocimiento, con pureza de intención, de tu pobreza cardinal de espíritu, de tu miseria, y aspira a lo absoluto si en el relativo quieres progresar.

No temo por ti. Sé que te volverán los generosos arranques y las altas ambiciones, y de ello me felicito y te felicito.

Me felicito y te felicito por ello, sí, porque una de las cosas que a peor traer nos traen —en España sobre todo—, es la sobra de codicia unida a la falta de ambición. ¡Si pudiéramos en subir más alto el ahinco que en no caer ponemos, y en adquirir más tan-

to mayor cuidado que en conservar el peculio que heredamos! Por cavar en tierra y esconder en ella el solo **talento** que se nos dió, temerosos del Señor que donde no sembró siega y donde no esparció recoge, se nos quitará ese único nuestro **talento**, para dárselo al que recibió más y supo acrecentarlos, porque "al que tuviere le será dado y tendrá aún más, y al que no tuviere, hasta lo que tiene le será quitado". (Mat. XXV.) No seas avaro, no dejes que la codicia ahogue a la ambición en ti; vale más que en tu ansia por perseguir a cien pájaros que vuelan te broten alas, que no el que estés en tierra con tu único pájaro en mano.

Pon en tu orden, muy alta tu mirada, lo más alta que puedas, más alta aún, donde tu vista no alcance, donde nuestras vidas paralelas van a encontrarse: apunta a lo inasequible. Piensa cuando escribas, ya que escribir es tu acción, en el público universal, no en el español tan sólo y menos en el español de hoy. Si en aquél pensasen nuestros escritores, otros serían sus ímpetus, y por lo menos habrían de poner, hasta en cuanto al estilo, en lo íntimo de éste, en sus entrañas y redaños, en el ritmo del pensar, en lo traductible a cualquier humano lenguaje, el trabajo que hoy los más ponen en su cáscara y vestimenta, en lo que sólo al oído español halaga. Son escritores de cotarro, de los que aspiran a cabezas de ratón; la codicia de gloria ahoga en ellos a la ambición de ella; cavan en la tierra patria y en ella esconden su único talento. Pon tu mira muy alta, más alta aún, y sal de ahí, de esa Corte, cuanto antes. Si te dijiesen que es ese tu centro, contéstales: ¡mi centro está en mí!

Ahí te consumes y disipas sin el debido provecho, ni para ti ni para los otros, aguantando alfilerazos que enervan a la larga. Tienes ahí que indignarte cada día por cosas que no lo merecen. ¿Crees que puede un león defenderse de una invasión de hormigas leones? ¿Vas a matar a zarpazos pulgas?

Sal pronto de ahí y aisláte por primera providencia; vete al campo, y en la soledad conversa con el universo si quieres, habla a la congregación de las cosas todas. ¿Que se pierde tu voz? Más te vale que se pierdan tus palabras en el cielo inmenso a no que resuenen entre las cuatro paredes de un corral de vecindad, sobre la cháchara de las comadres. Vale más ser ola pasajera en el Océano, que charco muerto en la hondonada.

Hay en tu carta una cosa que no me gusta y es ese empeño que muestras ahora por fijarte un camino y trazarte un plan de vida. ¡Nada de plan previo, que no eres edificio! No hace el plan a la vida, sino que ésta lo traza viviendo. No te empeñes en regular tu acción por tu pensamiento; deja más bien que aquélla te forme, informe, deforme y tranforme éste. Vas saliendo de ti mismo, revelándote a ti propio; **tu acabada personalidad está al fin y no al principio de tu vida**; sólo con la muerte se te completa y corona. El hombre de hoy no es el de ayer ni el de mañana, y así como cambias, deja que cambie el ideal que de ti propio te forjes. Tu vida es ante tu propia conciencia la revelación continua, en el tiempo, de tu eternidad, el desarrollo de tu símbolo; vas descubriéndote conforme obras. Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de immaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante. No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día, en las olas del tiempo, pero asentado sobre tu roca viva, dentro del mar de la eternidad; al día en la eternidad, es como debes vivir.

Te repito, que no hace el plan a la vida, sino que ésta se lo traza a sí misma, viviendo. ¿Fijarte un camino? El espacio que recorras será tu camino; no te hagas, como planeta en su órbita, siervo de una trayectoria. Querer fijarse de antemano la vía redúcese en rigor a hacerse esclavo de la que nos señalen los demás, porque eso de ser hombre de meta y propósitos fijos no es más que ser como los demás nos imaginan, sujetar nuestra realidad a su apariencia en las ajenas mentes. No sigas, pues, los senderos que a cordel trazaron ellos; ve haciéndote el tuyo a campo traviesa, con tus propios pies, pisando sus sementeras si es preciso. Así es como mejor les sirves, aunque otra cosa crean ellos. Tales caminos, hechos así a la ventura, son los hilos cuya trama forma la vida social; si cada cual se hace el suyo, formarán con sus cruces y trenzados rica tela, y no calabrote.

¿Orientación segura te exigen? Cualquier punto de la rosa de los vientos que de meta te sirva te excluye a los demás. Y ¿sabes acaso lo que hay más allá del horizonte? Explóralo todo, en todos

sentidos, sin orientación fija, que si llegas a conocer tu horizonte todo, puedes recojerte bien seguro en tu nido.

Que nunca tu pasado sea tirano de tu porvenir; no son esperanzas ajenas las que tienes que colmar. ¿Contaban contigo? ¡Que aprendan a no contar sino consigo mismos! ¿Que así no vas a ninguna parte, te dicen? Adonde quiera que vayas a dar será tu todo, y no la parte que ellos te señalen. ¿Que no te entienden? Pues que te estudien o que te dejen; no has de rebajar tu alma a sus entendederas. Y sobre todo en amarnos, entendámonos o nó, y no en entendernos sin amarnos, estriba la verdadera vida. Si alguna vez les apaga la sed el agua que de tu espíritu mana, ¿a qué ese empeño de tragarse el manantial? Si la fórmula de tu individualidad es complicada, no vayas a simplificarla para que entre en su álgebra; más te vale ser cantidad irracional que guarismo de su cuenta.

Tendrás que soportar mucho porque nada irrita al jacobino tanto como el que alguien se le escape de sus casillas; acaba por cobrar odio al que no se pliega a sus clasificaciones, diputándole de loco o de hipócrita. ¿Que te dicen que te contradices? Sé sincero siempre, ten en paz tu corazón, y no hagas caso, que si fueses sincero y de corazón apaciguado, es que la contradicción está en sus cabezas y no en ti.

¿Que te hinchas? Pues que se hinchen, que si nos hinchamos todos, crecerá el mundo. ¡Ambición, ambición, y no codicia!

Te repito que te prepares a soportar mucho, porque los cargos tácitos que con nuestra conducta hacemos al prójimo son los que más en lo vivo le duelen. Te atacan por lo que piensas; pero les hieres por lo que haces. Hiéreles; hiéreles por amor. Prepárate a todo, y para ello toma al tiempo de aliado. Morir como Icaro vale más que vivir sin haber intentado volar nunca, aunque fuese con alas de cera. Sube, sube, pues, para que te broten alas, que deseando volar te brotarán. Sube; pero no quieras una vez arriba arrojarte desde lo más alto del templo para asombrar a los hombres confiados en que los ángeles te lleven en sus manos, que no debe

tentarse a Dios. Sube sin miedo y sin temeridad. ¡Ambición, y nada de codicia!

Y entre tanto, resignación, resignación activa, que no consiste en sufrir sin luchar, sino en no apesadumbrarse por lo pasado ni acongojarse por lo irremediable; en mirar al porvenir siempre. Porque ten en cuenta que sólo el porvenir es reino de libertad; pues así que algo se vierte al tiempo, a su ceñidor queda sujeto. Ni lo pasado puede ser más que como fué, ni cabe que lo presente sea más que como es; el puede ser, es siempre futuro. No sea tu pesar por lo que hiciste más que propósito de futuro mejoramiento; todo otro arrepentimiento es muerte, y nada más que muerte. Puede creerse en el pasado; fe sólo en el porvenir se tiene, sólo en la libertad. Y la libertad es ideal y nada más que ideal, y en serlo está precisamente su fuerza toda. Es ideal e interior, es la esencia misma de nuestro posesionamiento del mundo, al interiorizarlo. Deja a los que creen en apocalipsis y milenarios que aguarden que el ideal les baje de las nubes y tome cuerpo a sus ojos y puedan palparlo. Tú, creelo verdadero ideal, siempre futuro y utópico siempre, **utópico**, esto es: de ningún lugar, y espera! Espera, que sólo el que espera vive; pero teme al día en que se te conviertan en recuerdos las esperanzas al dejar el futuro, y para evitarlo, haz de tus recuerdos esperanzas, pues porque has vivido vivirás.

No te metas entre los que en la arena del combate luchan disparándose a guisa de proyectiles afirmaciones redondas de lo parcial. Frente a su dogmatismo exclusivista, afirmalo todo, aunque te digan que es una manera de todo negarlo, porque aunque así fuera, sería la única negación fecunda, la que destruyendo crea y creando destruye. Déjales con lo que llaman sus ideas cuando en realidad son ellos de las ideas que llaman tuyas. Tú mismo eres idea viva; no te sacrifiques a las muertas, a las que se aprenden en papeles. Y muertas son todas las enterradas en el sarcófago de las fórmulas. Las que tengas, tenlas como los huesos, dentro, y cubiertas y veladas con tu carne espiritual, sirviendo de palanca a los músculos de tu pensamiento, y no fuera y al descubierto y aprisionándote como las tienen las almas-cangrejos de los dogmáticos, abroqueladas contra la realidad que no cabe en dogmas. Tenlas dentro sin permitir que lleguen a ellas los jacobinos que, educados en la paleonto-

logía, nos toman de fósiles a todos, empeñándose en desollarnos y descuartizarnos para lograr sus clasificaciones conforme al esqueleto.

No te creas más, ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pon tu principal empeño.

Asoma en tu carta una queja que me parece mezquina. ¿Crees que no haces obra porque no la señalen tus cooperarios? Si das el oro de tu alma, correrá aunque se le borre el cuño. Mira bien si no es que llegas al alma e influyes en lo íntimo de aquellos ingenios que evitan más cuidadosamente tu nombre. El silencio que en son de queja me dices que te rodea, es un silencio solemne; sobre él resonarán más limpias tus palabras. Déjales que jueguen entre sí al eco y se devuelvan los saludos. Da, da, y nunca pidas, que cuanto más des más rico serás en dádivas.

No te importe el número de los que te rodeen, que todo verdadero beneficio que hagas a un solo hombre, a todos se lo haces; se lo haces al Hombre. Ganará tu eficacia en intensidad lo que en extensión pierda. Las buenas obras jamás descansan; pasan de unos espíritus a otros, reposando un momento en cada uno de ellos, para restaurarse y recobrar sus fuerzas. Haz cada día por merecer el sueño, y que sea el descanso de tu cerebro preparación para cuando tu corazón descansa; haz por merecer la muerte.

Busca sociedad; pero ten en cuenta que sólo lo que de la sociedad recibas será la sociedad en ti y para ti, así como sólo lo que a ella des serás tú en la sociedad y para ella. Aspira a recibir de la sociedad todo, sin encadenarte a ella, y a darte a ella por entero. Pero ahora, por el pronto al menos, te lo repito: sal de ese cotarro y busca a la Naturaleza, que también es sociedad, tanto como es la sociedad Naturaleza. Tú mismo, en ti mismo, eres sociedad, como que, de serlo cada uno, brota la que así llamamos y que camina a personalizarse; porque nadie da lo que no tiene. Hasta carnalmente no provenimos de un solo ascendiente, sino de legión, y a legión vamos; somos un nodo en la trama de las generaciones.

Todos tus amigos son a aconsejarte: "ve por aquí", "ve por allí", "no te desparrames", "concentra tu acción", "orientate", "no te

pierdas en la inconcreción". No les hagas caso, y da de ti lo que más les moleste, que es lo que más les conviene. Ya te lo tengo dicho: no te aceptarán de grado lo tuyo; querrán tus ideas, que no son en realidad tuyas.

No quieras influir en eso que llaman la marcha de la cultura, ni en el ambiente social, ni en tu pueblo, ni en tu época, y mucho menos en el progreso de las ideas, que andan solas. No en el progreso de las ideas, no, sino en el crecimiento de las mismas, en cada alma, en una sola alma y basta. Lo uno es para vivir en la Historia; para vivir en la eternidad lo otro. Busca antes las bendiciones silenciosas de pobres almas esparcidas acá y allá, que veinte líneas en las historias de los siglos. O más bien, busca aquello y se te dará ésto de añadidura. No quieras influir sobre el ambiente ni eso que llaman señalar rumbos a la sociedad. Las necesidades de cada uno son las más universales, porque son las de todos. Coje a cada uno, si puedes, por separado y a solas, en su camarín, e inquietale por dentro, porque quien no conoció la inquietud jamás conocerá el descanso. Sé confesor más que predicador. Comunícate con el alma de cada uno y no con la colectividad.

¡Qué alegría, qué entrañable alegría te merecerá el espíritu cuando vayas solo, solo entre todos, solo en tu compañía, contra el consejo de tus amigos, que quieren que hagas economía política o psicología fisiológica o crítica literaria! La cosa es que no des tu espíritu, que lo ahogues, porque les molestas con él. Has de darles tu inteligencia tan sólo, lo que no es tuyo, has de darles el escarchado del ambiente social sobre ti, sin ir a hurgarles el rincón de la inquietud eterna; no has de comulgar con tres o cuatro de tus hermanos, sino traspasar ideas coherentes y lógicas a trescientos o cuatrocientos, o a treinta mil o cuarenta mil que no pueden, o no quieren o no saben afrontar el único problema. Esos consejos señalan tu camino. Apártate de ellos. ¡Nada de influir en la colectividad! Busca tu mayor grandeza, la más honda, la más duradera, la menos ligada a tu país y a tu tiempo, la universal y secular, y será como mejor servirás a tus compatriotas coetáneos.

Busca sociedad, sí, pero ahora, por de pronto, chapúzate en Naturaleza, que hace serio al hombre. Sé serio. Lleva seriedad, solemne seriedad a tu vida, aunque te digan los paganos que eso es

ensombrecerla, que la haces sombría y deprimente. En el seno de eso que como lúgubres depresiones se aparecen al pagano, es donde se encuentran las más regaladas dulzuras. Toma la vida en serio sin dejarte emborrachar por ella; sé su dueño y no su esclavo porque tu vida pasa y tú quedarás. Y no hagas caso a los paganos que te digan que tú pasas y la vida queda... ¿La vida? ¿Qué es la vida? ¿Qué es una vida que no es mía, ni tuya, ni de otro cualquiera? ¡La vida! ¡Un ídolo pagano, al que quieren que sacrifiquemos cada uno nuestra vida! Chapúzate en el dolor para curarte de su maleficio; sé serio. Alegre también; pero seriamente alegre. La seriedad es la dicha de vivir tu vida asentada sobre la pena de vivirla y con esta pena casada. Ante la seriedad que las funde y al fundirlas las fecunda, pierden tristeza y alegría su sentido.

Otra vez más: ahora corre al campo, y vuelve luego a sociedad para vivir en ella; pero de ella despegado, desmundanizado. El que huye del mundo sigue del mundo esclavo, porque lo lleva en sí; sé dueño de él, único modo de comulgar con tus hermanos en humanidad. Vive con los demás, sin singularizarte, porque toda singularización exterior en vez de preservarla, ahoga a la interna. Vive como todos, siente como tú mismo, y así comulgarás con todos y ellos contigo. Haz lo que todos hagan, poniendo al hacerlo todo tu espíritu en ello, y será cuanto hagas original, por muy común que sea.

Sólo en la sociedad te encontrarás a ti mismo; si te aislas de ella no darás más que con un fantasma de tu verdadero sujeto propio. Sólo en la sociedad adquieres tu sentido todo, pero despegado de ella.

Me dices en tu carta que, si hasta ahora ha sido tu divisa, ¡adelante!, de hoy en más será, ¡arriba! Deja eso de adelante y atrás, arriba y abajo, a progresistas y retrógrados, ascendentes y descendentes, que se mueven en el espacio exterior tan sólo, y busca el otro, tu ámbito interior, el ideal, el de tu alma. Forcejea por meter en ella al universo entero, que es la mejor manera de derramarte en él. Considera que no hay dentro de Dios más que tú y el mundo y que si formas parte de éste porque te mantiene, forma también él parte de ti, porque en ti lo conoces. En vez de decir, pues, ¡adelante!, o ¡arriba!, di: ¡adentro! Reconcéntrate para irradiar; deja llenarte para que rebases luego, conservando el manantial. Recógete

en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso. —Doy cuanto tengo— dice el generoso; —Doy cuanto valgo dice el abnegado; —Doy cuanto soy— dice el héroe; —Me doy a mí mismo— dice el santo; —y di tú con él, y al darte —Doy conmigo el universo entero.— Para ello tienes que hacerte universo, buscándolo dentro de ti. ¡Adentro!

LA IDEOCRACIA

A Ramiro de Maeztu.

De las tiranías todas, la más odiosa me es, amigo Maeztu, la de las ideas; no hay **cracia** que aborrezca más que la ideocracia, que trae consigo, cual obligada secuela, la ideafobia, la persecución, en nombre de unas ideas, de otras, tan ideas, es decir, tan respetables o tan irrespetables como aquéllas. Aborrezco toda etiqueta; pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de **ideoclasta**, rompe-ideas. ¿Que cómo quiero romperlas? Como las botas, haciéndolas mías y usándolas.

El perseguir la emisión de esas ideas a que se llama subversivas o disolventes, prodúceme el mismo efecto que me produciría el que, en previsión del estallido de una caldera de vapor, se ordenase romper el manómetro en vez de abrir la válvula de escape.

Al afirmar con profundo realismo Hegel que es todo idea, redujo a su verdadera proporción a las llamadas por antonomasia ideas, así como al comprender que es milagroso todo cuanto nos sucede, se nos muestran, a su más clara luz, los en especial llamados milagros.

Idea es forma, semejanza, **species**... ¿Pero forma de qué? He aquí el misterio: la realidad de que es forma, la materia de que es figura, su contenido vivo. Sobre este misterio giró todo el combate intelectual de la Edad Media; sobre él sigue girando hoy. La batalla entre individualistas y socialistas es, en el fondo lógico, la misma que entre nominalistas y realistas. Esto en el fondo lógico; pero ¿y en el vital? Porque es la forma especial de vida de cada uno lo que le lleva a la mente tales o cuáles doctrinas.

¿Que las ideas rigen al mundo? Apenas creo en más idea propulsora del progreso que en la idea-hombre, porque también es **idea**, esto es, apariencia y forma cada hombre; pero idea viva, encarnada, apariencia que goza y vive y sufre, y que, por fin, se desvanece con la muerte. Yo, en cuanto hombre, soy idea más profunda que cuantas en mi cerebro alojo, y si lograrse darles mi tonalidad propia, eso saldrían ganando de su paso por mi espíritu. Es dinero que acuño y que, al acuñarlo, le presto mi crédito, poco o mucho, positivo o negativo.

Las ideas, como el dinero, no son, en efecto, en última instancia, más que representación de riqueza e instrumento de cambio, hasta que, luego que nos hayan dado común denominador lógico, cambiemos directamente nuestros estados de conciencia. Ni el cuerpo como dinero ni se nutre el alma de meras apariencias. Y cuando en vez de ideas en oro, de moneda real, de la que cuesta extraer de la mina y a este coste debe su firme valor representativo; cuando en vez de conocimientos de **hechos** concretos y vivos, circula papel-idea —según la sagaz metáfora schopenhaueriana—, apariencia de apariencias, moneda nominal, conceptos abstractos y educidos, que suponen responder a hechos contantes y sonantes, entonces la firma adquiere una importancia enorme, porque el crédito de que tal firma en el mercado goce, es lo que garantiza el valor del papel-idea o de la idea de papel. Nos importa poco quién nos llamó la atención sobre un **hecho**, como no nos importa qué obrero sacó de la mina la onza de oro de que nos valemos; pero en cuanto al autor de un concepto abstracto, es de entidad, como lo es la firma del Banco en los billetes, porque lo aceptamos según el crédito de que aquél goce de guardar en caja conocimientos concretos y de hecho conque responder de sus emisiones de conceptos.

Y van luego las pobres **letras ideales**, el papel-idea, endosadas de unos en otros, poniendo cada sabio su firma al respaldo de ellas. Y aquí cabe preguntar: ¿da el sabio crédito a la letra o se lo da a él ésta?

Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo en cuanto idea, es a lo que aspiro. Luego que les saco el jugo, arrojó de la boca la pulpa; las estrujo, y fuera con ellas!. Quiero ser su dueño, no su esclavo. Porque esclavos les son esos hombres de arraigadas

convicciones, sin sentido del matiz ni del nimbo que envuelve y auna a los contrarios; esclavos les son todos los sectarios, los ideócratas todos.

Necesario, o más bien inevitable, es tener ideas, si, como ojos y manos, mas para para conseguirlo, hay que no ser tenido de ellas. No es rico el poseído por el dinero, sino quien lo posee.

El que calienta las ideas en el foco de su corazón es quien de veras se las hace propias; allí, en ese sagrado fogón, las quema y consume, como combustible. Son vehículo, no más que vehículo de espíritu; son átomos que sólo por el movimiento y ritmo que transmiten sirven, átomos impenetrables, como los hipotéticos de la materia que por su movimiento nos dan calor. Con los mismos componentes químicos se hacen veneno y triaca. Y el veneno mismo, ¿está en el agente o en el paciente? Lo que a uno mata a otro vivifica. La maldad, ¿está en el juez o en el reo? Sólo la tolerancia puede apagar en amor la maldad humana, y la tolerancia sólo brota potente sobre el derrumbamiento de la ideocracia.

Entre todos los derechos íntimos que tenemos que conquistar, no tanto de las leyes cuanto de las costumbres, no es el menos preciso el inalienable derecho a contradecirme, a ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre, a afirmar mis distintos aspectos trabajando para que mi vida los integre. Suelo encontrar más compactos, más iguales y más coherentes en su complejidad a los escritores paradójicos y contradictorios que a los que se pasan la vida haciendo de inmovibles apóstoles de una sola doctrina, esclavos de una idea. Celébrase la consecuencia de éstos, como si no cupiese ser consecuente en la versatilidad, y no fuera ésta la manifestación de una fecundísima virtud del espíritu. Dejemos que los ideócratas rindan culto a esos estilitas, ¡pobrecitos! enclavados en su columna doctrinal. ¿Por qué ha de ser pedrusco sujeto a tierra, y no nube que se bañe en aire y luz?

¡Libertad! ¡Libertad! Y donde la ideocracia impere, jamás habrá verdadera libertad, sino libertad ante la ley, que es la idea entronizada, la misma para todos, la facultad lógica de poder hacer o no hacer algo. Habrá libertad jurídica, **posibilidad** de obrar sin trabas en ciertos lindes; pero no la otra, la que subsiste aun bajo la

esclavitud aparente, la que hace que no le vuelvan a uno el corazón y aun las espaldas porque piense de éste o de otro modo.

“¿Qué ideas profesas?” No, qué ideas profesas, no, sino: ¿cómo eres? ¿cómo vives? El modo como uno vive da verdad a sus ideas, y no éstas a su vida. ¡Desgraciado del que necesite ideas para fundamentar su vida!

No son nuestras doctrinas el origen y fuente de nuestra conducta, sino la explicación que de ésta nos damos a nosotros mismos y damos a los demás, porque nos persigue el ansia de explicarnos la realidad. No fueron las ideas que predicaba las que llevaron a Ravachol a su crimen, sino que fueron la forma en que lo justificó su propia conciencia, como hubiera podido justificarlo con otras, de encontrarlas tan vivas. Hay quien en nombre de caridad cristiana mata, quien para salvar al prójimo le llevó al quemadero. Cuaquier idea sirve al fanático, y en nombre de todas se han cometido crímenes.

No es divinamente humano sacrificarse en aras de las ideas, sino que lo es sacrificarlas a nosotros, porque el que discurre vale más que lo discurre, y soy yo, viva apariencia, superior a mis ideas, apariencias de apariencia, sombras de sombra.

Interésanme más las personas que sus doctrinas y éstas tan sólo en cuanto me revelan a aquéllas. Las ideas las tomo y aprovecho lo mismo que aprovecho tomándolo el dinero que a ganar me den; pero, si por desgracia o por fortuna me viese obligado a pordiosear, creo que besaría la mano que me diese limosna antes que el perro chico de la dádiva.

Hay una sutil pesadumbre que no pocos autores sufren ante ciertos elogios que se les dirige. Cuando un escritor, en efecto, de los que toman como deben las ideas e imágenes, cual de instrumentos con que verter su propio espíritu, ansiosos de darse y derramarse, contribuyendo así a la espiritualización del ámbito social, ve luego que le elogian aquellas obras de compromiso en que sólo puso su mente, aquellas en que ofició de mercader de ideas; suele su suspicacia, enfermiza acaso, hacerle leer al través de esos elogios una tática y tal vez inconciente censura, a aquellos otros frutos de

su espíritu, henchidos del más íntimo jugo que le vivifique. Entristece oír que nos celebren lo menos nuestro, tomándonos así de arca de conocimientos y no de espíritus vivos, como apenas que delante de nuestros hijos naturales, de flores de nuestro espíritu todo, nos alaben a los adoptivos, a las meras excreciones de la mente. Hay elogios que desalientan. Por mi parte, cuando amigos oficiosos me aconsejan que haga lingüística y concrete mi labor, es cuando con mayor ahinco me pongo a repasar mis pobres poesías, a verter en ellas mi preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu, entonces es cuando con mayor deleite me baño en nubes de misterio.

El hombre —apena decirlo— rechaza al hombre; los espíritus se hacen impenetrables; páganse y se cobran los servicios mutuos, sin que se ponga amor en ellos. La lógica justicia, reina en el mundo de las ideas puras, ahoga a las obras de misericordia, que brotan del amor, soberano en el mundo de los puros espíritus. En vez de verter éstos y de fundirlos en un espíritu común, vida de nuestras vidas y realidad de realidades, tendemos a hacer con las ideas un cemento conjuntivo social en que como moluscos en un engomado quedemos presos. Las ideas, externas a nosotros, son como atmósfera social por que se transmiten calor y luz espirituales; en ellas se refleja la del Sol del espíritu, sin que por sí iluminen; hay que mantener aérea esa atmósfera, para poder en ella y de ella respirar, y que no cuaje en tupido ambiente que nos ahogue.

Espíritu es lo que nos hace falta, porque el espíritu, la realidad, hace ideas o apariencias, y éstas no hacen espíritu, como la tierra y el trabajo hacen dinero, y el dinero por sí no hace, dígame lo que se quiera, ni tierra ni trabajo. Y si da el dinero interés es porque hay quien sobre la tierra o sobre productos de ella trabaje, como si dan las ideas, es porque alguien sobre espíritu y de espíritu labra.

Utilísimos son, sin duda, los hombres canales, los mercaderes de ideas, que las ponen en circulación sin producirlas ni acrecentarlas; pero el valor íntimo e intrínseco de tales hombres estriba en el espíritu que en su comercio pongan. Lo que cada cual tenga de pensador y sentidor es lo que le hace fuerza social progresora; el ser meramente sabio o erudito es lo mismo que el ser usurero o prestamista, que redistribuye riqueza, pero no la crea.

Y los pobres esclavos de la tierra que saludan respetuosos al usurero que alguna vez les sacó por el momento de apuro cobrándose al 20 por 100, miran desdeñosos al que se arruinó en abrir un pozo artesiano.

¿Ideas verdaderas y falsas decís? Todo lo que eleva e intensifica la vida refléjase en ideas verdaderas, que lo son en cuanto lo reflejen, y en ideas falsas todo lo que la deprime y amengüe. Mientras corra una peste y haga oficio, comprándose y vendiéndose con ella, verdadera es; mas desde que ya no pase, será falsa.

¿Verdad? ¿verdad decís? La verdad es algo más íntimo que la concordancia lógica de dos conceptos, algo más entrañable que la ecuación del intelecto con la cosa —*adaequatio intellectus et rei*—, es el íntimo consorcio de mi espíritu con el Espíritu universal. Todo lo demás es razón, y **vivir verdad** es más hondo que tener razón. Idea que se realiza es verdadera, y sólo lo es en cuanto se realiza, la realización, que la hace vivir, le da verdad; la que fracasa en la realidad teórica o práctica es falsa, porque hay también una realidad teórica. Verdad es aquello que intimas y haces tuyo; sólo la idea que vives te es verdadera. Sabes el teorema de Pitágoras y llega un caso en que depende tu vida de hallar un cuadro de triple área que otro, y no sabes servirte de tal teorema? . . . No es verdadero para ti. A lo sumo con verdad lógica. Y la lógica es esgrima que desarrolla los músculos del pensamiento, sin duda, pero que en pleno campo de batalla apenas sirve. ¿Y para qué quieres fuertes músculos si no sabes combatir?

De ideas consta la ciencia, sí, de conceptos; pero no son ellas, las ideas, más que medio, porque no es ciencia conocer las leyes por los hechos, sino los hechos por las leyes; en el **hecho** termina la ciencia, a él se dirige. Quien pudiese ver el hecho todo, todo entero, por dentro y por fuera, en su desarrollo todo, ¿para qué quería más ciencia? Verdadera es la doctrina de la electricidad en cuanto nos da luz y trasmite a distancia nuestro pensamiento y obra otras maravillas. Y también es verdadera en cuanto, como tal doctrina, nos eleve el espíritu a contemplación de vida y amor. Porque tiene la ciencia dos salidas: una que va a la acción práctica, material, a hacer la civilización que nos envuelve y facilita la vida, otra que sube a la acción teórica, espiritual, a hacernos la cultura que nos llena y

fomenta la vida interior, a hacer la filosofía que, en alas de la inteligencia, nos eleve al corazón y ahonde el sentimiento y la seriedad de la vida. Para este hogar de contemplación vivificante son las ideas científicas combustible. De la ciencia de su tiempo, falsa según nuestra nomenclatura, las tomaron Platón y Hegel, y con ellas tejieron los más grandes poemas, los más verdaderos, del más puro mundo del espíritu.

¿Buenas y malas ideas decís? Hablar de ideas buenas, ya se ha dicho, es como hablar de sonidos azules, de dolores redondos o de triángulos amargos, o más bien es como hablar de pesetas benéficas o maléficas, de fusiles heroicos o criminales.

“¡Lástima de hombre! Es bueno, ¡pero profesa tan malas ideas!”
¿Hay, acaso, frase más absurda que esta? Es el hombre quien hace buenas o malas a las ideas que acoge, según él sea, bueno o malo; es la realidad quien hace las apariencias. Suelen ser nuestras doctrinas, cuando no son postura de afectación para atraer la mirada pública, el justificante que, a **posteriori**, nos damos de nuestra conducta, y no su fundamento apriorístico. Y solemos equivocarnos, porque es raro el que sabe por qué hace el bien o el mal que hace, ni aun de ordinario, si es bien o mal. Raciocinar la ética es matarla. Obedece al dictado de tu conciencia sin convertirlo en silogismo. No hay más malicia para las ideas que la mentira, y nunca como bajo el régimen de la mentira, el más ideocrático de todos, se las persigue. La sinceridad es tolerante y liberal.

¿Que Fulano cambia de ideas como de casaca, dices? Feliz él, porque eso arguye que tiene casacas que cambiar, y no es poco donde los más andan desnudos, o llevan, a lo sumo, el traje del difunto, hasta que se les deshilache en andrajos. Ya que el traje no crece, ni se ensancha, ni se encoge, según crecemos, engordamos o adelgazamos nosotros, y ya que con el roce y uso se desgasta, cambiémosle. Lo importante es pensar, sea como fuere, con estas o con aquellas ideas, lo mismo da: ¡pensar!, ¡pensar! y pensar con todo el cuerpo y sus sentidos, y sus entrañas, con su sangre, y su médula, y su fibra, y sus celdillas todas, y con el alma toda y sus potencias, y no sólo con el cerebro y la mente, pensar vital y no lógicamente. Porque el que piensa sujeta a las ideas, y sujetándolas se liberta de su degradante tiranía.

Es la inteligencia para la vida; de la vida y para ella nació, y no la vida de la inteligencia. Fué y es una arma, un arma templada por el uso. Lo que para vivir no nos sirve, nos es inconocible. ¿Crees que la visión, la visión misma, flor la más esplendente del conocer, hizo al ojo? No; al ojo le hizo la vida, y el ojo hizo la visión, y luego, por ministerio de la visión, perfeccionó la vida al ojo. Pero ¿el ojo, el ojo mismo, símbolo de la inteligencia, fué un órgano de visión ante todo?

Hay que dudar. Antes de llegar a ser un **órgano** o instrumento que nos diese especies visibles, imágenes de las cosas, gérmenes de ideas, ideas en larva ya, tuvo acaso un valor trófico, ejerció oficio en nuestra íntima nutrición y vida concreta. En sus formas íntimas, donde mejor nos descubre su pristina e íntima esencia, refiérese a la nutrición del ser, a su empapamiento en vida, a la acción de la radiación. ¿Ven, acaso, las transparentes medusas? Y tienen su ojo, su lente con su mancha pigmentaria. La sensibilidad de él es química, reacciona como una placa fotográfica, y vivifica así al ser ciego, le regala don de luz, por su ojo. Crustáceos hay que se enrojecen si les ciegan; quieren beber luz y la beben con el cuerpo todo, si les arrancas la boca con que la bebían ansiosos; no quieren ver, sino beber luz; no apetecen especies visibles, sino obra del sol en las entrañas; no quieren larvas de ideas, sino pulsaciones de vida, espíritu después de todo. Las plantas mismas, ¿no tienen a las veces ojos? ¿No los tiene ese "musgo que brilla" de los niños bretones —**schistostega osmundacea**?— Sí, el ojo es para algo más hondo que para ver; es para alegrar al alma; el ojo bebe luz, y la luz vivifica las entrañas del **oculado**, aunque no percibiese imágenes. Esto vino luego, como añadidura; nos lo trajo la vida, porque vió que le era bueno. Y para algo más que para percibir ideas tenemos la mente, el ojo del espíritu; la tenemos para beber luz, luz espiritual, verdad, vida, reflejadas en esta o en la otra idea, que todas las reflejan, aun las más negras. Porque si no reflejase luz lo negro, ¿lo verías?

¡Ah! ¡Si sacudiéndonos todos de la letal tiranía de las ideas, viviésemos de fe, de verdadera fe, de fe viva!

Yo creo que, así como el odio al pecado está en razón inversa del odio al pecador y que cuanto más se aborrece el delito más

piedad y amorosa compasión hacia el delincuente se experimenta, así también cuanto menos respeto tengamos a las ideas y en menos las sobrestimemos, más respeto rendiremos al hombre, estimándole en más. Que no sea para nosotros el prójimo una arca de opiniones, un número social encasillable con la etiqueta de un **ista** cualquiera, como insecto que clavamos por el coselete en la caja entomológica, sino que sea un hermano, un hombre de carne y hueso como yo y tú, una idea, sí, una aparición; pero una aparición inefable y divina encarnada en un cuerpo que sufre y que goza, que ama y que aborrece, que vive y que al fin muere.

¿Y aquí en España? Aquí hemos padecido de antiguo un dogmatismo agudo; aquí ha regido siempre la inquisición inmanente, la íntima y social, de que la otra, la histórica y nacional, no fué más que pasajero fenómeno; aquí es donde la ideocracia ha producido mayor ideofobia, porque siempre engendra anarquía el régimen absoluto. A la idea, como al dinero, tómasela aquí de fuente de todo mal o de todo bien. Hacemos de los arados ídolos, en vez de convertir nuestros ídolos en arados. Todo español es un maniqueo inconciente; cree en una Divinidad cuyas dos personas son Dios y el Demonio, la afirmación suma la suma negación, el origen de las ideas buenas y verdaderas y el de las malas y falsas. Aquí lo arreglamos todo con afirmar o negar redondamente, sin pudor alguno, fundando banderías. Aquí se cree aún en jesuitas y masones, en brujas y trasgos, en amuletos y fórmulas, en azares y exorcismos, en la **hidra revolucionaria** o en la **ola negra de la reacción**, en los milagros de la ignorancia o en los de la ciencia. O son molinos de viento o son gigantes; no hay término medio ni supremo; no comprendemos o, mejor aún, no sentimos que sean gigantes los molinos de viento y molinos los gigantes. Y el que no es Quijote ni Sancho quédese en socarrón bachiller Carrasco, lo que es peor aún.

Es el nuestro un pueblo que razona poco, porque le han forzado a raciocinar con exceso, o a tomarlo por otros raciocinado, a vivir de préstamo con pocas ideas, y ellas escuetas y perfiladas a buril, esquinosas, ideas hechas para la discusión, escolásticas, sombras de mediodía meridional. Y las pocas y esquinosas ideas fomentan la ideocracia, que es oligárquica de suyo, y la ideofobia con ella, puesto que cuantas más las ideas y más ricas y más complejas y más proteicas menos autoritarias e impositivas son. ¿No convienen

y se conciertan y se comunican los hechos todos, aun los más opuestos al parecer entre sí, los hechos que son el ideal de las ideas?

Hemos vivido aquí creyendo lo que nos enseñaban: que las cosas consisten en la consistidura, y edificado sobre tal base un castillo de naipes con apariencias de apariencias, con sombras de sombras. La vida interior, entre tanto, se asfixiaba en el vacío, bajo la campana neumática de las escolásticas consistiduras. Apenas ver a espíritus tan vigorosos y potentes, tan reales y tan llenos de verdad como los de nuestros místicos, agitarse bajo la campana buscando aire libre henchido de cielo. ¡Ah! su anhelo, su noble anhelo, el ansia de sus espíritus! ¡Ansia de beber con el ojo espiritual directamente la luz del Sol, de sentirse las entrañas bañadas en sus vivificantes rayos, de poder mirarlo cara a cara y vivir de su luz, aunque cegasen, y tener que recibirlo de reflejo, en las figuras de las cosas, en las formas visibles, larvas de ideas! Bebámosle en ellas.

La verdad puede más que la razón, dijo Sófocles, y la verdad es amor y vida en la realidad de los espíritus y no mera relación de congruencia lógica entre las ideas. Unción y no dialéctica es lo que nos vivificará.

Cuando reine el Espíritu se le someterá la Idea, y no ya por el conocimiento ideal, sino por el amor espiritual comunicarán entre sí las criaturas.

He aquí por qué, amigo Maeztu, aborrezco la tiranía de las ideas.

LA FE

Liv og tro skal smelte sammen.

La vida y la fe han de fundirse.

HENRIK IBSEN. Brand, akt. V.

"P.—¿Qué cosa es fe?

R.—Crear lo que no vimos".

¿Crear lo que no vimos? ¡Crear lo que no vimos, no! sino crear lo que no vemos. Crear lo que no vemos, sí, crearlo, y vivirlo, y con-

sumirlo, y volverlo a crear y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así; en incesante torbellino vital. Esto es fe viva, porque la vida es continua creación y consunción continua, y, por lo tanto, muerte incesante. ¿Crees acaso que vivirías si a cada momento no murieses?

La fe es la conciencia de la vida en nuestro espíritu, porque pocos vivos la tienen de que viven, si es que puede llamarse vida a esa suya.

La fe es confianza ante todo y sobre todo; fe en sí mismo tiene quien en sí mismo confía, en sí y no en sus ideas; quien siente que su vida le desborda y le empuja y le guía; que su vida le da ideas y se las quita.

No tiene fe el que quiere, sino el que puede; aquel a quien su vida se la da, porque es la fe don vital y gracia divina si queréis. Porque si tienes fe inquebrantable en que has de llevar algo a cabo, fe que transporta montañas, no es en rigor la fe esa la que te da potencia para cumplir ese transporte, sino que es la potencia que en ti latía la que se te revela como fe. No espolees, pues, a la fe, que así no te brotará nunca. No la hurgues. Deséala con todo tu corazón y todo tu ahinco, y espera, que la esperanza es ya fe. ¿Eres débil? Confía en tu debilidad, confía en ella, y ocúltate, bórrate, resígnate; que la resignación es también fe.

No busques, pues, derecha e inmediatamente, fe; busca tu vida, que si te empapas en tu vida, con ella te entrará la fe. Pon tu hombre exterior al unísono del interior, y espera. Espera, porque la fe consiste en esperar y querer.

La fe se alimenta del ideal y sólo del ideal, pero de un ideal real, concreto, viviente, encarnado, y a la vez inasequible; la fe busca lo imposible, lo absoluto, lo infinito y lo eterno: la vida plena. Fe es comulgar con el universo todo, trabajando en el tiempo para la eternidad, sin correr tras el miserable efecto inmediato exterior; trabajar, no para la Historia, sino para la eternidad. Fe es si predicas de noche, en medio del desierto, mirar al parpadeo de las estrellas y confiar en que te escuchan y hablarles al alma, como San Antonio de Padua predicaba a los peces.

El intelectualismo es quien nos ha traído eso de que la fe sea creer lo que no vimos, prestar adhesión del intelecto a un principio abstracto y lógico, y no confianza y abandono a la vida, a la vida que irradia de los espíritus, de las personas, y no de las ideas, a tu propia vida. A tu propia, sí, a tu vida concreta, no a eso que llaman la Vida, abstracción también, ídolo.

Ved en el orden religioso, y en el único orden religioso que en vuestras almas elaboradas por el cristianismo cabe, en el orden religioso cristiano; ved en él que fe es confianza del pecador arrepen-tido en el Padre de Cristo, única revelación para nosotros del Dios vivo. Es la única fe que salva, y lo único que salva. De ella brotan las obras, como del manantial el agua.

Escudriñad la lengua, porque la lengua lleva, a presión de atmósferas seculares, el sedimento de los siglos, el más rico aluvión del espíritu colectivo; escudriñad la lengua. ¿Qué os dice?

Fe, nuestro vocablo **fe**, lo heredamos, con la idea que expresa, de los latinos, que decían **fides**, de donde salió **fidelis**, fiel, **fidelitas**, fidelidad, **confidere**, confiar, etcétera. Su raíz **fid** —es la misma raíz griega **πιθ**— (labial por labial, y dental por dental) del verbo **πειθειν**, persuadir, en la voz activa, y **πειθεσθαι**, obedecer, en la voz media; y obedecer es obra de confianza y de amor. Y de la raíz **πιθ** —salió **πιστις**, fe, cosa muy distinta de la **γνωσις** o conocimiento. Id al alemán y tenéis **Glaube**, fe, del antiguo alto alemán **gilouban**, gótico **galaubjan**, de la raíz **liub**—, **lub**—, que indica idea de amor. Mas es en griego, donde en la diferencia entre **pistis** y **gnosis** se percibe el matiz propio del concepto de fe.

Acababa de pasar Jesús por el mundo, donde quedaba aún el perfume de su huella y el eco vivo de sus palabras de consuelo; aún alumbraba a sus discípulos su memoria vivificante, como dulce crepúsculo de sol que ha muerto besando, entre nubes de sangre, a la cansada tierra. Jóvenes las comunidades cristianas, esperaban la próxima venida del reino del Hijo de Dios e Hijo del Hombre; la persona y la vida del Divino Maestro era el norte de sus anhelos y sentires. Sin su persona no se sentían sus enseñanzas; sin su vida no se penetraba en sus obras, inseparables de él mismo. Sentíanse

hinchidas de verdadera fe, de la que con la esperanza y el amor se confunde, de lo que se llamó **pistis πισις**, fe o confianza, fe religiosa más que teologal, fe pura, y libre todavía de dogmas. Vivían vida de fe; vivían por la esperanza en el porvenir; esperando el reino de la vida eterna; vivíanla. Daba cada cual a su esperanza la forma imaginativa o intelectual que mejor le cuadrara, si bien dentro todos del tono común de sus comunes esperanzas —tono, y no doctrina—, variando así los **conceptos** que de Jesús y de su obra se formarían. No es raro encontrar en los llamados padres apostólicos distintas concepciones, poco definidas de ordinario, de un mismo objeto de la fe de esperanza; hasta gozaban, no pocas veces, de la santa libertad de contradecirse. En aquella masa de anhelos y de aspiraciones, hirviente de entusiasmo, dibujábanse, aunque embrionarias todavía, las tendencias todas que constituyeron más tarde la larga procesión de las herejías; allí apenas había nacido la distinción entre ortodoxos y herejes, o más bien era ortodoxa la herejía, por caber en el recto creer —reduciendo a un vivo esperar entonces— la doctrina que, para darle forma, escogía cada cual. Y de aquí, de este escoger, herejía, **haeresis**, **αἵρεσις** que “elección” significa. La **pistis**, la fe viva, daba tono de unidad profunda a aquella riquísima variedad palpitante de futuras creencias diversas, como hoy sigue cerniéndose una **pistis** sobre las distintas cristianas confesiones en lucha.

A medida que el calor de la fe iba menguando y mundanizándose la religión, iba la candente masa enfriándose en su superficie y recubriéndose de costra, que le separaba más y más del ambiente, dificultando su más completa aireación. Así se cumplía la fatal separación entre la vida religiosa y la vida común, cuando ésta no debería ser más que una forma de aquélla. Aparecieron puntos de solidificación y cristalización aquí y allí. La juvenil **pistis** fué siendo sustituida por la **gnosis γνωσις**, el conocimiento, la creencia, y no propiamente la fe; la doctrina, y no la esperanza. Empezóse a enseñar que en el conocimiento consiste la vida; convirtiéronse los fines prácticos religiosos en principios teóricos filosóficos, y la religión en una metafísica que se supuso revelada.

Nacieron sectas, escuelas, disidencias, dogmas por fin. Poco a poco fué surgiendo el credo, y el día en que se alzó neto y preciso el llamado símbolo de la fe, fué que el espíritu de la **gnosis** había

vencido, fué el triunfo del gnosticismo ortodoxo, el nacido de lenta adaptación, no de los comúnmente llamados gnosticismos, de las prematuras y rápidas helenizaciones del Evangelio. En adelante, la fe fué para muchos creer lo que no vieron, adherirse a fórmulas: **gnosis**, y no confiar en el reino de la vida eterna: **pistis**, es decir crear lo que no veían. Así pasa una juventud.

Hoy se reproducen aquí y allí movimientos análogos a los que anudaron aquellas primitivas comunidades cristianas; hoy se unen jóvenes de espíritu en la común esperanza del advenimiento del reino del hombre; hoy brota verdadera fe: **pistis**, santa confianza en el ideal, refugiado en el porvenir siempre, fe en la utopía. Créese por muchos y se confía en un nuevo milenio, en una redención próxima, en una futura vida de libertad fraternal y equitativa. Este ideal no se cumplirá, será eternamente futuro, para mejor conservar su idealidad preciosa que es la que nos vivifica, como no se cumplió la venia próxima del Cristo, cuyo reino no es de este mundo; pero así como Cristo vino, y viene al alma de cada uno de los que en él con verdadera fe creen, así reinará el hombre futuro en el alma de cada uno de sus fieles; viviremos así en el porvenir, y de tanta labor íntima quedará fecunda huella en la vida cotidiana.

¿Porque ese hombre futuro, ese sobrehombre de que habláis, es otra cosa que el perfecto cristiano que, como mariposa futura, duerme en los cristianos larvas o crisálidas de hoy? ¿Será otra cosa que el perfecto cristiano ese sobre-hombre cuando rompa el capullo gnóstico en que está encerrado y salga de las tinieblas místicas en que aborrece al mundo, al mundo de Dios, y en que acaso reniega de la vida, de la vida común? Entonces será la Naturaleza gracia. Entonces se romperán esas sombrías concepciones medioevales en que se ha ahogado al sencillo, luminoso y humano Evangelio, concepciones de siervos o de señores de siervos. Entonces el anacoreta se retirará a su propio espíritu, para poder desde este su recogimiento derramarse en la vida común y vivir con la vida de todos, porque sólo de obras de amor con el prójimo se nutre el amor a Dios.

Porque, después de todo, ¿fe cristiana qué es? O es la confianza en Cristo o no es nada; en la persona histórica y en la histórica revelación de su vida, téngala cada cual como la tuviere. Tiénela muchos que de él dicen renegar; descubriríanla a poco que se

ahondasen. Fe en Cristo, en la divinidad de Cristo, en la divinidad del Hombre por Cristo revelada, en que somos, nos movemos y vivimos en Dios; fe que no estriba en sus ideas, sino en él; no en una doctrina que representara, sino en la persona histórica, en el espíritu que vivía y vivificaba y amaba. Las ideas no viven ni vivifican, ni aman. Fe cristiana consiste en que en el Cristo del Evangelio, y no en el de la teología, se nos presente y nos lleve a sí el Dios vivo, cordial, **irracional**, o si queréis, soberracional o intrarracional, el Dios del imperativo religioso, no el Sumo Concepto abstracto construido por los teólogos; no el primer motor inmóvil del Estagirista con su cortejo de argumentos físico, cosmológico, teológico, ético, etcétera, etc. Dios, en nuestros espíritus, es Espíritu y no Idea, amor y no dogma, vida y no lógica.

Todo lo que sea entrega del corazón a esa confianza de vida, no es fe, aunque sea creencia. Y toda creencia termina, al cabo, en un **credo quia absurdum**, en el suicidio, por desesperación, del intelectualismo, o en la terrible fe del carbonero.

¡Terrible fe la del carbonero! Porque, ¿a qué viene a reducirse la fe del carbonero?

¿—Qué crees?

—Lo que cree y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia.

—¿Y qué cree y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia?

—Lo que yo creo (bis).

¡Y así sigue el círculo vicioso... y tan vicioso! Le presentan cerrado y sellado el libro de los siete sellos, diciéndole: "¿cree lo que aquí se contiene?"; y contesta: "Créolo" ¿Pero cree lo que el libro dice? ¿Lo conoce acaso? Hay algo de aquello de "basta que usted lo diga" y firmar en barbecho. Se ahorra de tener que pensar; he aquí todo.

Semejante fe no es más que un acto de sumisión a una potencia terrena, y nada más que terrena, una mundanización de la fe; no es confianza en Dios por Cristo, sino sumisión a un instituto jerárquico y jurídico.

Una fe sólo se mantiene en una Iglesia, es cierto. En una Iglesia; pero Iglesia, ¿qué es? La congregación de los fieles, de todos cuantos creen y confían. La más amplia Iglesia es la humanidad.

¿Pero aquí qué ha pasado? Que se ha querido casar las dos cosas más incompatibles: el Evangelio y el derecho romano; la nueva de amor y de libertad y el *ita ius esto*; el espíritu y el dogma. Y así se le han cortado las alas al profetismo hebraico, que pedía amor y no inmolaciones, con el lastre de los edictos justinianos y los *sacra paganos*; han apagado con agua lustral el fuego de la fe. Y encima han alzado al Estagirita con su molino lógico, sus silogismos, su entelequia, sus entendimientos agente y pasivo, y sus categorías y categoremáticas, echados a perder por una legión de pobres ideófogos, que redujeron a polvo analítico el corazón. A la sombra del mortífero derecho canónico brotó la decadencia teológica, hija más que madre de aquél, brillante fantasía helénica sobre motivos evangélicos, sometida luego a las cinchas leguleyescas del espíritu romano, espíritu de soldados y de pretores, de disciplina y de código, que se formó en el *adversus hostem aeterna auctoritas* y en el *ita ius esto*. Y acabó por ser la *auctoritas* el único *ius* ejercido *adversus hostes*, contra los fieles todos, convertidos en *hostes*, en enemigos. Porque, sí, el *hombre* es el enemigo, el *hombre* es el malo; contra el hombre hay que esgrimir la ley, porque el hombre es, por naturaleza, rebelde y soberbio ¡Pobre hombre!

¡Y todo se vuelve *chiboletes*!

—¿Qué es eso de *chiboletes*? —dirás.

Acude al capítulo XII del libro de los Jueces, y hallarás su explicación. Hela aquí:

Los de Efraim movieron guerra a los de Galaad, y juntando Jefté a éstos, peleó contra Efraim. “Y los galaaditas tomaron los vados del Jordán a Efraim, y sucedía que cuando alguno de los de Efraim, que había huído, decía: “¿Pasaré?” Los de Galaad le preguntaban: “¿Eres tú efraimita?” Si respondía que no, le decían: “Pues di *schibolet*.” Y él decía *sibolet*, porque no podía pronunciar de aquella suerte. Y entonces le echaban mano y lo degollaban junto a

los vados del Jordán. Y murieron entonces de los de Efraim cuarenta y dos mil”.

He aquí lo que nos cuenta el libro de los Jueces en los versillos 5 y 6 de su capítulo XII. Que es como si moviendo guerra los de Castilla la Vieja a los de la Nueva, cuando alguno de éstos intentase pasar el Guadarrama le dijeran: ¿eres madrileño? y si respondiese que no: pues di *pollo*, y él diría *poyo*, porque no pueden pronunciar de aquella suerte. Y entonces le echaran mano para degollarle en los puertos del Guadarrama.

Y ha quedado la palabra *schibolet*, sobre todo en inglés (*shibboleth*) —lenguaje que, como el pueblo que lo habla, se ha formado en gran parte bajo el influjo de tradiciones bíblicas— en el sentido de santo y seña de un partido cualquiera o de una secta.

Nosotros no hemos adoptado el vocablo, ¿pero la cosa? Estamos llenos de *schiboletes*, o *chiboletes*, si preferis esta forma, ya adaptada a nuestro idioma, de santos y señas; *chiboletes* por todas partes. “¡Jesuitas!” —y cree haber dicho algo; “¡krausista!”— y se queda tan descansado nuestro hombre. *Chiboletes*, *chiboletes* por todas partes, *chibolette* de la falta de fe. “*Di ¡pollo!*”, y contesta el pobre diciendo: *¡poyo!*, y: “¿*poyo, poyo* dices? ... pues te degüello, que tú eres *afraimita!*”

Entre luchas cruentas e incruentas, con infinito trabajo, con ansias íntimas, con angustias y anhelos, con desesperaciones y júbilos, brotó del alma de una comunidad un dogma, flor de una planta rebosante de vida, de una planta con raíces, y tallo y hojas y savia. Y la comunidad transmitió a sus más jóvenes retoños esa flor preciada, que habría de dar fruto, o mejor aún, en la cual habría de dar fruto la planta. Y lo dió; pero al darlo murió la flor, como es forzoso. Y guardaron los fieles sus ajados pétalos en un relicario, y bajo fanal los tienen y rinden culto a esos ajados pétalos de la flor muerta. Y entre tanto se seca la planta y no da fruto. Mas los ajados pétalos, como esas flores que se guardan prensadas entre las hojas de un devocionario, recuerdo ¡ay! de amores que pasaron, hanse convertido en *chibolette*. Y cuando llega algún efraimita y se acerca al fanal del relicario hácele oler el galaadita la flor ajada, a través

de la vitrina, la flor prensada del herbario litúrgico, y le dice: ¿a qué huele? Y si el efraimita es sincero y contesta, según sea de fino su olfato, o bien: "¡no me huele a nada" o ya: "¡huele a muerto!" ¡a degollarle!

¡A degollarle! ¡a degollarle moralmente! ¡a marcarle con el hierro! ¡sobre él la Inquisición inmanente y difusa! ¡No huele la flor! ¡no huele la flor, ¡no tiene olfato! ¡desgraciado!... ¡no tiene olfato! ¡desgraciado!... Desgraciado, sí, digno de conmiseración y lástima, pero un peligro para los demás, por que esas infernales corizas son infecciosas, y va a cundir la enfermedad, va a estropearnos la pituitaria, van a perder el olfato los fieles galaaditas, y si lo pierden, ¿qué será, Dios mío, de la tribu de Gaalad? Sin olfato habrá de envenenarse, porque es el olfato el centinela de la boca, y sin él el paladar no sirve. ¡La espada, la espada de Jefté, pronto, a degollarlo! ¡a degollarlo antes de que nos contagie su infernal coriza y perdamos el olfato y no oíamos la flor misteriosa y se nos amargue la vida!

Sí, hay que evitar a toda costa el perder el olfato, eso que llaman perder el olfato espiritual, y que no es nada menos que ganarlo o recobrarlo. Es menester impedir que la flor seca del herbario nos huela a muerto o a seco, y que vayamos al campo libre a buscar las flores que crecen al sol y que dan fruto y mueren. Porque sólo fructifica la flor cuando muere, como sólo muriendo da nueva planta el grano. ¿Muriendo? Muriendo no, renaciendo. Y lo que no es incesante renacimiento, ¿qué es?

*

* * *

Hello se extasiaba ante eso de que el **Credo** se cante. Se canta, sí, ¿pero no se reduce a **letra**, letra de música, tralalá de melopea? ¡**Qui cum Patre Filioque procedit...**! Este **Filioque** costó mares de tinta, y supremos esfuerzos de ingenio, y legiones de silogismos y enormidad de invectivas. Y bien, ¿en qué vivifica la vida del que lo repite hoy? ¿Por qué lo han suprimido del Credo popular, del vulgar, del que se enseña en las escuelas, del Credo **ad usum servi pecoris**, mientras persiste en el otro, en el litúrgico, en el cantable? ¿En qué le hace más divino, mejor, al que lo canta u oye cantar?

¿En qué le levanta el corazón? ¿Qué luz le da ese **Filioque** para ascender al **Amor**?

Pero no condenéis ninguna fe cuando sea espontánea y sencilla, aunque se viese forzada a verterse en formas que la deformen. Toda fe es sagrada. Lo es la fe del fetichismo, que anima, consuela, da fuerzas, infunde ánimo, hace milagros.

Ved la imagen prodigiosa, el tosco leño milagroso, tallado a hachazos, por un aperador tal vez, el leño a cuyos pies han ido a dejar generaciones de aldeanos, sus pesares, sus ansias, sus angustias, a avivar sus vislumbres. Todo allí lleno de exvotos: muletas mugrientas, trenzas de pelo, camisetas amarillas con el polvo del tiempo, cintas ajadas, pinturas toscas, miembros de cera, quebradiza ya... Y luego, entrad en Nuestra Señora de las Victorias, de París, pongo por caso. Aquello es el cementerio del fetichismo, donde éste hiere en su seca osamenta. Hanse convertido los espontáneos exvotos en reguladas inscripciones, grabadas con letra roja en marmolillos blancos. Parece el templo un periódico, con sus gacetas y anuncios; recuerdan las inscripciones aquellas las listas de adhesiones de los periódicos de partido o los nichos de un cementerio. Hiede a osario. Está ya el fetichismo reglamentado, sometido a partida doble, con su libro mayor, su copiador de cartas y su libro de caja, ¡sobre todo el libro de caja! Pero luego se ha perfeccionado el sistema, y tenemos ya, en otra parte, el laboratorio de ensayo de los milagros.

A los pocos días de haber visitado Nuestra Señora de las Victorias, con sus vastos muros anunciadores, entré en cierta vulgarísima iglesiuca de una aldea de mi tierra vasca, allá entre las montañas que se embozan en llovizna. A la entrada, a la derecha, el rústico bautisterio, la gran pila de piedra donde reciben el agua los hijos de aquellos aldeanos, acaso mientras los helechos, brezos y argomas se empapan en la que de los frondosos castaños les cae. La parte delantera de la nave, de suelo de madera, es cementerio en que descansan los restos de aquellos que trabajaron y murieron en paz. En el suelo, paños negros llenos de lágrimonos de cera; en otros sitios papelones, planas con los palotes, del nieto acaso de quien debajo reposa, pedazos de periódico, uno con anuncios de Singer,

papeles pintados, y sobre estos paños y papeles, en trozos de madera vieja y negra de distintas formas, una arrollada cerilla amarilla, que fué jugo de flores no hace mucho, cerilla que se consume en luz triste sobre los muertos. Allí, cubierta la cabeza con la mantilla negra, cuya borlita les cuelga sobre la frente, y cubriéndose con el moquero la cara, llorarán en silencio, mascullando oraciones, las pobres caseras, mientras lagrimea la cerilla. ¿Qué piensa del filioque esa casera? Alguna vez se habrá fijado acaso en la cara de cera de aquella Dolorosa envuelta en su manto negro, del altar de la izquierda; tal vez en el San Antonio de aquel cuadro de sombras viejas y cielo de oro sucio del de la derecha, o en el San Juan en el desierto; acaso en las inevitables estampas de los lados del altar mayor; o en la Virgen española, morena, tosca, de vivos ojos y severo rostro, manto bordado y largo pelo tendido, con su niño vivaracho de traje bordado también, y coronados ambos, del flanco del evangelio; o en la Virgen francesa, de ceñido traje blanco con cintas azules, manos juntas y cara de lirio de pintura dirigida al cielo, del flanco de la epístola; habrá detenido su mirada en aquella Santa Isabel en el lecho, que tiene a su lado a San José y la Virgen que mira cada cual a un lado, o la habrá reposado en aquel Cristo de encima, iluminado por la desfallecida luz que a través de las rojas cortinas se filtra; pero a la casera de Alzola ¿qué le dice el filioque?

Por fuera el pórtico encauchado, con sus bancos de piedra donde el sol se rompe y sus puntales de tronco que sostienen el tejadillo; allí el muro que hace de frontón de pelota, con su cinta de hierro para marcar el escás. Y luego se tiende la plazoleta con sus nogales, su largo banco de piedra en semicírculo y su mesa de dos grandes piedras para el reparto del botín del entierro. Desde la plazoleta vese el río que enseña las piedras de su lecho, mientras otras surgen a blanquearse al sol; en sitios quíebrase en ellas y murmurando se riza y arruga el arroyo. Paséanse los patos junto a las piedras lavanderas, vese al puente y a las casas reflejadas en horizontales capas en el agua tranquila, reflejo esmaltado por peñas que asoman en el cristal su cabeza. El verde de las montañas, oscuro en los castaños y en los maizales tierno, viste al vasto templo, al templo inmenso, al templo libre en que a guisa de incienso corre la brisa susurrando en los chopos, los castaños y nogales. Y a la pobre casera de Alzola, que sale de su iglesiuca, de la iglesiuca en

que aprendió a rezar, al templo inmenso de las montañas, ¿qué le dice el filioque? ¿tiene fe?

Sí, tiene fe, confía. Es sincera; vive sencillamente; no sutiliza; ignora el dogma; tiene su fe, la suya.

Lo que mata es la mentira, y no el error, y hay mentiras que tiemblan de reconocerse tales, mentiras que temen encontrarse a solas consigo mismas. Hay gentes que vislumbrando vagamente que viven de mentira, rehuyen examinarla, y repiten: ¡no quiero pensar en eso! ¿No quieres pensar en eso?, ¡pues estás perdido!

Eso en que crees es mentira, porque ¿puede ser verdad aquello en que no crees? Quien enseñare una de esas que llaman verdades sin creer en ella, miente.

¡Verdad! Y “¿qué es verdad?” —preguntó Pilato a Cristo, volviéndole las espaldas sin esperar respuesta, volviendo las espaldas a la verdad. Porque Cristo dijo de sí: “yo soy la verdad”, dijo de sí, y no de su doctrina. ¿Que no lo dijo? Pues nos lo dice a todas horas.

La fe es, ante todo, sinceridad, tolerancia y misericordia.

¡Sinceridad! ¡Santo anhelo de desnudarse el alma, de decir la verdad siempre y en todo lugar, y mejor cuando más intempestiva e indiscreta la crean los prudentes según la ley! ¡Santo anhelo de poner al descubierto y a la frescura del mundo nuestro espíritu para que se airee y vivifique!

¡Tolerancia! ¡Viva comprensión de la relatividad de todo conocimiento y de toda gnosis y creencia, y de que sólo desarrollándose cada cual en su propio mundo de ideas y sentimientos es como hemos de armonizarnos bajo unidad de fe en rica variedad de creencias! ¡Tolerancia! ¡hija de la profunda convicción de que no hay ideas buenas ni malas, de que son las intenciones, la fe, y no las doctrinas, no el dogma, lo que justifica los actos!

¡Misericordia! La caridad no es cosa distinta de la fe, es una forma de ésta, una expansión de la confianza en el hombre. ¡Fuera

de todo fiel, el demoniaco regocijo con que **las gentes honradas**, los justos, según la ley, los hombres de orden, piensan que se va a dar garrote o cuatro tiros al delincuente, dando así, por instrumento del verdugo, desahogo a sus criminales instintos, a lo que de común tienen con el pobre ajusticiado!

Sinceridad para descubrir el ideal siempre y oponerlo a la realidad; tolerancia hacia las diversas creencias que dentro de la común confianza caben; misericordia hacia las víctimas del pasado y del presente incoercibles. Esta es fe.

Ten, pues, fe y ten sobre todo fe en la fe misma. Porque si los amadores cobraron tanta fuerza del amor al amor mismo, no menos la cobraron los fieles de la fe en la fe misma, de la confianza en el poder todopoderoso de la confianza misma.

mfu 8641
PDF

Unamuno y la Enseñanza Superior en España

Cada vez estimo menos los actos conmemorativos de los nacimientos, de las muertes, de las victorias y, en fin, de las pretéritas fechas gloriosas de toda índole. Y ello, porque, al revés, cada vez más estimo que la virtud suprema es la de la sinceridad; sinceridad para los demás y, sobre todo, para nosotros mismos. El deporte cinegético tiene muchos adeptos: hay aficionados a la caza mayor, a la caza menor, a la caza de fortunas, de diplomas y medallas, de dotes y..., entre las mil variedades, los flamantes cazadores de aniversarios. No dejan escapar una fecha, pues cada efemérides, política o cultural, es un buen pretexto para la encendida y patriótica oración, si lo primero, o para la docta lección, si lo segundo.

Mas no es esto sólo. El tener la vista y la atención de preferencia vueltas hacia el pasado, me parece propio de individuos o pueblos enamorados y satisfechos de sí mismos; que piden demasiado poco a la vida y que, por ende, se contentan con poco. Como el que más creo saber de la importancia del pretérito para la llena de sinsabores tarea de vivir. Pero más me gusta lo por hacer que lo hecho. Pues, como decía Unamuno, "ni lo pasado puede ser más que como fue, ni cabe que lo presente sea más que como es; el puede ser es siempre futuro". La vida, la verdadera vida, es apuntar hacia cualquier ideal, por quimérico que parezca. Pues bien: lo hecho, como real que fue, resulta pobre medido por el rasero del ideal. Es esencial a la vida poderosa y en auge la inconformidad con lo hecho. Recrearnos con el pasado y enaltecer fechas gloriosas es

darnos ya la muerte por anticipado. Pues, como decía Don Miguel, hace ya la friolera de casi setenta años: "tu acabada personalidad está al fin y no al principio de tu vida; sólo con la muerte se te completa y corona". Habría de pasar más de un cuarto de siglo para que Heidegger y Jean Paul Sartre dijeran casi lo mismo. Claro que muchos años antes Hegel ya había dicho: "La verdad está en el todo". Es decir, la verdad de una vida sólo se completa con el acto final de la muerte.

Acabo de leer dos pequeños libritos de Miguel de Unamuno; el primero, "De la enseñanza superior en España", recopilación de ocho artículos publicados en la "Revista nueva" en el último decenio del pasado siglo. Como apéndice figura también otro artículo publicado en octubre de 1894 en "La España moderna" con el título "La enseñanza del latín en España". Está editado en Madrid el año de 1899. El otro libro se titula "Tres ensayos"; la edición es del año 1900. Son también tres artículos con los títulos de "Adentro!", "La ideocracia" y "La fe".

La lectura de ambos libros me ha incitado a conmemorar yo también a Unamuno. Pero a mi modo; a la manera como creo le agradaría a Don Miguel. La vida es futurición, perdonen la palabra; mas, para caminar hacia adelante, es de necesidad echar de vez en vez una ojeada hacia el pasado. Este, no es para recrearse con morosidad en él. Como la pelota en la pared del frontón, su misión es que la vida, la de cada uno, rebote en él y se lance con nuevo impulso hacia el futuro, próximo o remoto. En suma, que dirigir la mirada hacia el pretérito está bien, con tal que no sea pretexto para media docena de ampulosos discursos de ocasión, sino para cobrar nuevos bríos con que realizar lo que todavía nos queda por hacer.

Lo que ayer se hizo, escribió o pensó, lo hicieron, escribieron y pensaron unos hombres inmensos en unas circunstancias que, por ser de ayer, no son las nuestras. Por ello, la lección que de ordinario nos ofrece la historia es la de ilustrarnos acerca de aquello que precisamente no debiéramos hacer hoy. Dice Ortega en "Historia como sistema": "Ayer he conocido a Hermione: es una mujer encantadora. Ha estado conmigo deferente, insinuante. Se me ocurre hacerle el amor e intentar ser correspondido. Pero ¿es que mi

auténtico ser, eso que llamo yo, puede consistir en 'ser el amante de Hermione'? Apenas, en la anticipación que es el imaginar, me represento con alguna precisión mi amor con Hermione, rechazo enérgicamente tal proyecto de ser. ¿Por qué? No encuentro reparo alguno que poner a Hermione, pero es... que tengo cincuenta años, y a los cincuenta años, aunque el cuerpo se conserve tan elástico como a los treinta y los resortes psíquicos funcionen con el mismo vigor, no puedo ya ser amante de Hermione. Pero, ¿por qué? ¡Ahí está! Porque, como tengo bastantes años, he tenido tiempo de ser antes el amante de Cidalisa y el amante de Arsinoe y el amante de Glukeia, y ya sé lo que es 'ser amante', conozco sus excelencias, pero conozco también sus límites. En suma, he hecho a fondo la experiencia de esa forma de vida que se llama 'amar a una mujer', y, francamente, me basta. De donde resulta que la 'causa' de que yo no sea mañana un amante es precisamente que lo he sido. Si no lo hubiera sido, si no hubiera hecho a fondo esa experiencia del amor, yo sería el amante de Hermione". La historia de los aciertos; **magistra vitae**, como la denominaron los latinos, lo es porque me ahorra quizá tropiezos innecesarios que ya sufrieron otros, y en el campo ilimitado de las posibilidades humanas me veda aquellas que sería innecesario ensayar.

Ocurre a veces, sin embargo, que las circunstancias de otrora se repiten. No me refiero al **nihil novum sub solem**. El fenómeno es sólo cuando pasamos de unas civilizaciones a otras, de la evolución histórica de un pueblo a la de otro pueblo distinto. Dichas evoluciones no tienen por qué estar debidamente sincronizadas. Acaece entonces que el sistema de circunstancias vigente en un pueblo, tiempos atrás, puede repetirse, al cabo de los años, en otro pueblo de distinto desarrollo y ritmo histórico. Cuando esto acontece y se contempla la historia del pueblo más desarrollado desde el nivel del otro que, por haber comenzado más tarde o por cualquier otra circunstancia, se encuentra un tanto rezagado, el desajuste histórico, el desacuerdo en los respectivos niveles del tiempo, produce una extraña sensación en el observador. Diría que hay una especie de vértigo del tiempo, como hay un correspondiente vértigo del espacio, por falta de adecuación simultánea a los niveles, por ejemplo, de la cima del picacho en que estoy y del valle que contemplo a un centenar de metros bajo mis pies. Hace años leí una novela de un escritor inglés que llevaba por título "Mañana es hoy". Modifique-

mos un poco la expresión y digamos que el estado de vértigo del tiempo es el resultado, en estos casos, de vivir la curiosa experiencia de un ayer que es ahora presente.

He tenido que dar este rodeo para explicar la impresión que me produjo la lectura del primer libro citado de Unamuno, "De la enseñanza superior en España". Lo primero que se me ocurrió, cuando todavía lo estaba leyendo, es que la circunstancia que en él describe el más viejo español del 98 es tan similar a la actual en que me encuentro inmerso, que todos, absolutamente todos los que viven hoy la experiencia universitaria, debieran leerlo. Claro que el libro es amargo y en él, con ironía, critica Unamuno el estado de la enseñanza superior en España a finales del pasado siglo. Mas, la lección quizá más valiosa de todos los escritores españoles del 98, fue la de que la crítica y el vituperio del pasado más inmediato y del presente español de aquel tiempo, podía aliarse e ir del brazo con el más puro y ardiente de los patriotismos. Es más, que lo que no era patrióticamente moral era cerrar los ojos a la postración, no política, sino social —cuando lo que va mal en un país, dice Ortega, es sólo la política, no hay por qué apurarse demasiado—, de la vida española de por aquel entonces, a cuento de que en pasados siglos habíamos sido grandes y de que España era uno, de la escasa media docena de pueblos de occidente, que había jugado su papel de protagonista en la historia. Pasarse la vida recordando al Cid y a la reconquista, a la expansión de catalanes y aragoneses por el Mediterráneo, a Isabel y a Fernando, a Colón y a la epopeya de América, al Emperador Carlos y a los vastos territorios donde no se ponía el sol, a Felipe II y a la Contrarreforma, a Lope y a Cervantes, a Calderón y a Quevedo, a Velázquez y al Greco, etc., etc., era incluso inmoral cuando las últimas provincias españolas de ultramar declaraban su independencia y cuando la ciencia, la enseñanza, la agricultura, la industria, el comercio, la técnica, se habían quedado rezagados respecto de los otros países del occidente de Europa. Los niños muy imaginativos viven sus fantasías como realidades. Algo así acaece a los pueblos que se empeñan en vivir hacia atrás, sólo atentos a las glorias pasadas. Terminan por creer, como Alonso Quijano, que el árido y ardiente solar manchego con sus perezosos rebaños y sus soñolientos molinos son el escenario de importantes y épicas hazañas. En suma, que el triste hoy es como el ayer glorioso; y, por ende, que están exentos de cualquier esfuerzo por mejorar-

lo algo. La frase clásica, que fue como la consigna de unas cuantas generaciones disconformes, rebeldes, fue la de Joaquín Costa: "Cerrremos con siete llaves el sepulcro del Cid". Es decir, dejémonos de conmemoraciones y aniversarios de fechas y de nombres heroicos, todo eso fue lo que otros españoles, antes de nosotros, hicieron; preocupémonos de ver si nos cabe la honra de hacer alguna cosa parecida. La verdad, yo no recuerdo haber asistido nunca a ningún acto conmemorativo de Lepanto o de San Quintín. Y eso que Lepanto fue Lepanto y San Quintín fue San Quintín; y que, en parte, los destinos enteros de Europa se jugaron en esas lides. Sólo recuerdo haber asistido de muchacho alguna vez a la ceremonia conmemorativa del 2 de mayo. Hay en Madrid un obelisco que recuerda la acción histórica del pueblo madrileño contra los franceses. Como en sueños veo todavía a una banda que tocaba unas piecitas y a unos militares muy tiesos que ponían unas coronas de flores al pie del obelisco ante la expectativa, medio indiferente, medio curiosa, de medio centenar de personas, viejecitos jubilados en su mayoría, que a media mañana bajaban al Paseo del Prado a calentarse en los bancos del parque con los rayos del sol primaverales. En el resto de la ciudad, un millón de personas trajinaban afanosas, sin saber ni acordarse para nada del espectáculo. El dolor que Unamuno, y con él unos pocos beneméritos españoles, sintieron por España rindió sus frutos; y en un par de generaciones el viejo solar ibérico ofrecía un aspecto completamente distinto, por el nuevo temple espiritual de sus hijos, en tiempos en que no existían los planes Marshall ni las Alianzas para el Progreso.

¿Cuáles eran los **peros** que Unamuno encontraba en la enseñanza superior en España hacia las postrimerías del pasado siglo? En primer lugar, la universidad estaba organizada por aquel entonces de tal manera que fomentaba más la **información** que la **formación**. Refiriéndose a los exámenes dice jocosamente Don Miguel: "Bola número quince... Terencio! ¿Dónde nació Terencio? Recíteme Ud. su cédula de vecindad, sus ires y venires, los títulos de sus obras, el argumento de alguna de ellas y el juicio que le merece al autor del manualete. Y Terencio resulta así un nombre, algo muerto y enterrado, un Fulano de gacetilla. ¡Excelente sistema para matar el apetito de aprender!". La crítica de Unamuno posee actualidad. Parece como si las gentes no se dieran cuenta de la diferente función del Colegio y de la Universidad, a pesar de que todos los días

se habla de la relación entre el uno y la otra. Yo diría, de la manera más simple, aprovechando las palabras que hace un momento escribí, que mientras la tarea fundamental del Colegio es la de informar, la de la Universidad es la de formar; formar profesionales y hombres de estudio. Por aquí diríamos que la cosa se entiende al revés. Ciertas corrientes pedagógicas —a mi juicio erradas, pero que no voy a discutir—, son las responsables de que los bachilleres apenas estudien ni lean. Se ha puesto demasiado énfasis en la vocación y en la aptitud; demasiado también en cultivar las facultades de crítica y de razonamiento a expensas de la imaginación y de la memoria. Hacen hincapié los técnicos de la pedagogía en que lo importante es que los jóvenes razonen, entiendan, comprendan, critiquen, juzguen, discutan, valoren, etc. La verdad es que yo dudo mucho que un joven de 15 o 16 años sea capaz de juzgar, valorar y comprender en dimensión de profundidad personalidades o hechos históricos importantes, las grandes obras de la literatura mundial o tal o cual sistema filosófico. Mas si creo en cambio poder suscitar en ellos la admiración por muchas de esas cosas y, como consecuencia, el deseo de aprenderlas, de informarse acerca de ellas. Y, sobre todo, de crear en ellos, mediante la disciplina y el despertar del sentimiento del deber, hábitos de trabajo y de estudio. Aunque esos ideales pedagógicos fueran factibles, no por ello quedaría libre el estudiante de colegio de aprovechar esos años, en que la plasticidad de las facultades psíquicas hace paralelo con la elasticidad del cuerpo, para aprender idiomas y la mayor cantidad posible de saberes en las disciplinas básicas de matemáticas, física, química, ciencias naturales, historia, geografía, literatura, etc. Para conseguir esta información y aparte de la guía, estímulos, consejos y enseñanzas del profesor, el estudiante no tiene más remedio que leer y leer libros de texto y aprendérselos a veces de memoria, por mucho que esto último huela a herejía y sea fulminado por los técnicos en pedagogía, dogmáticos inquisidores de la enseñanza por estos lares. Mal aprender doce o catorce cuadernillos mal tomados de lecciones dictadas, es el esfuerzo anual de nuestros flamantes bachilleres.

Y son esos conocimientos que no se adquieren en el bachillerato los que, en cambio, quiere suministrar la universidad. Que lo consiga o no, es otra cosa. Pero la verdad es que el **sistema** es una prolongación del que se usa en la enseñanza media: programas que hay que llenar apresuradamente en el curso a base de lección por

clase, exámenes trimestrales, apuntes, **tesis** a las que hay que ajustarse en las preguntas, bolas y... "Terencio! ¿Dónde nació Terencio?", como decía Unamuno. Lecturas personales, manejo de bibliografía, estudio de los clásicos, conocimiento de las fuentes, trabajos monográficos, seminarios, etc., es decir, aquellos menesteres y tareas sin los cuales es imposible la **formación** de un profesional de verdad o de un investigador, de eso nada, o apenas nada. El libro de texto que echábamos de menos en el colegio, quisiéramos, en cambio, que desapareciera de la Universidad. "El libro mata la cátedra. Para lo que hacen los más de nuestros catedráticos, tanto valdría que adquiriese el Estado otros tantos fonógrafos cargados de lecciones y se les diese cuerda para una hora.

O el libro mata la cátedra o ésta se convierte en lo que llaman los alemanes un **seminario**; en un laboratorio y centro de investigación, y no de retórica. Y el laboratorio cabe en todo, en todo aquello en que quepa labor.

Pero el **seminario** es un laboratorio de ciencia, y nuestra universidad no suministra ciencias, sino asignaturas, que es cosa muy distinta. Si, nuestra enseñanza lo es de asignaturas" Así decía Unamuno en el citado libro. Y con plena razón. ¿A qué viene que el profesor, año tras año, dedique una o un par de lecciones a las guerras médicas o se despache en otras tantas a Aristóteles o el sistema filosófico de Parménides? Lo que el profesor puede decir, el alumno lo tiene a mano en cualquier libro de texto. Inútil tomar apuntes, en su mayor parte equivocados, para eso. Para eso, el fonógrafo, como decía Don Miguel; o, en nuestros días, la cinta magnetofónica. El profesor debe ser para aquello que el alumno no alcanza a encontrar en los manuales al uso. A nivel universitario de verdad, las clases teóricas de un profesor debieran ser cada año sobre un tema monográfico. Y acompañadas, ahora que se habla tanto de profesores a tiempo completo, de esa otra labor efficacísima que se hace al margen de la lección teórica magistral: análisis y comentarios de textos, trabajos sobre temas de interés propuestos por el profesor, consultas bibliográficas, crítica, investigación. ¿Qué todo ello cuesta trabajo? Conforme. Propendemos a mantener la rutina. Pero no hay otro modo de lograr esa **formación** del profesional o del investigador, que debe ser el objeto de la enseñanza universitaria. Cuando nuestros estudiantes se olviden de las **tesis** y de aprender-

selas con alfileres en los apuntes, diez días antes de los exámenes finales, habremos adelantado algo.

Ya estoy oyendo por ahí alguien que dice: "¡Utopías! No podemos adoptar en **nuestro medio** los sistemas de otros países. Poseemos nuestra propia idiosincracia y debemos adaptarnos a ella, etc., etc. Confieso que me pongo a temblar cuando oigo expresiones como **nuestro medio, foráneo y nacional, idiosincracia** y otras parecidas. Resulta, me digo, que no ponemos reparos en familiarizarnos con el **twist**, los aviones, la televisión, los transistores, las cocinas eléctricas, las ollas de presión y aun con la ropa de toda clase **made in U.S.A.**; resulta igualmente que nos afanamos por **estar al día** en reformas agrarias, constituciones, códigos del trabajo, leyes tributarias, inspirándonos quizá en sociedades de muy distintas realidades étnicas, industriales, económicas, etc., con tal de no **quedarnos atrás**; mas, en tratándose de aquello que **está a la base** de todo lo anterior, que lo **vivifica** y puede hacerlo realidad y no, por el contrario, mera farsa, a saber, la enseñanza, ahí protestamos, nos acordamos del medio, del ser propio, seguimos la rutina, nos tibetizamos frente a lo **foráneo**, levantamos una muralla de China contra cualquier intento de ventilar el aire de provincia.

Oigo también otros que dicen: "Todo eso está bien; pero habría que hacer una revolución en la enseñanza, cambiar de planes..." Me he convencido que cuando alguien no tiene idea clara de algo, lo primero que hace, si puede, es cambiar el plan; en la enseñanza o en lo que sea. Reproduzcamos lo que a Unamuno se le ocurría decir cuando oía hablar de reformas de planes: "¿Reforma, revolución en la enseñanza? Donde habría que hacerla es en las cabezas de los que enseñan, o por lo menos en las de los que han de enseñar. Soy de los muchos que creen que cualquier plan es bueno ;todo depende de quien lo aplique". Tan evidente es todo esto que no vale la pena de insistir en ello. Y, sin embargo, el andarse por las ramas sobre los asuntos, unas veces, el no querer o el no atreverse irse al toro de frente y agarrarlo por la cornamenta, otras, trae consigo esa inútil abundancia de planes, reformas de reglamentos, etc., con que se quiere poner enmienda a la triste situación de la enseñanza. Y lo único que habría que reformar, el hombre, sus costumbres, su espíritu, eso ni siquiera se toca.

Y es que, en el fondo, y pese a que la palabra cultura provoca no sé qué extraños estremecimientos en las gentes, **en realidad de verdad** a los más les importa un ardite, es decir, les tiene sin cuidado. Tiene vigencia el prestigio social de la cultura, esto es innegable. Bueno fuera que no fuera así, barruntando el que más y el que menos que cuanto poseemos, los mil y mil útiles de que gozamos, los milagros de la medicina y de la cirugía, etc., dependen directamente del saber, de los conocimientos. Mas como el simple eclesiástico a quien se pone en apuros con alguna pregunta indiscreta descansa remitiendo la contestación a los muchos doctores que la Iglesia tiene y que sabrán responder, así nosotros confiamos en los sabios que nos **darán haciendo** esa ciencia cuya posesión de verdad exige demasiados engorrosos esfuerzos. Hemos averiguado que al dilema de Hamleth, ser o no ser, le falta un tercer término: **parecer**; y eso basta.

Además: ¿conseguimos algo con el saber? Lo importante es el título. Dice Unamuno en el libro que tan negras reflexiones en mí ha provocado: "Compran los padres ciencia para sus hijos, porque eso debe de ser bueno para los ojos. ¡Oh, viste mucho un título de bachiller! Ya que tu padre fue un zote, siquiera tú que tengas ilustración. ¡Ilustración!". Y un poco más adelante: "El título no da ciencia, se repite; pero los padres, con no mal acuerdo, dados sus alcances y el estado de cosas que aquí priva, quieren para sus hijos títulos y no ciencia. Con aquél se las busca uno mejor que no con ésta. El título no da ciencia, pero da privilegio, que es cosa más tangible que aquélla, o por lo menos, más convertible en algo que se toca".

Yo comprendo que a nadie le agrada un suspenso; pero un suspenso no tiene ni debe tener otro significado sino la certificación oficial de que el examinando no reúne las condiciones mínimas que la sociedad exige a sus profesionales e intelectuales. Es, en suma, la comprobación de un hecho, no la pena, sanción o castigo a una falta. Para nuestra malaventura, así es como lo consideramos nosotros. De otro lado, como un obstáculo que aleja en algunos meses o años la ansiada posesión del título o cartoncito. De resultas de todo ello, bien para evitar el afrentoso castigo, bien para no demorar la obtención del título de marras, lo cierto es que ¡Dios nos

libre de osar suspender a un alumno! Primero, tiene el profesor que soportar impávido toda clase de calamidades y desgracias que el dichoso suspenso va a producir en la persona y familia del examinado; si logra resistir la narración de todos esos luctuosos sucesos, propios a veces de una tragedia griega, viene la segunda parte: amigos, parientes y simples conocidos se vuelcan materialmente sobre el pobre examinador empleando todas las tácticas imaginables, desde el ruego hasta la velada amenaza. Lo probable es que este primer ensayo sirva de escarmiento al despistado profesor y que en el porvenir piense que, para lo que ciencia sirve, no vale la pena tomarse voluntariamente tantas molestias. Y trocará con buen juicio los suspensos por sobresalientes. He aquí lo que Unamuno decía sobre esto de **apretar** o no en los exámenes: "Catedrático hay que considera a la Universidad de que vive como a la feria de la ciudad en que radica, un medio de atraer forasteros. Le indigna que se apriete en los exámenes, porque eso es ahuyentar alumnos, y hace que esos exámenes se prolonguen para que vayan ganando las patronas. Así se mantiene a la interesante clase de los estudiantes trashumantes, que van de Universidad en Universidad oliendo en cuál se aprueba mejor tal asignatura. Pedíale a un decano uno que iba a graduarse que no entrase en el tribunal un catedrático que pasa por riguroso, y contestó aquél: 'Descuide Ud., que lo haré, y no por Ud. sólo, sino por el prestigio de la Universidad'".

Oíase por España, a fines del siglo pasado, ese mismo clamor que tantas veces zumba en nuestros oídos: "Aquí lo que necesitamos son técnicos; técnicos y especialistas!". Barruntando quizás que con los otros remedios no se llega a ninguna parte, nos atrincheramos en este último reducto y desplegamos la bandera de tecnificar la enseñanza. Esto, quiere decir dos cosas: enseñanzas técnicas y técnica de la enseñanza. Nada habría que oponer en principio a estas aspiraciones. Sólo que, en cuanto a la técnica, habría que no olvidar que se halla alimentada y vivificada por la ciencia pura; por lo que respecta a las técnicas de enseñanza, a nivel universitario, y fuera del interesantísimo descubrimiento de que los encerados y pizarrones en las aulas deben ser verdes (la Academia francesa está tratando, presionada por los psicopedagogos, de sustituir **tableau noir** por **tableau vert**), no conozco otras técnicas sino el amor por la ciencia del maestro, para que por contagio o simpatía se transmita al alumno, los cartesianos conocimientos claros y distintos de

aquél, condición indispensable para que la expresión oral o escrita de los pensamientos sea también distinta y clara, fervor por la tarea de enseñar y educar, espartano cumplimiento del deber, y nada de dogmatismos de derecha ni izquierda. Ser profesor universitario nada tiene que ver con la formación de mansos corderos ni de jóvenes rebeldes; si, en cambio, con crear fanáticos amantes de la verdad, esté donde esté. Y es archisabido que a lo mejor se encuentra donde el dogmático, de cualquiera de las manos, ni siquiera sospecha. De donde se deduce que es **técnica** principalísima, y, al tiempo, deber fundamental del profesor, no **formar** alumnos pagados de sí mismos, **sobrados**, que Uds. dicen, que entre sí rien y se pasan la vida haciendo chistes sobre lo incultos y tontos que son los demás: y aquí **demás**, significa los del bando contrario, pues claro que los de aquí son todos archiinteligentes; tanto, que no necesitan trabajar, ni prepararse, ni estudiar un libro, para aspirar a ... todo. No. La universidad debe formar humildes, esto es, socráticos, rastreadores y amantes a la verdad. Jóvenes tolerantes, no vanidosos infalibles con fachenda de dictadorcillos provincianos.

Había en España, a finales del pasado siglo, muchos **progresistas** (?) que clamaban por el incremento de las escuelas de artes y oficios y de las **enseñanzas técnicas** (?), física, química, geología, etc., fulminando contra el latín, las ciencias humanísticas, etc., etc. Creían que de esta última manera es como "se hacen los reaccionarios, mote que a todas horas tienen en la boca los reaccionarios de verdad", según graciosa y certeramente supo diagnosticar Miguel de Unamuno.

En resumen: si quisiéramos expresar el **quinto elemento**, la quinta esencia, que rezuma del libro de Unamuno, quizás tuviéramos que acudir a una palabra que escribí al comienzo de este comentario: sinceridad. Yo no sé si por aquellos tiempos había en España alguien que decía que la universidad debía ser **por, para.. —y** aquí toda la ristra de preposiciones— los españoles; quizás, sí, pues de todo hay siempre en la viña del Señor. Mas lo cierto es que, como institución, apenas hacía nada en pro de España. "Lo poco que de tales labores y otras análogas, aquí se hace débese a beneméritos y abnegados individuos, no universitarios todos, ni muchos; pero la Universidad, como cuerpo nada de eso hace. A lo

sumo organiza centenarios, es decir, mascaradas y banquetes". Así decía Unamuno. ¡Sinceridad!, es decir, ser de verdad lo que se hace o se pretende ser; no engañarse a uno mismo creyendo que se es, porque se tiene la apariencia; de lo que sea: de institución, de profesión, de cultura, de ciencia, o de sabiduría acreditada por el cartoncito que cuelga en el despacho.

La Técnica Narrativa

en "Thérèse Desqueyroux",
de Francois Mauriac

El lector de una obra literaria es, a menudo, como aquel automovilista que se sienta en el carro, lo pone en marcha y se alegra de la comodidad de los asientos, de la velocidad, tiene talvez un poco miedo en las curvas, se enoja por la posición de tal botón, dice que el color le parece bonito, que el auto le gusta. Sus reacciones son ciertamente valiosas porque espontáneas.

Pero: cuando se le pregunta el "por qué?" y el "cómo?", muchas veces no sabe que contestar. Su actitud no es razonable, él no se da cuenta de que la posición del botón obedece a alguna necesidad, de que las curvas no presentan peligro si maneja de otra manera, de que los asientos no son nada cómodos durante un largo viaje...

¿No debería nuestro automovilista examinar su carro un poco más a fondo, conocerlo mejor, a dentro y desde afuera?

¿No debería el lector de una obra literaria mirar un poco más atentamente al vocabulario, o a la técnica narrativa, preguntarse cuáles son los procedimientos utilizados para la caracterización de los personajes, cómo se produce tal efecto, cómo es que se le escapó tal aspecto del "mensaje", qué quiere decir la obra, qué es su razón de ser?

El siguiente trabajo representa pues el ensayo de auscultar un poco más de cerca una obra moderna de la literatura francesa, 1) de hallar el "qué?", el "cómo?" y el "por qué?". No pretende ser minucioso ni completo. Le falta —defecto grave— el recurso a la bibliografía, esto es, la ayuda de los eruditos. Es, en cierto sentido, el fruto de una labor en el desierto.

"Thérèse Desqueyroux" es la historia de una joven mujer que, viviendo en los "Landes", al sur de Burdeos en Francia, se casó con Bernard Desqueyroux, como ella gran propietario de innumerables pinos. Inteligente y de espíritu independiente, Teresa no puede adaptarse a la vida entre estos campesinos cerrados, para quienes la familia es todo, el individuo nada. Su aislamiento la conduce a la indiferencia, al odio y, finalmente, al ensayo de matar a su marido por veneno. Por razones de familia, el proceso se suprime, gracias a declaraciones falsas prestadas por Bernard, parientes y amigos. Pero los siguientes meses, cuando Teresa es obligada por su esposo de vivir en Argelouse, rincón perdido en los bosques de pinos, son un martirio para ella: a la reclusión moral sigue la decaída física, la enfermedad y el delirio. Otra vez, por razones de familia, parece oportuna su salvación; y Bernard la deja libre para vivir su vida propia en el anonimado de París.

La novela se divide en dos partes principales: la primera que es la más importante por su largura (dos terceras partes del libro), comienza con la salida de Teresa del Palacio de Justicia, después de terminarse su proceso, y contiene el exámen de conciencia de la joven mujer, una investigación de su pasado. Mientras que regresa por tren, sola, en la noche, a su casa, Teresa busca los motivos que la hicieron cometer su crimen. Quiere confesar todo, explicar el porqué de su acto, quiere pedir perdón a su marido.

Llena de tensión es esta primera parte. Las páginas del comienzo evocan la atmósfera, si se quiere, de una novela policiaca: el Palacio de Justicia, un abogado, el coche dejado en las afueras de la pequeña ciudad para no atraer la atención de la gente, alusiones, aún incomprensibles para el lector. Pero, esta tensión que es esen-

1) Las indicaciones de páginas se refieren a la edición de "Le livre de poche", Nº 138.

cialmente basada en circunstancias exteriores, no se mantiene mucho tiempo. Sigue la más profunda tensión de la dramática búsqueda interior. Ahora bien: lo dramático, en un sentido estético, de ésta reside sobre todo, no en la investigación misma, sino en el uso de un procedimiento muy eficaz: se observa una paralela entre el viaje en el trencito a través de la noche fría y el viaje del alma a través de una noche no menos fría y oscura. Paralela muy rígida: el comienzo del viaje real coincide con el del viaje interior, el cual, dicho sea a paso, es motivado por una asociación de ideas: al subir en la estación de Nizan, Teresa piensa en su amiga Anne, hermana de su esposo y con quien solía subir aquí al tren, y recordándose de Anne, se recuerda también de su lema de que la confesión es una liberación. Los dos viajes se acercan más y más a su fin; las dos líneas convergen hasta coincidir, y el punto en el que se encuentran, es la terrible actualidad que Teresa ha de confrontar —la casa, y el marido, prueba de su delito. Cuando el tren va más rápido por una bajada, Teresa, la del pasado, hace un paso más hacia el abismo del crimen. A la llegada del tren a Villandraut, penúltima estación, la joven mujer, en sus recuerdos, examina su encuentro con Jean Azévédo, penúltima etapa en su camino hacia el crimen y, finalmente, al terminarse el viaje por tren en Saint-Clair, alcanza en su recorrido mental, el momento del acto criminal que cometió acá mismo .

La paralela entre los dos viajes que no es, como podría aparecer por la descripción, explotada pedantemente, sirve para proporcionar un ritmo acelerado a la narración: el tren, en su marcha independiente de Teresa, la lleva inexorablemente hacia la confrontación decisiva con su marido. Más y más, su retrospectiva deviene una carrera contra el tiempo: "Saint-Clair, bientôt! Saint-Clair... Thérèse mesure de l'oeil le chemin qu'a parcouru sa pensée" (p. 63); y ella misma se convierte en animal perseguido.

La idea de la persecución es la que reúne el comienzo y el fin de la primera parte, y además es un factor determinante de su atmósfera.

La segunda parte de la novela, mucho más corta que la primera, cuenta la vida de Teresa en su "exilio", en Argelouse: la incompreensión de Bernard, la futilidad de la frenética investigación de su

alma, el saberse lentamente destruida por la familia en el silencio de este pueblo perdido, aumentan todavía su manía persecutoria. A los paseos sin descanso sigue la enfermedad, la inmovilidad física que contrasta con la agitación mental. La opresión que sufre del mundo la hace buscar un escape interior; sus sueños febriles de una vida feliz en la gran ciudad, en París, entre sus iguales, forman el punto culminante de la segunda parte. Después, el lento apagamiento de las pasiones, y el desarrollo de la acción hacia una solución que, a primera vista, parece casi idílica: Bernard está dispuesto a dejarla en libertad, en París mismo. Por un último momento dramático, todo se pone en duda, no por una hesitación de la parte de Bernard sino de Teresa misma. Pero la solución razonable se impone y, "“ayant gagné la route, (elle) marcha au hasard”" (p. 184).

El principio constructivo de la novela es, pues, lo dramático. Pero, mientras que el efecto dramático se produce en la primera parte por medio de una analogía entre la acción interior y la exterior, en la segunda se obtiene por medio del contraste. Contraste entre las diferentes etapas del desarrollo de la acción (agitación e inmovilidad, y, en otro plan, persecución y liberación) así como entre lo interior y lo exterior (opresión y evasión).

En este conjunto, es interesante estudiar otro procedimiento para aumentar la tensión, a saber la evocación del ambiente, en particular de la naturaleza. Juega aquí un papel importante el vocabulario. Echemos una ojeada, por ejemplo, sobre el comienzo: "brume, marches mouillées, bancs trempés de pluie, rues désertes, boue, crépuscule, terre endormie, herbeuse et mouillée, la nuit pluvieuse", etc. Estas palabras que todas se refieren a pequeños detalles, en sí insignificantes, del mundo exterior, son creadoras de una atmósfera caracterizada por el frío y la oscuridad, ambiente que favorece la introspección. Este es un efecto de la evocación del ambiente en la novela: mostrar la correspondencia entre naturaleza y estado del alma, poner así más énfasis sobre la acción interior y destacar al mismo tiempo la vinculación entre los procesos síquicos y el mundo exterior —idea que desempeña un papel de gran importancia en la novela.

Pero hay todavía otro efecto de la evocación del ambiente. Este no es sólo el fondo sobre el que se desarrolla la acción interior, tie-

ne además un valor altamente simbólico: el frío simboliza la enemistad del mundo, la oscuridad el crimen y, al mismo tiempo, lo oscuro de sus motivos (lo cual, a su vez, proporciona la explicación artística del examen de conciencia). De manera que no es sorprendente encontrar expresiones o imágenes que evocan directamente la esfera simbolizada; por ejemplo, en nuestro contexto, "route mystérieuse": en la noche, la carretera parece llena de misterios y así es desconocido el futuro de Teresa, quizá el destino del hombre en general. En otra ocasión, después de una alusión al "silence d'Argelouse", este terrible silencio que parece tener una realidad física oprimiente ("“il cerne la maison, comme solidifié dans cette masse épaisse de forêt où rien ne vit”", p. 96), leemos "“je crus pénétrer dans un tunnel indéfini, m'enfoncer dans une ombre sans cesse accrue”" (p. 96). La imagen del túnel repite la idea preponderante de la alusión anterior, la de una prisión y representa además una gradación hacia otro plan, hacia lo puramente interior, el sentimiento de "ahogarse": "“et parfois je me demandais si j'atteindrais enfin l'air libre avant l'asphyxie”" (p. 96).

La misma transición, por medio de la simbolización, de la descripción del mundo exterior hacia la evocación de sentimientos se puede observar en el párrafo siguiente: "“Thérèse demeurait debout devant la fenêtre; elle voyait un peu de gravier blanc, sentait les chrysanthèmes qu'un grillage défend contre les troupeaux. Au-delà, une masse noire de chênes cachait les pins; mais leur odeur résineuse emplissait la nuit; pareils à l'armée ennemie, invisible mais toute proche, Thérèse savait qu'ils cernaient la maison. Ces gardiens... la verraient languir... Ils seraient les témoins de cet étouffement lent”" (p. 130). Las palabras que directamente sólo describen lo que Teresa ve afuera, indican, indirectamente, otra realidad, su situación o, más precisamente, la conciencia que ella tiene de su situación: "grillage, défendre, armée ennemie, cerner, gardiens" evocan otra vez la idea de la prisión; "languir, étouffement", ya no términos concretos, la de morir lenta, pero inevitablemente. ¿Y no es la crisantema la flor de los muertos?

El ambiente no sólo es cargado, por decirlo así, de valor simbólico. A veces es creador de imágenes o comparaciones de gran fuerza; por ejemplo, cuando la sirvienta Balionte compara a Teresa con una perra indomable: "“M. Bernard s'y connaît pour dresser les mau-

vais chiens. Tu sais, quand il leur met le 'collier de force?'" (p. 159) o cuando Teresa piensa de sí misma en términos iguales: "Bernard la lâcherait dans le monde, comme autrefois dans la lande cette laie qu'il n'avait pas su apprivoiser" (p. 169). Como la caza es una de las principales ocupaciones de los campesinos de la región, las imágenes y comparaciones que inspira, caben perfectamente.

Naturaleza y hombre, mundo y alma, lo exterior y lo interior son unidos con lazos indisolubles.

El tratamiento que reciben aquí las palabras revela una conciencia aguda de la plurivalencia inherente a la lengua, y de su poder evocativo: el valor enunciativo directo de las palabras no es muy grande. Con su sentido inmediato, quedan a la superficie. El fondo de las cosas lo toca el escritor por medios indirectos, cuando, resucitados por la influencia del contexto, surgen los valores escondidos de las palabras.

Lo ambiguo y lo indirecto son talvez las principales características del estilo de la novela. Como veremos más luego, éstas pueden observarse en todos los aspectos formales de la obra.

Para el relato de la historia de la joven mujer se utiliza en primer lugar la técnica de tercera persona. Se utiliza más concretamente para desarrollar el aspecto exterior: los acontecimientos, por ejemplo el viaje en tren, los paseos en Argelouse, la llegada en París; o el ambiente, es decir el paisaje, la casa, el cuarto, etc. Para enfocar el aspecto interior, a saber los recuerdos, las reacciones síquicas, las asociaciones de ideas, etc. se ofrecen ante todo dos procedimientos: el estilo indirecto libre ("style indirect libre") y el monólogo interior ("monologue intérieur"). Mientras que éste es, o pretende ser, la expresión directa, en palabras, de los pensamientos (uso de la primera persona, "yo"), aquél es una forma más indirecta de representar lo mental. Se usa la tercera persona, "él", "ella". El monólogo interior, subjetivo, es eficaz por ser lo más directo. El estilo indirecto libre produce sus efectos gracias a cierta objetividad, cierta distancia así como por la ambigüedad misma que lo distingue, como veremos más tarde.

Al lado de esas tres técnicas principales utilizadas en "Thérèse Desqueyroux", es preciso mencionar tres otras, menos importantes,

es verdad, pero cuya aplicación es interesante: el diálogo que reproduce fielmente conversaciones o fragmentos de conversaciones; lo que podríamos llamar "dichos", proverbios o expresiones fijadas, típicos de uno u otro personaje, que, citados en discurso directo, sirven para fines de caracterización; y, finalmente, las constataciones de un tipo general que deben considerarse como comentarios del autor.

De manera absoluta es siempre el autor que narra la historia. Mas, al colocarse el lector dentro del mundo que es una novela, el autor en general no le aparece directamente, como tal, sino como el "narrador", cuya personalidad con sus opiniones, preferencias, etc. no ha de ser necesariamente idéntica con la del autor como hombre. A veces, el narrador sí es completamente idéntico al autor, muchas otras no lo es de ninguna manera. De igual modo, aparece a veces el narrador "en persona", a veces es invisible en toda la obra. La gama de posibilidades es infinita, a pesar de que las dos clásicas técnicas fundamentales —la narración en primera persona y la en tercera— establezcan teóricamente ciertas constantes. En la práctica, cada novela es única en lo que al problema del narrador se refiere, problema que es necesario estudiar para captar y describir la "geología" de la obra: ¿se realiza en un solo plan o, hablando metafóricamente, tiene un solo estrato? ¿O varios? ¿Y cuál es la relación entre ellos?

En "Thérèse Desqueyroux" se distinguen tres planes en los que se desarrolla la narración.

El primer plan es el del autor. Pues, aquí, el autor aparece como tal, bajo dos formas, como creador de personajes y como "moralista" (en el sentido francés de la palabra: un "moraliste" es una persona que, preguntándose "¿cómo es el hombre?", observa a sus demás). El autor creador de personajes se presenta lo más abiertamente en el prólogo, cuando, después de dirigir la palabra a Teresa como a una persona viva "Thérèse, beaucoup diront que tu n'existes pas. Mais je sais que tu existes." (p. 5) confiesa por decirlo así, que Teresa es un personaje creado por él "Beaucoup s'étonneront que j'aie pu imaginer une créature plus odieuse encore que tous mes autres héros..." (p. 6) Ahora bien, la apóstrofe directa de los personajes ficticios se encuentra en la novela misma unas pocas veces: "Petite soeur Anne, chère innocente, quelle place vous occupez

dans cette histoire!" (p. 21); "Bernard, Bernard, comment t'introduire dans ce monde confus, toi qui appartiens à la race aveugle, à la race implacable des simples?" (p. 38) o "Cet homme... c'est ton mari, Thérèse: ce Bernard..." (p. 100). Pero como casi nada en esta novela es completamente terminante, también podrían comprenderse estas apóstrofes directas en el texto como exclamaciones del personaje principal, aunque, del otro lado, normalmente Teresa tutea, por ejemplo, a Anne. Con parecidas restricciones, hay que interpretar frases como ésta: "Thérèse n'anéantira pas dans son souvenir ce soir d'octobre" (p. 97), como manifestación del autor creador de los personajes, siendo el indicio, esta vez, el tiempo: el futuro—con valor objetivo— muestra por un brevísimo momento la omnisciencia del autor frente a los caracteres de su obra.

Más frecuentemente y más claramente aparece el autor como moralista. Esta actitud se patentiza de varias maneras. En el prólogo encontramos su franca definición: "Je sais que tu existes, moi qui, depuis des années, t'épie et souvent t'arrête au passage, te démasque" (p. 5). Y disperso en el texto, hay lo que designamos como la técnica de las constataciones generales. Se trata de comentarios del autor acerca de lo escrito. "Les êtres les plus purs ignorent à quoi ils sont mêlés chaque jour, chaque nuit, et ce qui germe d'empoisonné sous leurs pas d'enfants" (p. 21); "Incroyable vérité que dans ces aubes toutes pures de nos vies, les pires orages étaient déjà suspendus" (p. 27) o más trivial: "Toujours un berceau attire les femmes" (p. 109). Indirectamente se nota la actitud moralista en el "mensaje" de la novela, como veremos después.

El segundo plan de narración, lo representa el relato de la extraña historia de la esposa que trató de envenenar a su marido. El que relata no aparece en persona. Lo que importa, es el narrar, no quién narra. En este estrato narrativo, observamos la aplicación de varias técnicas diferentes: la narración en tercera persona (normalmente en el pretérito, pero también, en momentos dramáticos, en el presente) sirve para decirnos lo que aconteció, para describir brevemente la naturaleza y el ambiente o a una persona, y a veces para indicar en pocas palabras el carácter de un personaje. El discurso directo se utiliza muy a menudo, para caracterizar (por medio de los dichos) o para poner de relieve un momento decisivo de la acción (por medio del diálogo).

El tercer plan narrativo se distingue, a primera vista, de los otros dos sobre todo por el contenido: no se trata de observaciones del moralista o del artista, tampoco de los hechos acontecidos, sino de lo que pasa en el alma de los personajes, especialmente en la del personaje principal. En otras palabras, el tercer estrato contiene la acción interior, en la primera parte de la novela la retrospectiva de Teresa hacia su propio pasado, en la segunda, sus pensamientos en reacción a la realidad exterior así como los de otros personajes, de Bernard, la sirvienta Balionte o de la tía Clara.

Estudiando el problema atentamente, se reconoce algo más: la retrospectiva de Teresa es el relato de los "antecedentes" de la historia. Sin embargo, es significativo que no se utilice el pluscuamperfecto. El antepasado se cuenta como el pasado simple, es decir como lo narrado en el segundo plan. Hecho este que señala justamente una conciencia narrativa diferente de la que, lógicamente, debería esperarse.

Técnicamente se distingue el tercer plan de narración por la aplicación del estilo indirecto libre y, sobre todo, del monólogo interior. Al efecto que se obtiene, en el segundo plan, del presente histórico, corresponde, en el tercero, el del monólogo interior. Es más directo que el estilo indirecto libre y de esta manera pone de relieve: así se hace el relato muy detallado del encuentro con Jean Azévédou en el monólogo interior. O más precisamente: este medio de la narración se amplifica, correspondientemente a la importancia momentánea del episodio, y se convierte en la técnica básica del relato en primera persona que incluye otras técnicas como, por ejemplo, el diálogo.

Hemos entonces encontrado diferentes aspectos de la técnica de narración que, a su vez, corresponden a diferentes estratos en los cuales se realiza, formalmente, la novela. Ahora bien: éstos no son separados el uno del otro. Nuestra distinción es algo teórica, comparable al análisis químico que separa los elementos de una materia a fin de conocerla mejor.

El análisis ha revelado, hasta ahora, una técnica narrativa muy diferenciada. Pero todo su carácter complejo no se patentiza sino cuando se investigan los vínculos que reúnen entre sí los diferentes planes de narración. Al análisis debe seguir el estudio de la unidad.

Ya hemos visto que el efecto directo aquí producido por el presente histórico, se obtiene acá por medio del monólogo interior. Además estos dos procedimientos se usan casi siempre juntos, el llamado presente histórico siendo más bien un presente psicológico: "A Villandraut, la station qui précède Saint-Clair, Thérèse songe: "Comment persuader Bernard que je n'ai pas aimé ce garçon? Il va croire sûrement que je l'ai adoré" (p. 78). La unión es indisoluble. De igual modo, no se limita el uso del monólogo interior sólo a la primera parte de la novela. Localmente, en el sentido de que una parte de la obra podría identificarse con este plan o esta técnica y otra con aquel, los planes en los que se desarrolla la narración, no son separados. Llama la atención otro hecho: en los tres planes que hemos tratado de definir, se destaca como característica preponderante de la narración cierta distancia la cual, sin embargo, está suprimida constantemente por breves momentos; en el primer plan por las apóstrofes directas, en el segundo por el presente histórico-psicológico, en el tercero por el monólogo interior.

Podría parecer absurdo hablar de "distancia narrativa" con referencia al tercer plan, pero en realidad es así, al menos en cuanto a la retrospectiva de Teresa: contando la historia de su camino hacia el crimen, ella no "revive" su pasado. Es diferente en el momento de su examen de conciencia de lo que era antes. A veces comenta los sucesos de su historia, comentarios vagos y enfáticos en comparación con los intelectuales y específicos del moralista, eso sí, pero parecidos en que revelan una actitud muy similar.

Lo que más constituye lazo unificador, es el estilo indirecto libre. Lo hemos mencionado como técnica típica del tercer plan. Es cierto que lo es porque es uno de los medios más adecuados para expresar los pensamientos, o el alma en general, de los personajes. Pero al mismo tiempo, es también posible considerarlo como técnica de la que se vale el narrador (en el segundo plan) para revelar, él, lo que pasa en el alma de los personajes de su historia.

El estilo indirecto libre es la técnica más importante en la novela o, nos sea permitido la expresión, el símbolo de la obra entera porque ofrece múltiples posibilidades: para explotar las transiciones muy finas de un plan narrativo al otro; para expresar los complejos procesos psicológicos de manera a la vez directa y distante, permitien-

do, en lo subjetivo, cierta objetividad sin deber recurrir al análisis frío y, quizá, demasiado seguro de sí mismo; para jugar el juego apasionante del cambio de la perspectiva.

A menudo, la transición del relato de acontecimientos exteriores al estilo indirecto libre se introduce por palabras (en general verbos, pero también sustantivos o frases nominales) que expresan la idea de "pensar", por ejemplo: "elle s' imagine, songe, voit en esprit, cède á cette imagination, se souvient, interroge la jeune bourgeoise, se disait, retrouve dans son coeur, ressuscite, lisait dans l'esprit, se revoit, du fond de sa mémoire, souvenir", etc. En todas estas ocasiones, el comienzo del pasaje en estilo indirecto libre es patente. Sin embargo, hay ambigüedad en lo que se refiere a su fin. Como el uso de los pronombres (tercera persona) no es diferente, aquella transición es invisible. No hay cesura. Las dos se presentan como unidad — si no se encuentran otros indicios mucho más sutiles que la introducción "expressis verbis".

En efecto, más típica que esta última es la alusión. Alusión al hecho de que se trata de los pensamientos de un personaje. Se realiza bajo muchas formas: observamos palabras que normalmente, en la conversación, señalan la posición de una persona frente a lo enunciado, por ejemplo "oui, en effet, au vrai, non, incroyable," etc. A veces, es sólo el orden sintáctico que caracteriza tal palabra como hablada, con la voz interior, se entiende: "L'odeur de fournil et de brouillard n'était plus seulement pour elle l'odeur du soir dans une petite ville: elle y retrouvait le parfum de la vie qui lui était rendue enfin" (p. 9). Hay también el uso de palabras del habla familiar: "ca, bétise" o de expresiones características de los personajes de la novela: "sauver la face", fórmula típica de Bernard y de su familia, así como "monstre". Otras veces, es una pregunta directa, una exclamación o, fenómeno parecido, una construcción elíptica o infinitiva que señala el estilo indirecto libre: "Ah, ne rien prévoir. Ce sera peut-être plus simple qu'elle n' imagine". Ne rien prévoir" (p. 20), o: "... il ne voulait pas être plaint. Qu'y a-t-il d'humiliant á avoir épousé un monstre, lorsque l'on a le dernier mot?" (p. 129). Encontramos igualmente con tal función el condicional: "Bernard l'écouterait-il seulement?" (p. 123) o su parafrase "elle allait dire...". Al mismo fin puede servir una asociación de ideas, intercalada, como en este ejemplo: "Aussi fut-elle, á l'heure du courrier,

fort surprise (le matin qui suivit cette soirée interrompue au music-hall) de reconnaître..." (p. 47/8), o en forma de dicho no marcado como tal en el ejemplo siguiente "tout le monde, d'ailleurs, á propos de Thérèse, s'était trompé — jusqu'à Mme de la Trave qui, d'habitude, avait si vite fait de juger son monde. C'est que les gens, maintenant, ne tiennent plus assez compte des principes..." (p. 132).

Mas, a pesar de introducción directa y de indicación indirecta, muy a menudo es imposible determinar con certeza el plan de narración al que pertenece un pasaje, ni siquiera por medio del sentido. Por ejemplo: después de una caracterización poco positiva de Bernard (pensamientos de Teresa) se añade: "oui, de la bonté, et aussi une justesse d'esprit, une grande bonne foi..." (p. 33). ¿Es el autor creador de personajes que así corrige la descripción dada por Teresa? ¿O es ésta que quiere ser objetiva, que talvez esté engañándose a sí misma acerca del verdadero carácter de su marido?

Contribuye a la imposibilidad de separar, en el texto, los tres estratos de la narración, el uso frecuente del nombre propio "Thérèse" al lugar de "elle". Se puede establecer una gradación en las fórmulas dedicadas para nombrar al personaje principal: nombres comunes como por ejemplo "la jeune femme" denotan el segundo plan — aunque no siempre. A veces piensa Teresa de sí misma, mejor dicho, de la Teresa de antaño, en términos parecidos ("la jeune bourgeoise", "la jeune fille", etc.). "Thérèse", el nombre propio, es sumamente ambiguo, por utilizarse en la narración en tercera persona tan bien como en pasajes en estilo indirecto libre. Mientras que "elle" lo es menos, siendo el pronombre personal la forma de nombramiento que naturalmente se ofrece para esta técnica.

Un estudio de la aplicación del monólogo interior y del estilo indirecto libre en la novela conduce al problema de la "identificación" que, en el último lugar, nos hace volver a la entidad decisiva fuera de la obra, al autor.

Evidentemente, el autor no quiere dar un análisis psicológico enteramente "desde afuera". Tal análisis, en su opinión, no cabe porque es demasiado terminante, porque pretende exponer la "verdad". El alma no es nada simple. El camino del que analiza es otra "route

mystérieuse". En una ocasión se dice de Bernard: "le plus précis des hommes, ce Bernard: il classe tous les sentiments, les isole, ignore entre eux ce lacin de défilés, de passages..." (p. 24); y en otra, es descrito como "simple" y "implacable", como él que no comprende jamás, que es de la "raza de los ciegos".

Ahora bien: lo importante es la convicción de que ni siquiera el autor, creador de sus propios personajes, puede permitirse esta actitud analizadora frente a ellos. La actitud del demiurgo omnisciente caracteriza tantos escritores del pasado. Al autor de nuestra novela, hombre del siglo XX, le falta en general esta seguridad. Se vale de otras técnicas, más adecuadas para un cambio a la vez rápido y suave de la perspectiva, para así revelar la unidad compleja y reproducir lo impreciso, lo fluido, lo ambiguo que es el alma. La identificación no es, pues, una identificación con el carácter, con las ideas, la filosofía del personaje. Es un procedimiento. Y no es constante ni tampoco completa. El valor de identificación del monólogo interior, por ejemplo, se halla limitado por la introducción, normalmente en pasajes cortos, etc. Lo mejor se realiza el objeto de la identificación parcial en el estilo indirecto libre, es como si el autor se colocase en el alma del personaje, sin, por eso, perder su propia individualidad. De esta manera, capta lo psicológico "a la fuente", pero lo expresa de cierta distancia, con cierta objetividad.

En resumen: en los tres planes narrativos hallamos esencialmente dos enfoques, el enfoque exterior y el interior. Los dos son íntimamente entrelazados, al punto de no ser posible una separación. Las dos posiciones y procedimientos que representan, "distanciamiento" y "identificación", mantienen así una especie de lucha constante entre sí: siendo contrarios, pero ligados el uno al otro, se complementan de manera inconfundible.

Vista así, la técnica narrativa en "Thérèse Desqueyroux" refleja la conciencia de la insoluble interrelación de las esferas de nuestra realidad, la del mundo físico y la del síquico, y, además, la duda de que la comunicación directa tenga mucho valor.

Si el afán de penetrar bajo la superficie, se traduce pues en la técnica narrativa, es de suponer que también se manifieste en la caracterización propiamente dicha, en el sentido de "creación de personajes".

En algunas ocasiones encontramos ejemplos de caracterización directa: "Cet homme capable de prendre rudement les poignets d'une petite fille exténuée... c'est ton mari, Thérèse: ce Bernard qui, d'ici deux heures, sera ton juge. L'esprit de famille l'inspire, le sauve de toute hésitation. Il sait toujours, en toute circonstance, ce qu'il convient de faire dans l'intérêt de la famille" (p. 100) o "Au moment de se séparer d'elle, il ne pouvait se défendre d'une tristesse dont il n'eût jamais convenu; rien qui lui fût plus étranger qu'un sentiment de cette sorte provoqué par autrui" (p. 173). Pero la caracterización directa no es típica de la novela. Revelador es más bien que tampoco falta en una obra técnicamente tan rica.

Ya nos hemos referido brevemente al papel de los dichos de los cuales es preciso distinguir dos clases. Los unos son expresiones fijas que caracterizan indirectamente a la persona por su sentido, trivial casi siempre, por su forma de proverbio, la llamada "verdad del pueblo", y por su uso frecuente, no necesariamente en la novela, sino en la "vida". Los dichos, al comienzo, se presentan como asociaciones de ideas; el pensar en una persona recuerda sus expresiones preferidas: "préparer sa confession", selon le mot que sa dévotie amie, Anne de la Trave, répétait chaque samedi de leurs vacances heureuses" (p. 21); "... il ne laissait rien au hasard... "on n'est jamais malheureux que par sa faute", répétait ce jeune homme" (p. 31); "ce n'était pas mauvais, lui répétait sa mère: "d'avoir un pied dans les deux camps" (p. 32). Después, cuando el lector ya tiene cierta idea del personaje, los dichos, muchas veces, dejan de ser marcados como citación directa y aparecen como parte del pensamiento (en el monólogo interior o estilo indirecto libre), pero se reconocen fácilmente como tales por su forma proverbial: "(Bernard) admirait qu'aucune difficulté ne résiste à un esprit droit et qui raisonne juste... il était prêt à soutenir que l'on n'est jamais malheureux, sinon par sa faute... la vie de garçon a du bon, d'ailleurs" (p. 129/30).

La segunda clase de dichos son cortas frases o fragmentos de frases con las que describen unas personas a otras: "... ce sourire qui faisait dire aux gens: "on ne se demande pas si elle est jolie ou laide, on subit son charme" (p. 23); "il travaillait "d'arrache-pied", selon l'expression de sa mère" (p. 32); " (il) épouserait la fille la plus riche et la plus intelligente de la lande, peut-être pas la plus

jolie, "mais on ne se demande pas si elle est jolie ou laide, on subit son charme" (p. 32); "les métayers disaient: "Après lui, il n'y aura plus de monsieur ici" (p. 33); "les deux mille hectares de Bernard ne l'avaient pas laissée indifférente. "Elle avait toujours eu la propriété dans le sang" (p. 39/40).

La caracterización por medio de los dichos es, pues, indirecta por el cambio de perspectivas y, en el caso del primer grupo, por el hecho de que lo importante no es el sentido inmediato de la enunciación, sino lo que está detrás, la actitud.

Una ampliación de la técnica de los dichos constituye el uso de la conversación en la novela. Las frases banales, mezcladas con proverbios que forman la "comunicación" en la familia de Bernard caracterizan mejor que una larga descripción a esta gente orientada hacia lo práctico y lo útil (véase por ejemplo el pasaje cuando Bernard, su madre y Anne regresan a Argelouse con el joven Déguilhem, novio de Anne, quien desea hacerse una idea acerca de Teresa, p. 162 y sig). Palabras que originalmente tenían gran peso, pero que, por el uso frecuente, se han "gastado", cubren lo vacío: "pressés, disait Bernard, de retrouver leur nid" — mais au vrai, parce qu'ils n'en pouvaient plus d'être ensemble" (p. 48); "c'est une nature très droite, franche comme l'or" (p. 38), así describe la suegra a Teresa a la que no comprende del todo y de la cual, en otra ocasión, dice exactamente lo contrario.

No olvidemos mencionar aquí que, a veces, fragmentos de conversación contribuyen a evocar el ambiente, como por ejemplo, cuando Teresa se recuerda de lo que les solía decir la tía, a Anne y a ella, durante las vacaciones de verano en Argelouse: "... et sous le ciel commençait à ronfler la fournaise de la lande. Des millions de mouches s'élevaient des hautes brandes: "Remets ton manteau pour entrer au salon; c'est une glacière...". Et la tante Clara ajoutait: "Ma petite, vous aurez à boire quand vous ne serez plus en nage" (p. 33/34).

Además de dichos y conversaciones cabe señalar como medio de caracterización la imagen o la comparación: a Teresa se la compara, como ya vimos, en varias ocasiones a una perra indomable; o de la tía sorda que se muere poco después de la llegada de Teresa en Ar-

gelouse se dice: "...elle résistait — vieux chien contre le lit son maître qui agonise" (p. 133).

Relacionado, en su efecto, con los dichos del segundo grupo es el procedimiento siguiente que plenamente explota la ambigüedad del cambio de perspectiva. Los personajes expresan a menudo sus opiniones sobre los otros, siendo en particular Teresa objeto de tales comentarios. El efecto es doble: se caracteriza la persona de cual se habla y, al mismo tiempo, la que está hablando. Por ejemplo, cuando Bernard y su madre tratan a Teresa tantas veces de "monstre", tienen razón; ella es un monstruo por haber cometido su crimen. Al revés, a ellos también se les caracteriza, como ignorantes y superficiales, sin ninguna perspicacia, "simples et implacables". O cuando la sirvienta trata a Teresa de "garce" y de "feignantasse", se refiere al descuido completo de la enferma incluso para sí misma. Si estas expresiones nos hacen ver el agotamiento al que llegó la joven mujer (pues no hay descripción detallada), del otro lado demuestran la dureza, la incomprensión de Balionte así como la clase social a la que pertenece, y la opinión que el pueblo en general tiene de Teresa.

Ahora bien: ninguna de las dos imágenes que, de esta manera, recibe el lector, tiene valor absoluto. La primera porque es el reflejo del carácter en la conciencia de otro; la segunda porque la caracterización obtenida así indirectamente también necesita la corrección.

La caracterización es entonces indirecta más que directa por ser plurivalente. Este cambio de la perspectiva conduce a menudo a una confrontación de las enunciaciones, con lo cual abarcamos otro aspecto importante de nuestra novela, el de la relativación.

Llaman la atención los muchísimos ejemplos de ambigüedad en el sentido mismo. Ya aludimos al retrato que da Teresa de su marido, un retrato poco favorable. Inmediatamente después: "Thérèse sourit à cette caricature de Bernard qu'elle dessine en esprit: "Au vrai, il était plus fin que la plupart des garçons que j'eusse pu épouser" (p. 32). Una caricatura es una imagen deformada. "Sous la dure écorce de Bernard n'y avait-il une espèce de bonté?.. Oui, de la bonté..." (p. 33). El aspecto positivo debe mencionarse tam-

bién para que corresponda el todo a la verdad. ¿Verdad? La corrección de lo enunciado es en sí misma relativa: en el primer ejemplo a causa de la comparación ("plus fin que la plupart"), en el segundo por la interrogación. Y la relativación continúa, no específicamente, sino por el desarrollo de la acción, esta vez: Bernard no muestra bondad, es, al contrario, extremadamente duro y cruel.

El ejemplo precedente revela dos procedimientos básicos para efectuar la relativación, a saber la palabra que restringe el valor de lo dicho, y la acción que lo contradice.

El primer medio —la palabra— es aplicado a través de toda la novela, de preferencia, quizás, no abiertamente. Muchas veces el verbo que introduce el estilo indirecto libre o el monólogo interior, es ambivalente en su sentido, por ejemplo: "imaginer, s'imaginer, songer, céder à l'imagination" expresan la idea de "pensar", pero también la de "inventar". A veces predomina sin duda alguna esta segunda significación. Con referencia a los sueños febriles de Teresa encontramos, por ejemplo, "imagination", "songes", "elle imagine". En la mayoría de los casos, sin embargo, parece prevalecer la primera acepción, pero con la segunda siempre en el fondo. De esta manera se relativa todo lo que los personajes piensan. Sus ideas, opiniones, recuerdos, se declaran sumamente subjetivos, de suerte que hay la posibilidad del error. Y éste es, en efecto, frecuente: la esperanza que Teresa tiene acerca de la comprensión de Bernard resulta vana. O la importancia que atribuyó al encuentro con Jean Azévédo es, lo reconoce después, exagerada o, mejor dicho, inexistente: "Cette importance qu'il lui avait plu d'attribuer aux discours du jeune Azévédo, quelle bêtise! Comme si cela avait pu compter le moins du monde!" (p. 135). La "verdad" sigue corrigiéndose.

La idea fundamental de la relativación —que no hay una verdad simple y absoluta— se patentiza igualmente en el segundo procedimiento, en la confrontación con la acción. Un ejemplo típico es la evasión de Teresa al reino fantástico de los sueños: "Son esprit étrangement lucide construisait toute une vie à Paris" (p. 149), vida entre iguales, seres comprensivos. El carácter ilusorio se señala por el contraste con la realidad (y además se indica específicamente después: "Elle composait un bonheur, elle inventait une joie, elle créait de toutes pièces un impossible amour", p. 151). De repente, sin

embargo, parece presentarse la chance: Bernard consiente a dejarla libre en París. Mas, entretanto, Teresa ha cambiado, ha madurado; ella sabe ahora que la gran ciudad es "la foule des hommes redoutables", que el amor que buscaba, para ella, no existe. Un momento, en París, piensa incluso regresar con su marido. Como se ve, la confrontación es múltiple, pero no disminuye, por eso, el efecto. Otro ejemplo, más condensado: "Thérèse a lu que des désespérés emportent avec eux leurs enfants dans la mort; les bonnes gens laissent choir le journal: "Comment des choses pareilles sont-elles possibles?". Parce qu'elle est un monstre, Thérèse sent profondément que cela est possible et que pour un rien... Elle s'agenouille, touche à peine de ses lèvres une petite main gisante; elle s'étonne de ce qui sourd du plus profond de son être, monte à ses yeux, brûle ses joues: quelques pauvres larmes, elle qui ne pleure jamais!" (p. 139). El mismo método diferenciado aquí: confrontación de la inocente ignorancia de la gente con el conocimiento íntimo del mal que tiene Teresa; confrontación entre su caracterización ("monstre") y su conducta ("s'agenouille", "larmes"); confrontación, finalmente, de su comportamiento habitual con el actual.

Además de los mencionados, hay otros medios de relativación en "Thérèse Desqueyroux". Puede ser, por ejemplo, una duda que le viene a un personaje de la novela acerca de lo que pensaba: "Au lycée, elle avait paru vivre indifférente et comme absente des mêmes tragédies qui déchiraient ses compagnes... Thérèse s'interroge: "Étais-je si heureuse? Étais-je si candide?" (p. 26).

En este conjunto, hay que llamar la atención sobre la frecuencia con la cual aparecen en el texto expresiones de duda, de incertidumbre, de hesitación: "il semble, sans doute, avait paru vivre, peut-être, avait dû lui recommander, j'ignore, j'incline à croire, elle crut avoir dit...", etc. La duda se refiere sobre todo a lo que pasa en la propia alma o en la de los demás, es decir a las interrelaciones humanas. Pero no exclusivamente. La incertidumbre, la hay también frente al mundo exterior.

De la confrontación y de la relativación por ella obtenida, resulta la ironía que es muy característico de la novela.

El principio fundamental de la ironía es el de no tomar literalmente una enunciación. Se juega con la discrepancia entre el valor

superficial de la palabra y su verdadero sentido, o a veces, entre el cómo y el qué de lo que se dice. Esta discrepancia tiene que señalarse para que se note la intención irónica. Del otro lado, no debe ser demasiado fuerte la señal a fin de que no se destruya el efecto.

La ironía, en nuestra obra, lo más frecuentemente no es evidente, sino vive de lo ambiguo. Unas veces es extremadamente mordaz, otras, llena de comprensión.

Un ejemplo de "ironía narrativa", la cual estriba en la manera de narrar, se halla en el pasaje que nos cuenta los ensayos de Teresa de envenenar a su esposo: un resumen rápido de los hechos, en el que la autora, sin embargo, queda al margen. Pero la ironía, aquí, es, por decirlo así, accidental. Pues lo que interesa al autor es la investigación del alma y de sus motivos, no los hechos acotados, solos.

La ironía como efecto de la relativación puede apreciarse en este otro ejemplo: "un chaud contentement lui venait, grâce à cette demi-bouteille de Pouilly" (p. 183). El sentimiento agradable de satisfacción, tan raro para Teresa, se reduce a algo artificial y de poca duración, un escape como sus fantasías durante en enfermedad.

También hay casos en los que la ironía se produce por la evolución de la acción, como por ejemplo, cuando Teresa "imaginait un retour au pays secret et triste — toute une vie de méditation, de perfectionnement, dans le silence d'Argelouse" (p. 174), después que el único deseo suyo era de salir de allí. El moralista toma nota de la última hesitación de la protagonista: así es el hombre, ilógico y poco consecuente. Pero la ironía se reúne a la compasión: "elle imaginait" — ¡preso de su imaginación hasta el fin!

Citemos por fin un ejemplo de "ironía filosófica", que se basa en el sentido paradójico de la enunciación: Teresa está decidida a cometer suicidio, pero tiene miedo del otro mundo, no está segura de que Dios no existe. El autor, entonces, reza, burlón, así: "S'il existe cet Etre (...); puisqu'il existe, qu'il détourne la main criminelle avant que ce soit trop tard — et si c'est sa volonté qu'une pauvre âme aveugle franchisse le passage, puisse-t-Il, du moins, accueillir avec amour ce monstre, sa créature" (p. 140). Observamos

primeramente la simple sucesión — ¡no: deducción! — de “sí” y de “porque”, lo que refleja, según el autor, el cómo llega el hombre a creer en Dios; después la sucesión de “pobre alma ciega”, término de los sermones, pero que, paradójicamente, suena sincero a pesar de la intención irónica, y “monstruo” que no es menos sincero: Teresa, el hombre en general, es un monstruo, en un sentido profundamente filosófico, no en el superficial en que lo utilizan Bernard, su familia, “la gente”. Es un monstruo — y se llama “creatura de Dios”. ¡Y de un dios cuya existencia no es segura! La ironía es suprema, el punto culminante en la descripción del hombre, ser lleno de contradicciones, ser ambiguo, ser misterioso.

Nuestro análisis, hasta ahora en primera línea técnico, nos condujo, no obstante, a menudo al “mensaje” de la novela. Este, como la técnica, tampoco es simple, sino tiene muchos aspectos. Plantea, por ejemplo, el problema del mal o el de la interrelación entre mundo y hombre, entre lo exterior y lo interior; el otro del carácter complejo del alma humana; el del hombre frente a Dios o aquél del individuo frente a la familia; etc. Pero esas cuestiones no son sino irradiaciones del tema central o, mejor dicho, de los dos temas centrales.

El uno, lo proporciona el contraste entre “verdad” y “error”, “realidad” y “ilusión”. La verdad es esencialmente múltiple y plurivalente. Y es relativa. Hay una verdad subjetiva cuyo componente principal es el error, parcial o total. Hechos acontecidos pueden ser objeto del error (“elle crut avoir dit merci, en vérité, aucun son n'était sorti de ses lèvres”, p. 154) como son a menudo erróneas las interpretaciones de lo que aconteció (ya citamos las evaluaciones diferentes, por parte de Teresa, del encuentro con Jean Azévédó). Mas sobre todo es campo del error la psique del hombre: sus motivos que no logra aclarar; sus reacciones que no puede controlar (Bernard se enfurece de su propia reacción después de poner a su esposa la cuestión decisiva del “por qué”); o sus posibilidades que ignora o de las que se hace falsas ideas.

El individuo se engaña a sí mismo. Pero esto no es todo. Los hombres se engañan los unos a los otros. Realidad y ilusión se confunden, a veces más, a veces menos.

Observamos ocasionalmente la palabra “déguisé” en el texto, por ejemplo con referencia al cura de la pequeña ciudad (“un homme déguisé”). El concepto mismo es ambiguo. El que se disfraza, intenta esconder bajo la máscara lo que es o, al contrario, representar algo que no es. Pero siempre es el disfrazo un juego con la realidad, al cual se dedican frecuentemente todos los personajes principales en un momento o otro: Teresa cuando trata de envenenar a su marido, la familia cuando describe a Teresa, presa en Argelouse, como la pobre inocente, Jean Azévédó cuando juega con el amor de Anne, etc. La realidad tampoco es una.

Ni siquiera el mundo físico, el que se capta con los cinco sentidos, guarda sus dimensiones, como ya reconocimos estudiando la simbolización del vocabulario. El ambiente exterior aparece de manera diferente según la conciencia en la que se refleja: para Bernard, los bosques de pinos, por ejemplo, no son más que propiedad, base de su riqueza, objeto de cuidado y de cálculos. Para Teresa lo son también, pero no exclusivamente. Para ella significan mucho más: una vez guardianes de su prisión, otra vez objeto de su nostalgia; el inmenso silencio de los bosques de Argelouse la oprime, la ahoga — hasta que descubre que no existe, que los árboles hablan, murmuran, gimen. El mundo asume entonces dimensiones humanas.

Esta incertidumbre del individuo en cuanto a lo que es verdad y realidad, error y ilusión, explica, lo repetimos, la frecuencia de palabras denotando “duda” o “invención”. De ahí también el procedimiento, tan típico de “Thérèse Desqueyroux”, de la relativación; de ahí las contradicciones en el comportamiento de los personajes; de ahí la caracterización indirecta, la preferencia, en general, para los medios narrativos que explotan la ambigüedad. Pues no es posible expresar la verdad sencilla y directamente.

La técnica de narración es el reflejo de esta opinión aparentemente paradójica: la suma de las ilusiones es la verdad subjetiva; y la suma de las verdades subjetivas — más ciertos hechos indiscutibles, naturalmente — es la verdad global, la verdad objetiva. La verdad, en otras palabras, no es, sino llega a ser, gradualmente; se constituye por un proceso lento y complicado y cuyo movimiento no se dirige siempre en línea recta ni tampoco siempre hacia adelante.

El otro tema central es el del "aislamiento del individuo", el cual es íntimamente relacionado con el primero.

La situación primitiva del individuo es la de estar solo. Su aislamiento constituye su ser: "“chacun, ici comme ailleurs, naît avec sa loi propre; ici comme ailleurs, chaque destinée est particulière”" (p. 93) — así lo expresa, en la novela, Jean Azévédo, siguiendo después: "“et pourtant, il faut se soumettre à ce morne destin commun”". El individuo se enfrenta a "los otros". Su situación inicial es pues profundamente dramática: puede elegir la sumisión, camino que han tomado, en nuestra obra, Bernard y Anne. La señal, indirecta, es que Anne ha adoptado exactamente la manera de hablar de su madre ("“depuis des mois, elle répétait souvent, avec les mêmes intonations que sa mère...”", p. 164) y que Bernard repite por ejemplo la siguiente expresión de su madre: "“C'est que les gens, maintenant, ne tiennent plus assez compte des principes”", p. 132), dicho típico de una persona ya de edad, pero que, en la boca de un joven, revela con agudez mordaz, la pérdida de la individualidad. Y esta es precisamente la consecuencia de la sumisión del individuo: la destrucción. Se forma el "bloque" cuyos miembros han dejado de existir como individuos, en un sentido espiritual, y que, por la terrible ley de su existencia, tiene que destruir todo individuo que no se sume.

Pues, la rebeldía es una segunda posibilidad. Es una lucha a muerte en la cual cae casi siempre el individuo (véase la alusión a la abuela de Teresa que desapareció sin que la familia haya vuelto a hablar de ella). El individuo también puede buscar refugio en una especie de "exilio interior", viviendo su vida aparte y siempre corriendo el riesgo de perderse en un mundo irreal. Las dos posibilidades, rebeldía y exilio interior, las trata, en la novela, Teresa, tan bien como otra, la fuga en el anonimado que garantiza la masa, la de las grandes ciudades de nuestro siglo.

Lo trágico es que ninguna de estas posibles soluciones del conflicto es satisfactoria desde el punto de vista del individuo. Pues su soledad existencial persiste, en todo caso. Es revelador que, cuando cruza el camino de Teresa otro individuo solo, el cura, un contacto que hubiera derrumbado, siquiera momentáneamente, los muros

de la prisión en la que vive cada uno, no llega a establecerse. Soledad también frente a Dios: si es que existe, no da señales: "“en face d'elle, il n'y avait rien que le choeur... et cela seulement lui est ouvert, comme l'arène au taureau qui sort de la nuit: cet espace vide, où, entre deux enfants, un homme déguisé est debout, chuchotant, les bras un peu écartés”" (p. 141/42).

El tema del aislamiento, además de ser la idea básica del mensaje, de constituir, si se quiere, la razón de ser de la novela, se manifiesta en toda la obra en muchísimos detalles. En el vocabulario abundan las palabras tomadas de la esfera de la prisión o de esferas parecidas. Imágenes se refieren a la lucha del individuo (la perra indomable) o al sentimiento de la absoluta soledad (túnel, tinieblas). El personaje de la tía sorda puede considerarse como símbolo del aislamiento. El comportamiento de la enferma Teresa —volverse hacia el muro siempre al entrar la sirvienta al cuarto— no es nada menos que el ensayo de superar el aislamiento forzado, impuesto por Bernard tan bien como por la enfermedad y el crimen, por medio de un aislamiento voluntario, etc., etc.

¿Pero es cierto que todo hombre viva en la sociedad? ¿No la han vencido los del bloque familiar, por ejemplo? Aparentemente, sí. Mas en realidad han sacrificado su personalidad sin liberarse de su soledad: cada uno del bloque se encuentra, solo, en su celda, pero el saber que todas las celdas están en una misma prisión, les inspira la ilusión de estar juntos, de no vivir más en el aislamiento. Si Teresa tiene conciencia de su situación, los Bernard y Anne no la tienen: su soledad es inconsciente, pero no, por eso, menos real.

El aislamiento existencial se patentiza lo más concretamente en el aislamiento comunicativo, siendo éste a la vez la causa, y la consecuencia de aquél. Los individuos no pueden comunicarse, en un sentido profundo de la palabra, por medio del lenguaje. La enunciación directa no tiene valor. Ya hemos visto que la conversación entre Bernard y sus iguales no es propiamente comunicación, sino, a lo mejor, "información" sobre las cosas más triviales de la vida diaria. Hablan, pero no dicen nada. Expresar algo más íntimo, hechos del alma, ellos no lo pueden. Por esta razón siguen viviendo en la soledad espiritual.

Los hombres, aunque utilizando el mismo idioma, no llegan a comprenderse: "Thérèse ne rencontrait jamais Bernard et moins encore ses beaux-parents, leurs paroles ne l'atteignaient guère; l'idée ne lui venait pas qu'il fût nécessaire d'y répondre. Avaient-ils seulement un vocabulaire commun? Ils donnaient aux mots essentiels un sens différent" (p. 107). Por esto no saben nada el uno del otro; no se conocen: "Que sais-je de Bernard, au fond?" (p. 89), se pregunta Teresa. Una comunicación, por el lenguaje, es imposible hasta entre hombres que se han conservado la facultad de comprender y el conocimiento de lo que es el aislamiento, es decir entre iguales, solitarios todos: "causer encore! chercher des formules!... les êtres dont elle souhaitait l'approche, elle ne les connaissait pas; elle savait d'eux seulement qu'ils n'exigeraient guère des paroles" (p. 183). Es que las palabras, al ser pronunciadas, se transforman, asumiendo otro valor, falsificando el sentido originalmente pensado.

Es largo el camino desde las verbosas discusiones con el joven Jean al reconocimiento de la futilidad del hablar, de la imposibilidad de expresarse de manera adecuada por palabras. El método más fino que ha elaborado el hombre para comunicar sus ideas, pensamientos y sentimientos, es ineficaz.

El aislamiento del hombre es completo. Mas el saberlo y aceptarlo como destino inalterable proporciona cierto consuelo: "Thérèse ne redoutait plus la solitude" (p. 183).

La soledad es, cierto, algo terrible para el ser humano. El autor la compara una vez con la lepra, mal incurable. Pero del otro lado tiene una consecuencia positiva. El individuo que es consciente de su situación de estar solo, mantiene la búsqueda de sí mismo, de los demás, del mundo, de Dios y así aprende cómo es complicada y oscura la existencia del hombre, lo cual ya es luz en sus tinieblas. Teresa es, en verdad, odiosa, como la describe el propio autor en el prólogo. Es un monstruo, pero, ¡qué ironía!, es más humana que los que, con buena conciencia, la llaman así, Bernard y los suyos, quienes, junto con su individualidad, han perdido la perspicacia y la comprensión y el amor. Todo aquello que más distingue al hombre. Sus almas callan. Las palabras de su boca no hacen sino cubrir el silencio interior.

"Thérèse Desqueyroux" es una novela psicológica, en un doble sentido: es la representación de un carácter individual y, además, enfoca, ante todo, lo interior de este hombre concreto, aún en el relato de los acontecimientos exteriores, considerándolos como reflejo del alma o como factor del desarrollo interior.

"Thérèse Desqueyroux" es, sin embargo, más que novela psicológica: es eminentemente "moralista". El moralista siempre tiene gran interés en los procesos síquicos, pero diferentemente del novelista psicológico, no se limita a analizar un caso particular. El va más allá, al típico y llega así a la generalización. Teresa deviene el prototipo del hombre moderno.

¿Qué es, en pocas palabras, lo "moderno" en esta novela de Francois Mauriac? Evidentemente, el mundo en el que viven los personajes de la novela es el del siglo XX, con automóviles, telecomunicaciones, prensa, etc. Y al menos la protagonista es un hombre moderno. Teresa representa el tipo de la mujer emancipada: viajes por sí sola, fumar cigarrillos, independencia del pensar, pero —y esto es también rasgo de la imagen!— esclavitud ante la ley, y aislamiento entre los de espíritu más conservador. Teresa es, en verdad, "une femme d'aujourd'hui", término utilizado en el texto (p. 149).

El problema de la emancipación de la mujer que conmovió y sigue conmoviendo el mundo contemporáneo recibe así su forma artística. Pero este es sólo un aspecto secundario del "mensaje" de la novela. El tema central mismo se refiere a uno de los más actuales y más discutidos problemas de nuestra época: el individuo en el mundo; el hombre entre los demás hombres. Vivimos en un periodo de transición. La escala de valores hasta hace poco vigente, se ha derrumbado. La orientación se ha perdido. Sociólogos y pedagogos, psicólogos y filósofos están tratando de redefinir la situación del hombre y llegan a conclusiones contrarias: los unos hablan de la pérdida de la individualidad en la masa; los otros del comienzo de la era del hombre comunitario...

En este contexto histórico se sitúa la obra. La respuesta que ofrece Mauriac no es absolutamente original. "Thérèse Desqueyroux" puede considerarse como representación artística de las tesis fundamentales del existencialismo francés y alemán: el hombre "ser lan-

zado en el mundo"; la profunda incertidumbre de su existencia; la soledad del individuo; el contraste trágico entre la imposibilidad de una genuina comunicación y el perfeccionamiento técnico de los medios de información.

Novela moderna, aparte por el contenido, también por la técnica narrativa que, lo hemos visto, refleja fielmente el "mensaje". La tremenda evolución de la psicología del inconsciente que tanto ha repercutido en el mundo moderno, ha ejercido una gran influencia en la literatura. En particular desempeña la novela psicológica un papel especial. Se han elaborado nuevas técnicas narrativas para la representación de los procesos síquicos, cuyos medios más importantes son justamente el monólogo interior y el estilo indirecto libre. Los dos, en sí, ciertamente no son invenciones de los escritores modernos. Nueva es más bien su aplicación consciente y frecuente, el arte sutil de las transiciones, del cambio de la perspectiva, la técnica variada del enfoque.

Desde este punto de vista, hay que colocar "Thérèse Desqueyroux" al lado de otras grandes novelas modernas, por ejemplo de "Ulysses" de James Joyce, obra monumental, experimento inimitable; o de "Mrs. Dalloway" de Virginia Woolf, novela corta, pero técnicamente muy elaborada. En el detalle concreto, son diferentes las tres en cuanto al objeto y a la técnica narrativa. Pero tienen en común la vista aprofundizada de la psique humana que proporcionan las corrientes de la psicología actual, y la preocupación por la técnica narrativa, el constante afán de encontrar los medios para representar adecuadamente el sujeto más difícil de todos, el alma del hombre.

Schumann, Distancia Inefable

MUSICA Y POESIA

Diez y seis años, tiempo del ensueño... Pero en Schumann tiempo de la tristeza, tiempo de la melancolía, tiempo de ese mundo casi en niebla de los presentimientos...

Lee apasionadamente a Jean Paul y se hermana con quien sueña cosas distantes, purezas exquisitas, almas con sensibilidad de pétalos, seres que tienen voz de brisa pero que, como la brisa, se pierden hacia las distantes distancias...

La poesía es para Schumann su mundo natural más allá de lo visible, el mundo de lo presentido, el mundo hecho de toda delicadeza y que, al menor soplo del viento, cae en deshojamientos tristes de luz y sombras...

Pero la poesía no le llena la inmensidad del alma... Todavía siente en las palabras uno como detenerse del aroma, uno como quedarse del aire... Sabe bien que hay algo más allá de la poesía, lo sabe porque es su mundo íntimo más propio, su vida misma, la tristeza suprema, la nostalgia eterna del Genio...

Y, cuando las primeras estrellas comienzan a cantar silencios en la distancia, improvisa en su piano algo que es bella poesía inabismable, algo que no se queda en las páginas, algo que se hunde en el alma y de ella sale purificado más todavía en tristeza...

Todo el mundo de nostalgias, todo el mundo de tristeza no explicable por la humana tristeza, todo el mundo de finísima nostalgia

de mundos interiorizados en amor de suspiros y de lágrimas, es Música bajo la noche... El tiempo se ha borrado y el cielo simplemente se va llenando de más y más estrellas...

La melancolía, ese ser del alma nido vacío de cosas imposibles e inexpresables, hunde en la Música de Schumann su sentimiento más profundo... Apenas ha quedado Jean Paul como inspirador de esto que nace bajo la noche perfecta y perfumadamente triste... La Música dice lo que las palabras nunca sabrán decir... Tiembla un temblor de leves imposibles en la noche, tiembla un temblor de lo que no fue todavía, pero que será inevitablemente algún día, alguna hora, algún minuto... Tiembla un temblor que no tiene otra traducción que no sea la Música, y en el aire tiemblan ideas vagas, nieblas distantes, fantasías traídas desde sueños remotos más allá del sueño, imprecisos deseos que se deshacen apenas en lo insinuado, delgadas nubes imposibles de detener en su paso hacia lo lejano en demasiada e inalcanzable lejanía...

La poesía amada con pasión se ha rendido ante la Música... La poesía residenciada en el alma se ha hundido para siempre en el agua hondísima de la Música... Porque la Música, siendo poesía, es también lo que nunca jamás podrá tener la poesía... Sólo en Música puede palpitar en toda palpitación imposible y triste el corazón humano... Sólo en Música puede temblar sus temblores de nostalgia, de pena, de presentimiento, de melancolía el alma...

*
* . *

DEL CLARO AMOR

Más clara que su nombre, Clara llena de dulce claridad la vida de Schumann...

La niebla se aleja, se hunde en la distancia, se va por regiones que parecen inaccesibles, mientras la luz se pronuncia en los silencios de los labios y en la ternura exquisitamente íntima y pura de la Música...

Clara sueña en Música, sueña al igual que el Soñador maravilloso... Sus manos dan más blancura al marfil del piano y traducen unas cosas que las palabras felizmente no saben decir jamás...

La niebla se aleja, la niebla se va por regiones lejanas... La sonrisa de Schumann atraviesa la tristeza como si estuviera pasando por un cielo de gran limpidez... No, no es para él la alegría total, porque en su espíritu Música y Poesía se han hundido para siempre, pero su nostalgia por lo innominado viene a dulcificarse, viene a tomar una como mansa mansedumbre...

Clara tiene más claridad en su espíritu que en su nombre... Por ella es posible esta ausencia de la melancolía, esta fuga ocasional de la melancolía, este ser de la melancolía simplemente otra forma de transparencia en la Música...

Sueña Schumann los ensueños de la quimera... Junto a Clara el piano tiene un nuevo y más profundo idioma del alma... No quedan todas estas confidencias en los papeles pautados, pues son tantas y de cada instante que sería vano intento tratar de detenerlas...

Clara contesta estos mensajes en la Música... Los contesta también en el bello mundo de la Música... Ingenuamente bella florece en Música, pues sólo en Música puede hablar su alma melodiosamente musical...

La niebla se aleja, la niebla parece tomar camino de ausencia definitiva... La niebla se va llenando puramente de la claridad de Clara, se va poblando sólo de ella, se va desdibujando hacia imposibles distancias para guardar su presencia simplemente armoniosa como la fragancia, como la brisa, como el alma que el cielo tiene para ser maravillosamente azul...

Sueño y quimera... Vida del ensueño y ensueño de la vida... Amor hecho todo él de Música pues está en dos almas perfectamente moduladas en Música...

La sonrisa de Schumann se dulcifica en el ensueño, mientras en las pupilas de Clara todas las claridades florecen fuentes íntimamente musicales...

Y, sin embargo, la niebla no está lejos, no está tan lejanamente lejana como parece estar... Porque el amor de Schumann es otra manera de ser de la nostalgia, de ese mundo de presentimientos en que se hunde su Música hondamente nostálgica y triste...

*
* * *

CARTA TODA EN TRISTEZA

Cómo escribir a Clara todo lo que el espíritu desborda de nostalgia, de tristeza, de pena, en el más claro amor musical?... Cómo decirle esas cosas que solamente se sienten, que son florecimientos espirituales en purísimas flores intangibles, solamente alma de flores, solamente perfume de flores que llena un íntimo cielo por el que la niebla discurre creando temblores profundos?... Cómo manifestarle lo que no tiene manifestación posible en las palabras, ni aún en la música de las palabras que es la poesía?...

Robert Schumann siente este amor tristemente distante, este amor distanciado por la incompreensión, este amor que da pena mayor a su noche sin sueño... Schumann dice en el piano la confianza que nadie oye, que sólo presiente con su exquisita sensibilidad la clara Clara que suspira lejos en esta ausencia creada inútilmente por la obscuridad de un sentimiento, por la noche irremediable de un espíritu que no gusta la sencilla y honda pasión de dos seres nacidos para la Música, que sólo es otra forma del amor...

Schumann escribe la carta, la escribe más allá de los convencionales signos de la escritura, más lejos que el más lejano significado de las palabras... En su noche de tristeza dice aquello que parecía no podía ser dicho... En su noche sin sueño busca estrellas tan distantes como su propio amor distante, sabiendo que las estrellas sólo son el amor de los jardines que vuela a lo alto por mandato de imposible...

La carta es llena de tristeza, llena de apasionada tristeza, una queja pronunciada como en un bosque y solamente guardada por el agua dormida con su sueño de luceros... La carta es una queja, una dulce queja en manos del viento que ha de llevarla hacia distantes distancias...

La carta es perfectamente musical, honda y puramente musical, llena de esa niebla que discurre por el cielo interior en la ausencia sin motivo, pero llena también de la voz que quiere destruir la niebla

o siquiera desterrarla en el instante, mandarla fugue en el momento que debe ser sólo para el beso dado entre lágrimas, un beso en el que, más que los labios, se juntan las pupilas húmedas en la tristeza de lo imposible...

La carta es una queja, una honda melodiosa queja... La carta es un mensaje temblando en la misma pena de las estrellas distantes, de esas inalcanzables estrellas que palpitan a lo lejos, allá, donde el ensueño quisiera irse definitivamente si no fuera la mano del Destino obstáculo en media vida y en medio cielo...

Palpita en lo hondo de la carta la musical nostalgia, la reconvencción al Destino que auspicia la dolida distancia, pero con tal dolor en armonía que seguramente el Destino debe también suspirar en sus impenetrables arcanos...

La carta es triste de finísima tristeza, tan fina que parece apenas el tallo invisible sobre el que crecen lejanamente las estrellas... La carta es nostálgica, con una nostalgia sutil que es apenas como el agua a la que el viento entrega un pétalo deshojado no sé dónde... La carta es bellísima queja, una queja como la del silencio inútilmente herido por un gemido distante...

La carta se llama "FANTASIA, OP. 17"...

*
* * *

LLAMADA DEL DESTINO

La noche tienta a integrarse a ella para siempre, para siempre... La bella noche profunda, silenciosa, infinita, como su mismo espíritu ansioso de quimeras e imposibles...

La noche alta de toda altura, de una altura que ningún ensueño podrá alcanzar de este lado del mundo, tienta inevitablemente...

Por qué no ser otro ser en la estrella lejana?... Por qué no confundirse con el viento de la noche que canta imposibles hasta llegar a la estrella verdadera?... Por qué no despedirse para siempre de

lo tangible, de esta vida atormentada cuyo único signo es lo dolido, para ser con la noche y en la noche infinitud creadora de estrellas desde la distante estrella?... Por qué no decir el adiós en voluntad de vuelo para cantar la luz que alienta más allá de la noche, más allá?...

La fiebre del abismo, la fiebre del abismo... La fiebre honda y tormentosa del abismo... Mientras la noche de fuera es extrañamente serena y misteriosa, la noche del alma de Schumann está llena de una apasionada tempestad de abismos... Mientras la noche circundante en medio de su silencio está floreciendo estrellas, la noche del espíritu de Schumann florece solamente imposibles bajo las estrellas distantes...

La fiebre del abismo... La fiebre del abismo... La ventana tiente el vuelo, un vuelo sangrante que dejaría sólo sangre en la tierra, pero que liberaría la sangre estelar para la estrella... La ventana que enmarca el cielo de la noche llena de sutiles llamadas, es una llamada más alta y triste que las lejanas estrellas, una llamada que se escucha corazón adentro, espíritu adentro, alma adentro...

La fiebre del abismo que llama y convence... La fiebre del abismo que duele y acaricia en el mismo dolor con la posible e intuida caricia de la paz musical en las estrellas... La fiebre del abismo es su invitación urgente para ser en la noche y con la noche solamente altura, solamente raíz sagrada de las estrellas...

La fiebre del abismo, la fiebre, la fiebre del abismo...

Tan bellamente triste es la noche infinita, que Schumann oye la invitación en dolor y llamada... Tan hermosamente melancólica es la noche que Schumann siente la llamada quemándole la sangre y besándole la frente con un beso de fuego... Tan perfectamente distante de distancias es la noche que Schumann siente para ella el dolor sin tiempo que duele por la distancia de la estrella...

La noche llama, el abismo llama, el abismo de la fiebre... Schumann se integrará a la noche, sí, se integrará a la noche para siempre, para siempre...

De pronto... Una extraña fuerza de infinita sensibilidad, una fuerza sin fuerza le detiene... Una aura de suspiros suspirados en la distancia le circunda... Unas manos inverosímiles sólo en fragancia de pétalos temblantes le acarician la frente... Unos labios sin labios llegados en el viento, atravesando el viento, desafiando dulcemente el viento, le besan en las mejillas... Y el paso de atracción hacia el abismo se detiene... Y el dolor infinito se deshace en un mundo musical de suspiros...

Una fuerza sin fuerza rompe la atracción del abismo... Apenas un suspiro, apenas un suspiro de la madre lejana...

*
* *
*

LA LUCHA CON LA TINIEBLA

Cuanta Música llena el espíritu... Cuanta bella Música vive en el espíritu la vida que quiere entregarse en el mensaje supremo, en el mensaje que no acaba jamás... Cuanta hondísima Música hay en el espíritu, ansiosa de ser armonía en lo ilimitado, ansiosa de ser para todos los espíritus la maravilla que pone en la vida melodización de la tristeza...

Schumann siente cantar en nostalgia la armonía y la melodía en lo más hondo de sí mismo... Siente que la vida le palpita en Música... Siente que todos sus latidos le laten solamente en Música...

Y quiere entregarla a los demás, y quiere entregarla a quienes, como él mismo, llevan doliendo en lo profundo el amor musical, llevan en el alma la llama sagrada de la Música que quema y purifica y eleva hacia todas las alturas en el milagro de íntimo dolor que florece florecer de eternidad...

Lleno de fiebre creadora, lleno de bella fiebre creadora, dice en el papel pautado todo lo que le dice el alma... Lleno de amor en tristeza va dejando fluir algo bellamente vago, bellamente fantástico, bellamente distante en inalcanzables distancias...

De pronto, una tiniebla cae sobre la melodía... De pronto, una tiniebla corta la melodía, una tiniebla trunca la melodía bellísima

haciéndola sangrar de imposible... Inútilmente se tienden las llamadas hacia al sombra total, inútilmente tratan de alejar lo obscuro, inútilmente quieren encontrar siquiera una estrella para seguir la senda en armonía... Todo injuria lo bello, todo es injuria de la tiniebla a lo bello...

La creación se queda en el camino sangrando más tristeza todavía... La creación se hunde en lo imposible dolido y trágico...

Mas el espíritu busca lo inverosímil, lo inencontrable, lo imposible... Hundiéndose en lo obscuro, doliéndose en lo obscuro, sin tiempo en las medidas del tiempo, halla una aurora triste, un paso de luz aterida de penas, un hiriente rocío en la mañana fragante a tristezas infinitas...

Sigue la creación su camino interrumpido, sigue siendo belleza eterna no obstante la llaga vital, sigue elevándose hacia cielos altísimos donde es apenas el ensueño del ensueño, la sola esencia del ensueño...

Y otra vez una tiniebla, una honda tiniebla hiriendo la creación, una tiniebla cortando la creación a filo de imposible... Apenas se sabe del vivir por unos hondos latidos heridos en la obscuridad, por unos latidos llenos de infinitas amarguras, por unos latidos sin estrellas en el cielo negro, negro, negro...

Mas el espíritu no puede resignarse a esta muerte de las alas, porque el destino del espíritu es saber poner alas aun a lo obscuro, aun a lo que parece no nació para la pasión de las alas... Porque el espíritu es el ángel que atraviesa la tiniebla hiriéndose las alas, sí, pero sin renunciar jamás al destino de altura triste de las alas...

Y otra vez el crear para la luz íntima, otra vez lo dolido haciéndose Música, Música, Música, hacia la única luz de la armonía...

La lucha entre la luz y la tiniebla, la lucha entre la armonía y el silencio, la lucha entre lo bello y lo torvo, la lucha entre la sombra y las alas, ha puesto más y más angustias en las pupilas de Schumann y más y más palabras silenciadas de dolor en sus labios... Pero ha creado, sí, ha creado la Música pura y eterna... Ha creado para la eternidad la Música del espíritu dolido y grande, la Música que palpita en su "SINFONIA EN DO MAYOR"...



El Ser de Unamuno

Celebrar el centenario de Unamuno es sentar su partida de inmortalidad. Inmortal es el enorme Don Miguel, y no solo en su patria. En Europa y el mundo este gran vasco de España es un hombre-bandera. Como signo de su tiempo se lo hace ondear, dondequiera haga falta presentar un espécimen inconfundible de esa generación.

Con Nietzsche, con Péguy, con Chesterton, Unamuno representa la postura del espíritu occidental en los preludios del siglo XX, tras la fracasada aventura del Historicismo y Cientifismo.

"Vamos a explicarlo todo", habían dicho los historiadores ingenuos. "Vamos a resolverlo todo", habían coreado los ingenuos científicos. Bien pronto tendrían unos y otros que reconocer su ilusión: el hombre seguía allí, misterioso en sus orígenes y en sus fines, con su insondable conflicto dentro del corazón.

Los cerebros lúcidos de la época lo advirtieron temprano, y se dedicaron a proclamar a gritos, en una filosofía que será a partir de ellos una especulación artística, en una literatura que será en adelante un arte íntimamente filosófico. Entre estos hombres claves está el sitio de Miguel de Unamuno.

¿Cómo realizó él su papel de testigo? ¿En qué tela, y con qué hilo, ha broslado él su testimonio?

Procuraremos dar a esta pregunta una contestación numérica. Mas no es posible formularla sin disponernos antes a ella con otra fenomenológica. ¿No es Unamuno reconocido generalmente como

poeta, novelista y ensayista? Pues en ese triple atributo tendrá que estribar —he aquí esa respuesta previa— su significación.

SU TRIPLE GENERO

Más de un estudio importante se ha consagrado a Unamuno poeta. El de Gerardo Diego es apologético entre todos. ¿Falto a la discreción si en medio de tales panegiristas me atrevo a confesar que a mi no me gustan sus poemas?

El anhelo de ser poeta fue en él impresionantemente vivo. "Al morir, quisiera que dijese de mí: —Fue todo un poeta!", escribe a Clarín en carta confidencial del 3 de Abril de 1900. Y uno de sus ensayos insiste en esta su máxima ambición, al sentenciar: "El filósofo en tanto vale, en cuanto tiene de poeta".

¿Se le cumplió a él tan caro deseo? Fáltale a su lírica, en mi opinión, algo que considero decisivo en poesía: el sentido de levedad, ese hacer perder peso a las palabras, que es el privilegio de los poetas. Supone este don un señorío espontáneo del idioma, que el vasco D. Miguel no poseyó jamás. Gran temperamento poético el de Unamuno ¿pero poeta precisamente? Le falta ángel. Si volara, su fuerza lo elevaría sobre las nubes. Pero no vuela: Unamuno es un cóndor sin alas.

Sus novelas valen ante todo como tribuna de teorías. Sus personajes resultan inolvidables por la idea que encarnan: Joaquín Monegro es el Cain de la predilección unamunesca; Gertrudis ante Ramiro, el malentendido del amor; Alejandro Gómez, la dificultad de ser natural.

Por lo que al valor de su técnica novelística se refiere, ningún juez más severo que el mismo autor. Sabido es que D. Miguel, al advertir que sus relatos no acababan de salirle verdaderas novelas, determinó inventar para ellas, entre irónico y malhumorado, el nombre de *nivola*. Nivelista es, pues, Unamuno, que no novelista verdadero.

Y es que su verdadero campo es el ensayo. En él si que deambula Unamuno como rey en palacio, y aun es difícil imaginar si-

quiera naturaleza mejor dotada para este complejísimo género literario. Inteligencia despierta y ágil para ver el lado nuevo de los problemas viejos, y expresión chispeantemente audaz para interesar a un público que lee de prisa, son los atributos esenciales del ensayista, y D. Miguel cuenta con uno y otro en grado excepcional.

Unamuno muchacho era muy callado, y un chistoso pensó lucirse diciéndole: —Pero Miguel, di algo! A lo que el aludido respondió inmediatamente:— Algo. Mera anécdota de adolescencia, puede considerarse sin embargo como un resumen de su carrera, pues esta nos lo mostrará siempre agudo, zumbón, y decidor de "algo", en efecto, de un algo que es el mucho contento en sus decenas y decenas de ensayos.

I

ANALISIS

Pero cesemos ya de hacer lo que tanto le disgustaba: que lo "rajasen en tres", como él decía, distinguiendo su triple producción de poeta, novelista y ensayista. Para renunciar a este modo de llevar las cosas tenemos una razón más profunda que su solo disgusto, a saber que así no se responde sino ligeramente a la pregunta que nos habíamos planteado: —¿Cuál es el valor de Unamuno?

La verdadera respuesta tenemos que buscarla en la dirección sugerida por Gabriel Marcel, en su planteamiento generalísimo del ETRE ET AVOIR. Válida para todos esta distinción fecunda, para pocos lo será en grado tan decisivo como para Unamuno.

Aplicándola a su caso señero, llegamos a la conclusión neta de que la significación cabal de este autor no está en lo que tiene sino en lo que es: el máximo valor de Unamuno es Unamuno; lo que vale en él es su ser mismo, y esto es lo que hemos querido destacar con el título de la presente disertación, EL SER DE UNAMUNO; un ser cuyo interés y riqueza excepcionales vamos a tratar ahora de caracterizar.

Pero esto no significa, por supuesto, que sus obras y hechos carezcan de importancia. ¡Todo lo contrario! A ellos tenemos que

acudir para vislumbrar el arcano concreto que nos inquieta. Pero esa importancia es intrínsecamente funcional, pues hechos y obras no nos conciernen ahora como medios: nos interesan no en sí mismos sino en cuanto son el camino que nos conduce al descubrimiento de su ser.

Intentaremos, según esto, llegar al ser de Miguel de Unamuno precisando los elementos que lo integran. O al menos algunos de esos elementos, los que se me han impuesto a mi personalmente al ponerme en contacto con sus libros. Cada lector podrá examinar, por su parte, su propia reacción, y establecer así sus escalones propios para llegar al santuario de D. Miguel.

¿Qué imagen de Unamuno encuentro, pues, en mi interior? Cierro los ojos, y empiezo a enumerar los rasgos de que mi visión espontánea le ha dotado.

SIMPATICO, PENSADOR Y POLEMICO

El primero es, globalmente, este: D. Miguel me es simpático; lo quiero; siento algo de él en mí. Si, me gusta este hombre, por más que no todas sus tendencias me gusten. Le aplico plácidamente la fórmula en que él mismo describió su actitud ante Nietzsche: "Simpatizo con su alma, aun abominando de sus doctrinas" (1).

Exactamente eso. Simpatizar no significa aprobar. Significa solamente comprender, desear lo mejor, y de este modo simpatizo yo con D. Miguel.

Y luego exclamo: —¡Unamuno es todo un pensador! Concibe la Filosofía como una síntesis, en abierta oposición a la orientación historicista y cientifista. La entiende, además, como una exégesis del hombre: del hombre cotidiano que come y duerme, en oposición al superhombre del visionario germánico. Y lo fundamental de este hombre es para Unamuno la sed de inmortalidad, el hambre de Dios: en carecer de ella consiste —dice— el imperdonable pecado contra el Espíritu Santo.

(1) ENSAYOS. Aguilar. 1958. t. II, pág. 1127.

Todo esto lo dice Unamuno, desde luego, en andanadas de brisas afirmaciones, sin la menor sombra de prueba. Ninguna filosofía es menos dialéctica que la de este filósofo que no cesa de denigrar toda demostración de una tesis cualquiera, para exaltar simplemente la alarma vital ante el problema mismo.

No es la suya una filosofía de soluciones sino de problemas. Una Problemática debería llamarse, más que una Filosofía propiamente. El corazón tiene en ella más parte que la cabeza misma, y por eso es inútil exigir a sus concepciones efervescentes coherencia o nítida precisión. No se la encontrará ni aun en la que puede considerarse su idea maestra, el Quijotismo. "Hay que vivir como quijotes", dice, y es lo único definido de ese tema fecundo. Lo demás no serán sino ebulliciones de su intensa pasión.

Volveremos aún sobre esta peculiaridad de Unamuno. Es muy importante subrayarla para desembocar en la consecuencia de que él es ideológicamente invulnerable. Por extraño que pueda parecer, muchos críticos inteligentes lo olvidaron, y malgastaron su tiempo emprendiéndola a estocadas con sus ideogonias. Vano empeño: ¿cómo herir jamás una sombra? Y la ideología de Unamuno no es nunca otra cosa sino eso: una sombra, la sombra siempre huyente y cambiante de su ser.

Esto molesta sin duda a sus antagonistas, gentes consumidas de categorías casi todos. A Don Miguel le tiene esa molestia sin cuidado. Se deleita incluso con ella, y goza provocándola. La oposición le entusiasma; lo único que le enfermaría es la indiferencia. Fuera de eso, todo es bienvenido a su logoteca. Dice lo que piensa, y lo mismo le da que le tache de hereje el clérigo o de clerical el clerófono.

Con esto hemos empezado ya a indicar otra de sus notas más características: su irrefrenable gusto por la polémica. Nada lo engolosina tanto como contradecir. ¿No es esto justamente que sugiere la primera palabra de varios de sus títulos, CONTRA?: CONTRA EL PURISMO, CONTRA EL MARASMO DE ESPAÑA; y en particular el más significativo de todos ellos, CONTRA ESTO Y AQUÉLLO: contra el mundo entero, como si dijéramos.

Se pasó la vida buscando a quien apalea, y lo paraboliza es-tupendamente en un inolvidable pasaje de SOLEDAD, que bien pudiera titularse "La clava de Hércules", y que para más eficacia tiene acentos de himno:

"Solo me apena —dice este manisimo Don Miguel— que mis ocupaciones me impidan retirarme a un desierto, no ya por cuarenta días sino por cuarenta años, y dedicarme allí a fabricar un gran mazo, clavetearlo de enormes clavos, endurecerlo al fuego y probarlo contra los peñascos: y cuando lo tenga así a prueba de las más duras rocas, volver con él a este mundo... y empezar a descargar mazazos" (1).

Realmente que no puede ser sino histórica la conocida jácara que nos lo muestra a la entrada de una sala de conferencias en compañía de un amigo, con quien entabla el siguiente diálogo:

—¿Quién habla hoy?

—No lo sé.

—¿Cuál es el tema?

—Lo ignoro.

—Bueno, entremos: estoy en contra.

EXTREMOSO, MISTICO

¿Qué nombre le cuadrará más que el de extremoso? Extremoso fue en todo. Y a tal punto, que al advertir cuán imposible le era atar unas con otras las innumerables exageraciones que destilaba su pluma, dio en el más extremoso de sus extremos, que fue su "filosofía de la contradicción".

No aludo, al consignarlo, a su entrañable apología de la contradicción íntima de todo hombre; expansión saludable ésta de su exuberante vitalismo. Ni me refiero solo a su peregrina escapatoria de que únicamente el propio autor es competente para deducir consecuencias de los principios que ha sentado.

(1) Ensayos. Aguilar, t. I, pág. 704.

Estoy pensando más bien expresamente en la teoría del derecho a contradecirse, que Unamuno comparte con Nietzsche, y que en la mente de ambos significa, no la elemental verdad de que el hombre va perfeccionando progresivamente el conocimiento y su expresión, sino el atrevido aserto de que carece de importancia el hecho de que sobre una misma cuestión diga yo hoy una cosa y mañana otra, al tercer día una nueva y al cuarto una cualquiera de las anteriores. No soy tan imbécil que pretenda ser coherente en mis afirmaciones, es el pensamiento de Unamuno, erigiendo así en señal de alto ingenio el desprecio por la consistencia mental; postulado al que se ha acogido después más de un polemista fácil, plagiando cómodamente la frescura del maestro sin seguirle ni de lejos en su vigor.

¿Por dónde habrá llegado a tan escuridizo relativismo un hombre de tanto talento como Unamuno? No creo arbitrario relacionarlo con el rumbo primordialmente místico de su especulación, entendiendo por "mística" la predilección exclusiva por lo intuitivo y divinadorio, en oposición a lo deductivo y rigurosamente probatorio.

Queda bien ilustrada esta tendencia en su teoría de los tres tipos humanos. Constituye ella uno de los más felices aportes de su pensamiento, y en verdad de una penetración que hace pensar en la de Pascal cuando ideó su genial distinción entre l'*esprit de géométrie* y l'*esprit de finesse*.

En su ensayo *Intelectualidad y Espiritualidad* (1) distingue Unamuno tres clases irreductibles de hombres: carnales, intelectuales y espirituales. El primero es el hombre común, natural, espontáneo y sin pretensiones. Los segundos son los razonadores, los "inteligentes", y estos son para Unamuno la plaga del mundo, pues se empeñan en reducir a esquema lo inclasificable. Y los terceros son los soñadores: místicos que respiran un aire más fino que el del entendimiento, iluminados que intuyen en un metamundo inefable un sistema de realidades que los intelectuales no captarán jamás.

Lo ideal, piensa Unamuno, es la alianza de los primeros con los terceros, la unión del cuerpo con la mística, y eso es lo que te-

(1) Ensayos, Aguilar t. I, pág. 510.

nemos en la inmortal pareja de D. Quijote y Sancho, repudio eterno de la fría estulticia de los intelectuales.

ESPAÑOL Y DESCONCERTANTE

Este centelleo místico comunica a todos los resoles de su fisonomía una vibración característica.

Pensemos —por ser tan unamunesco— en su españolismo. No es en él nada que se parezca a una apologética razonada como se halla, por ejemplo, en Ramiro de Maeztu. Unamuno no se toma el trabajo de acumular datos. Los da simplemente por supuestos, y se arroba ante ellos.

Así es como le nació, antes aún que lo pensara, el felicísimo término de HISPANIDAD, llamado a tan espléndida fortuna. Es frecuente adjudicar el invento de este vocablo a D. Zacarías de Vizcarra, en 1922. La verdad es que trece años antes lo encontramos usado ya por Unamuno, en una nota sobre Ricardo Rojas publicada en el diario bonaerense LA NACION el año de 1909.

Fecundo transporte el que condujo a Unamuno a tal hallazgo. Y no menor el que le hizo prorrumper en este párrafo, que por lo vehemente parece un eco del lejanísimo "¡Ay, España!", del medieval Alfonso X de Castilla:

"Pues si soy español —dice Unamuno en NIEBLA—. Español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua, y hasta de profesión y oficio. Español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión; y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna; y mi Dios, un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote: un Dios que piense en español (1).

Concluimos esta enumeración de rasgos que forman el ser de D. Miguel, señalando de modo expreso uno que implícitamente ha venido insinuándose ya en los anteriores: ese ser es a todas luces desconcertante.

(1) NIEBLA, Edit. Vergara, OBRAS, pág. 809.

Podríamos hacer una larga lista de atributos opuestos, y preguntarnos en cada bina cuál de los dos términos se verifica en él. Por ejemplo:

A pesar de toda su apología del sentimiento y del correspondiente desdén por la inteligencia ¿es realmente Unamuno un sentimental? ¿no es más bien un intelectual de pura cepa?

¿Es tierno, o es duro? ¿No cabría decir que es tan tierno con la especie humana como áspero con el hombre-individuo?

Una y otra vez se encarniza Unamuno con la retórica ¿pero no es él mismo en sus mejores trances un potente retórico?

¿Fue creyente o incrédulo? Si lo primero ¿por qué sus acometidas contra las más fundamentales verdades del Cristianismo? Si lo segundo ¿por qué su incontenible efusión hacia Cristo, su constante volver a los veneros cristianos como fuente de inspiración?

Estando de viaje no se entregaba al sueño sin obligar a su compañero de habitación a que lo bendijese. Y mientras Victorio Macho le hacía el magistral busto que todos conocemos, ocurrió un pormenor impresionante. El gran escultor había terminado el modelo en yeso y D. Miguel lo observaba. —Falta algo, dijo por fin—. ¿Qué, preguntó el artista: ¿tal cosa, tal cosa? Y fue recorriendo detalles. No es eso, es otra cosa, decía siempre D. Miguel y al fin, como no acertase el maestro, indicó él su propio pecho: —Mire, aquí está ¿ve Ud. lo que falta? Bajo el grueso paño del gabán, el gran crucifijo colgado siempre al cuello, denunciaba el relieve de sus formas recónditas. No sosegó D. Miguel hasta que su busto insinuó con la misma claridad esa Imagen sin cuya presencia no se sentía él fielmente representado.

Tal vez no han ponderado suficientemente estas antinomias quienes se apresuran a tachar de hereje a Unamuno "La Iglesia profesa la Trinidad. Unamuno la pone en duda en tal línea de tal de sus libros. Luego Unamuno es hereje".

Así suelen argüir. Pero cuánto más compleja es la vida, cuánto más inasible el ser de este hombre. Desconcertante como el de Ches-

terton, Péguy o Giovanni Papini. Por eso exégetas recientes, de la solidez y sagacidad de Lain Entralgo o el P. Félix García, empiezan a hilar más delgado en cuestión tan sutil.

Tomado en hora propicia, no nos hubiera sorprendido oír de Unamuno lo que un corazón tan semejante al suyo, el mexicano José de Vasconcelos, solía decir confidencialmente a Alfonso Junco: —Si me sale alguna herejía, no me la tome en serio; es de buena fe.

II

EL HONTANAR

Independiente, polémico, extremoso; contradictorio y místico; español y desconcertante: tales los aspectos que hemos considerado en el ser de Unamuno.

Y el espíritu se queda insatisfecho. Aquello es análisis, nada más que una colección de rasgos dispersos. ¿No será posible llegar a un vértice común, en que se unan todos? ¿No hay en Unamuno algún atributo que pueda considerarse como suma causal de los demás, explicándolos radicalmente? Creemos que sí, y vamos a tratar de puntualizarlo, para cerrar con ello esta disertación.

Sí, hay en Unamuno un atributo que abarca a todos los demás, que explica lo bueno y lo malo de cada uno, y los impregna hasta tal punto que en realidad no deben ellos considerarse sino como otras tantas manifestaciones variadas de él.

Una palabra lo designa, tan evidente en sí misma que es sin duda la primera que se nos viene a la boca al mirar a este hombre: **originalidad**; D. Miguel es ante todo esto: un gran original.

Porque es tan original, la más bravía independencia acompasa las marchas audaces de su pensamiento. Porque es tan original, le irritan las ideas hechas y posturas convencionales, y sale al campo cada día a batirse "contra esto y aquello". Su originalidad es la que le hace tan interesante y tan simpático, la que nos abre el apetito de estar con él, de oírle, de curiosear en las inagotables curiosidades que guarda su archivo íntimo.

Y es su originalidad, en fin, la que le hace tan deliciosamente extremoso y desconcertante, la que le lleva por instinto hacia lo desconocido, inadvertido o inobservado.

Y más todavía: nada prueba mejor su originalidad que el hecho de que él viste de chispeante interés las cosas más triviales y cotidianas. El lector vibra de entusiasmo, electrizado por una cualquiera de sus salidas, y tarda mucho en rehacerse para reflexionar en que este Mago induplicable lo ha hipnotizado sin más que un fruncimiento de cejas.

—Es la primera vez que oigo esto, le dijo un amigo al escuchar una de sus siempre inesperadas interpretaciones.

Y Unamuno le replicó: —Amigo mío, si me visitara Ud, con frecuencia, oiría muchas cosas por primera vez.

¿Y LO MALO?

La originalidad es, pues, la fuente de tantos dones positivos como vivifican el ser de D. Miguel. Pero ¿y lo malo? Lo que hay de negativo en su ser ¿será consecuencia también de esa originalidad?

Indudablemente. La originalidad es arma de doble efecto. Mientras se maneje en su punto, no ofrece sino triunfos. Pero una vez excedido el justo medio, se vuelve contra quien la usa y es su peor enemigo.

Esto le pasó a D. Miguel, hay que reconocerlo sin ambages. Se le fue la mano. No supo resistir a la fatal dialéctica de la originalidad, y esta degeneró en "pose", siendo desde ese momento en sus manos una daga suicida.

Hirió seriamente al escritor. Qué sutil cosa es el arte, y cómo sus recursos no son eficaces sino cuando se utilizan con discreta delicadeza. Por desgracia, el artista suele perder pronto su candor. Advierte en qué está el secreto de su magia; quiere repetirlo reflexivamente; exagera sin remedio, y echa así a perder el fruto, que solo se cosecha bueno en la inocencia.

Así, por dárseles de original, malogró D. Miguel más de un producto que le nació en el alma como maravilla espontánea y terminó como esfuerzo penoso. Es el caso, me parece, de su **vida de D. Quijote y Sancho**. El tema fue una intuición genial. De haberlo tratado en 40 páginas, tendríamos tal vez en ellas el más exquisito ensayo de nuestra lengua. Pero se engolosinó con el hallazgo, quiso prolongar indefinidamente su sortilegio, y no hizo con ello sino debilitarlo.

Tiene todo esto algo que ver con cierto innegable egotismo, pues no le falta razón a Ortega cuando presenta a D. Miguel "entrando en cualquier sitio para instalar en el centro su yo, como el señor feudal hincaba en el campo su pendón" (1).

Estas las heridas que el afán de originalidad infligió a Unamuno-escritor. Las que infligió a Unamuno-hombre son más graves aún. Lastimaron lo que más amaba él mismo, por ser en realidad lo mejor que tiene todo hombre: la sinceridad.

La simpatía que despierta Unamuno, y que no se neutraliza ni aun por el disentimiento doctrinal, se debe sustancialmente a la honradez fundamental que uno advierte en él. En sus primeros libros sobre todo, es evidente su ingenuidad desnuda, el puro deseo de mostrar su ser tal como él mismo lo siente.

Una vez famoso, advirtió que eran sus originalidades las que provocaban el interés, y queriendo llevarlas al extremo se convirtió en excéntrico. A la revelación de su simple intimidad, sustituyó la revelación de sus rarezas, no siempre genuinas, y así comenzó a darnos, en vez del amable D. Miguel, un D. Miguel alambicado, circundado de anécdotas.

La voz se le falseó, y perdió en valor la antes preciosa piedra de su gran corazón. ¿No lo ha ejemplificado él mismo sin pretenderlo, en el temprano episodio del orfeón, que pudiera ser la parábola de toda su vida?

(1) "UNAMUNO", pág. 371.

Era aún muchacho, y se le llevó a uno de esos estupendos orfeones sin los que no se concibe un pueblo o un barrio urbano de Vasconia. Empezar un ensayo y empezar Miguel a desafinar, todo fue uno. —¿Pero por qué desafinas tanto, Miguel, preguntó con enfado el Director. Y el muchacho, sin titubear: —Desafino... ¡para que me oigan!

¡Insuperable síntesis autobiográfica! Si canta como todos, en acorde con todos, contribuye a la perfección del conjunto armónico, pero entonces se diluye su voz como una de tantas. Mas hay un medio de que ella se perciba, única y sola, distinta de todas las demás: desafinar, y el muchacho lo adopta sin dudas: —Desafino para que me oigan... ¿No es una parábola de su vida?

Pero existe al respecto algo más confortante, las palabras, maduras ya a los cuarenta y un años, en que D. Miguel hace penitencia de este exceso:

"Es ya de noche —dice en un trance confidencial de la vida de D. Quijote y Sancho. He hablado esta tarde en público, y aún me revuelven en el oído los aplausos. Pero también los reproches, y yo me digo: —Tienen razón. Fue un número de feria. Me voy convirtiendo en un histrión, y ya hasta esta sinceridad de que tanto alardeo se me va convirtiendo en tópico de retórica. Oh, Dios mío, Tú sabes que si hay quienes me juzgan mal, me juzgo yo peor que ellos. Tú, Señor, sabes la verdad, Tú solo: ¡mejórame!"

COLOFON

Todo esto sobre D. Miguel de Unamuno. Hombre sugerente si los hay, de él quedará siempre mucho que decir.

Lo debe a la intensidad de sus planteamientos.

Lo debe al fervor con que los presenta, según una de sus frases más repetidas: —No pretendo inculcar doctrinas sino provocar una inquietud vital ante los problemas.

Lo debe, sobre todo, a la excepcional riqueza, exuberancia y complejidad de su ser. Este ser cuyos contornos hemos procurado delinear, y cuya naturaleza íntima podría describirse tal vez en esta sentencia:

el ser de Unamuno

es un fermento siempre en trance de acción.

NOMINA DE EX-ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA GALARDONADOS CON LA CONDECORACION "BENIGNO MALO"

Para distinguir a los más sobresalientes egresados de las aulas del Plantel en cada promoción, el 12 de octubre de 1926 fué instituida la condecoración universitaria que lleva el nombre del Primer Rector del Instituto, mediante el siguiente Acuerdo:

El Consejo Universitario de la Universidad de Cuenca,

en sesión extraordinaria del día de hoy, en uso de las atribuciones concedidas por el Decreto de la Junta de Gobierno Provisional, Art. 11, letra p),

Considerando:

- 1º—Que es deber suyo estimular a la juventud universitaria para el estudio e incremento de las ciencias; y
- 2º—Que se debe honrar la memoria de los pro-hombres de la Patria,

Acuerda:

- 1º—Crear la Medalla BENIGNO MALO, en homenaje al primer Rector de la Universidad de Cuenca, para el alumno que, al concluir los cursos, haya tenido mayor número de notas sobresalientes y méritos escolares que le hagan acreedor a esta distinción, que será acordada por el Consejo Universitario, previo informe de la respectiva Facultad.

2º—Entregar en sesión solemne por medio de la Asamblea Universitaria la Medalla, junto con el correspondiente diploma, al alumno merecedor de ella, el día de la inauguración oficial de los cursos, que será siempre el de la Fiesta de la Raza. La condecoración será de oro, y llevará en el anverso, entre laureles, el busto de BENIGNO MALO; en el exergo irán las siguientes inscripciones: en la parte superior, UNIVERSIDAD DE CUENCA; y en la inferior, PREMIO AL MERITO. En el reverso, esmaltado en colores, llevará el blasón de la Universidad de Cuenca, y, en números romanos, la fecha en que se adjudique la Medalla y la de la fundación de la Universidad; irá suspendida de una cinta que tenga los colores de la insignia de la Facultad a que pertenezca el condecorado.

3º—Autorizar para que pueda usarse la Medalla como condecoración en todo acto académico.

Dado en el Salón Máximo, el doce de octubre de mil novecientos veinte y seis.

EL VICERRECTOR EN EJERCICIO DEL RECTORADO,
OCTAVIO DIAZ.

El Vocal, Decano de la Facultad de Jurisprudencia,
AGUSTIN J. JERALTA.

El Vocal, Decano de la Facultad de Medicina,
EMILIANO J. CRESPO.

El Presidente del Centro Local de Estudiantes Federados de Cuenca,
Representante de los Estudiantes de Medicina,
AGUSTIN CUEVA TAMARIZ.

El Vocal, Representante de los Estudiantes de Jurisprudencia,
C. LEOPOLDO ABAD H.

El Secretario de la Universidad,
ALFONSO MORENO - MORA.

Del archivo del Instituto hemos obtenido la nómina de las personas que, desde entonces, se han hecho acreedoras a tan alta preseña al cumplir los requisitos que exige el Reglamento correspondiente.

Sus nombres, inscritos en los Anales de la Universidad, son éstos:

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES:

Año 1927.—La preseña es sorteada entre los señores Dr. Miguel Augusto Falconi y Lcdo. José G. Eljuri. Corresponde al primero.

Año 1928.—La preseña es sorteada entre los doctores Francisco León Salazar y Octavio Chacón Moscoso. Corresponde al primero.

Año 1929.—Dr. Luis Monsalve Pozo.

Año 1930.—Dr. César Cobos González.

Año 1932.—Dr. César Astudillo.

Año 1934.—La preseña es sorteada entre los doctores Gerardo Cordero León, César Fernández Márquez y Gonzalo Cordero Crespo. Corresponde al primero.

Año 1935.—Dr. Lauro Ordóñez Espinosa.

Año 1936.—Se la sortea entre los doctores Julio Abad Chica y Víctor L. Rojas. Corresponde al primero.

Año 1937.—La preseña es sorteada entre los doctores Reinaldo Chico Peñaherrera y José Oramas González. Corresponde al segundo.

Año 1940.—Se la sortea entre los doctores Gabriel Cevallos García y Rafael Chico Peñaherrera. Corresponde al segundo.

Año 1941.—Dr. Víctor Lloré Mosquera.

Año 1942.—Dr. César Peralta Correa.

Año 1945.—Dr. José Iñiguez Arteaga.

Año 1946.—Dr. Alfredo H. Mora.

Año 1947.—Dr. Hugo Ordóñez Espinosa.

Año 1948.—Dr. César Ochoa Ulloa.

Año 1949.—Dr. Julio Corral Borrero.

Año 1950.—Dr. Carlos Aguilar Maldoñado.

Año 1951.—Dr. Ezequiel Clavijo Martínez.

Año 1952.—Dr. Medardo Neira Garzón.

Año 1953.—Dr. Edmundo Alvear Maldonado.

Año 1954.—Dr. Claudio Cordero Espinosa.

Año 1956.—Dr. Rómulo Romo Sacoto.

Año 1957.—Dr. Claudio Monsalve Merchán.

Año 1960.—Dr. Rodolfo Vintimilla Flores.

Año 1961.—Dr. Claudio Malo González.

Año 1963.—Dr. Alfredo Corral Borrero.

Año 1964.—Dr. Hernán Coello García.

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS:

- Año 1927.—Dr. Alfonso Punin Ríos.
 Año 1928.—Dr. Francisco Sojos Jaramillo.
 Año 1929.—Es sorteada la presea entre los doctores José Carrasco Arteaga y León Pacífico Núñez. Corresponde al segundo.
 Año 1930.—Dr. Víctor Barrera Vélez.
 Año 1933.—Dr. César Molina Espinosa.
 Año 1934.—Dr. Alberto Alvarado Cobos.
 Año 1936.—Dr. Nicolás Ramírez Aguilar.
 Año 1937.—Dr. Timoleón Carrera Cobos.
 Año 1940.—Dr. Leoncio Cordero Jaramillo.
 Año 1945.—Dr. José Vega y Vega.
 Año 1946.—Dr. Orlando Regalado Abad.
 Año 1947.—Dr. Manuel Agustín Landívar.
 Año 1948.—Dr. Enrique León Delgado.
 Año 1949.—Dr. Eduardo Vázquez Carrión.
 Año 1950.—Dr. Rubén Astudillo Quintanilla.
 Año 1952.—Dr. Virgilio Ochoa.
 Año 1953.—Dr. Ariolfo Humberto Bravo.
 Año 1954.—Dra. Laura Leticia Idrovo Arcentales.
 Año 1955.—Dr. Carlos Rodrigo Abad Barzallo.
 Año 1957.—Dr. Flavio Rodrigo Muñoz Falconí.
 Año 1958.—Dr. José Rodríguez Toledo.
 Año 1959.—Dr. Enrique Martínez Vázquez.
 Año 1960.—Dr. Jorge López Arenas.
 Año 1961.—Dr. Edgar Rodas Andrade.
 Año 1962.—En vista de que la diferencia de puntaje entre los doctores Jorge Montalvo y Kléber Alvarez Mosquera es de sólo centésimos de nota, el Consejo Universitario, a solicitud de la Facultad, otorga al primero medalla y diploma y al segundo sólo diploma, de conformidad con el Reglamento.
 Año 1963.—Dr. Carlos Lenin Avila.
 Año 1964.—Dr. Hernán Benito Sacoto.

FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS:

- Año 1946.—Padre Pedro Chántera Colella.
 Año 1947.—Ing. Enrique Hinojosa Cobos.

- Año 1949.—Ings. Jaime Rosales Camposano y Ulises Sotomayor Villegas. La presea es sorteada entre los dos. Corresponde al primero.
 Año 1950.—Ing. Cornelio Cordero Jaramillo.
 Año 1951.—Ing. Rafael Vélez Jaramillo.
 Año 1963.—Ing. Jorge Vélez Jaramillo.
 Año 1956.—Ing. Hernán Vintimilla Ordóñez.
 Año 1957.—Dn. Vladimiro Cordero Ordóñez.
 Año 1964.—Dn. Julio Verdugo.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS:

- Año 1959.—Dra. Lya Salazar González.
 Año 1960.—Dña. Elena Castro de Alvarez.
 Año 1961.—Dr. Gustavo Ortiz Arellano.
 Año 1962.—Dr. Carlos Ortiz Arellano.
 Año 1963.—Padre Adolfo Alvarez.
 Año 1964.—Sr. Juan Cordero Iñiguez.

FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS:

Escuela de Química y Farmacia

- Año 1946.—Dr. José Simón Astudillo Quintanilla.
 Año 1948.—Dr. Eduardo Puertas Arias.
 Año 1949.—Dr. Miguel Rodolfo Burneo.
 Año 1953.—Dra. Lola Regalado Ortiz.
 Año 1956.—Dr. Karl Klinkicht.
 Año 1957.—Dra. Ana María Toracchi.
 Año 1958.—Dra. Flor María Salazar de Tenorio.
 Año 1961.—Dra. Cecilia Arteaga Muñoz.
 Año 1962.—Dra. Julia Wilches A.

Escuela de Química Industrial

- Año 1958.—Dr. Marcelo González Moscoso.
 Año 1960.—Dr. Nicolás Brito Espinosa.
 Año 1963.—Dr. Diego Pozo Vega.

FACULTAD DE ODONTOLOGIA:

- Año 1945.—Dr. José Gabriel Moscoso Espinosa
 Año 1949.—Dr. José Ignacio Baca Pérez.
 Año 1953.—Dr. Teodosio Valdivieso Carrasco.
 Año 1956.—Dr. Bolívar Naranjo Rodríguez.
 Año 1963.—Dn. Pablo Alvarado Torres.
 Año 1964.—Dn. Rodrigo Lafebre.

Notas Bibliográficas

UN LIBRO ESPERADO:

Ansiosamente esperábamos una defensa de la Universidad Central frente a ataques tan injustos y tan temerarios. Creíamos que se esperaba el que se produzca una calma completa en el ambiente, que se serenen las pasiones, para dar a publicidad ese alegato de defensa no sólo de una actuación personal, sino también, y lo que es fundamental, del honor mismo de la Universidad. Una ráfaga de odio, un despertar de violencias, había llevado a la deformación de hechos y actuaciones; el escándalo publicitario hería gravemente el buen nombre de las personas y las instituciones; las explicaciones que se hacían en la prensa diaria impedían el enfoque global del problema. Por todo ello se esperaba la publicación oportuna y la defensa veraz y documentada de un largo período de vida de la ilustre Universidad Central del Ecuador. Seguros estábamos que esa defensa la haría quien siempre había levantado su voz para defender a la Universidad; quien había luchado incansablemente por conseguir su superación y por acrecentar su prestigio; quien había escrito páginas brillantes para exaltar el honor y la valía de la Universidad ecuatoriana, que ha sido y seguirá siendo forjadora de los más altos y puros valores que enriquecen y enorgullecen a nuestra Patria. Efectivamente esa defensa se ha publicado y el autor de la misma es el doctor Alfredo Pérez Guerrero.

Digno de encomio el libro, porque con él consigue el propósito fundamental de desvanecer acusaciones temerarias que nacieron en un momento de ofuscación y de violencia, cuando mezquinos rencores personales quisieron aprovecharse de situaciones de desconcierto para consumir retaliaciones. Una amplia documentación, un análisis sereno y ponderado de las acusaciones demuestran lo infun-

dadas de las mismas, y quienes actuaron al calor de las imprecaciones del primer momento, tendrán horadamente que reconocer que se les llevó por camino errado al obligárseles a proceder a base de tan deleznable apareciaciones. Por animadversión personal, por personalísimos resentimientos, se permitió, infortunadamente, que se perjudique el honor de las personas y que se lesione gravemente el prestigio de instituciones nobles y respetables por su altísima misión y por el aporte efectivo que ellas han brindado al engrandecimiento espiritual y material de la Patria.

Digna de todo aplauso esta nueva defensa del doctor Pérez Guerrero. El libro es una obra de singular utilidad para que sea debidamente juzgada y apreciada la labor de la Universidad en el futuro, para que cuando se haga el análisis desapasionado de su labor, se cuente con la apreciación serena de ciertos hechos y de ciertas circunstancias que de no ser enjuiciadas debidamente habrían podido afectarle. Tal el caso del llamado negocio de la hacienda Yanahurco en el que, la exposición unilateral de los hechos, permitía el que se multipliquen las sospechas y los comentarios adversos y negativos. Luego del análisis que hace el doctor Pérez Guerrero, luego de su documentada exposición, nadie que se precie de proceder con rectitud y buena fe podrá acusar a la Universidad o a sus personeros de actuaciones dolosas o de negociados inmorales.

Pero a más de este que es un mérito grande de esta obra, tenemos que la elevación, la serenidad, la ponderación con que está escrito, ponen de manifiesto los nobles atributos y las singulares cualidades de bien que honran y distinguen la personalidad del autor. Estando aún sangrantes las heridas producidas por la maledicencia, el odio, la calumnia y la ingratitud, no hay en sus páginas ni la más lejana sombra rencor ni de despecho. Al furor y a la ira del adversario que ha recurrido al insulto y que ha recojido cieno para manchar su honra, el doctor Pérez Guerrero le responde con el razonamiento equilibrado y tranquilo de quien tiene limpia la conciencia de las acusaciones que se le hacen. En ninguna de sus páginas desciende a recoger agravios, ni se detiene a devolver improperios. Estas palabras que transcribe de una publicación hecha en los días mismos en que el fuego del rencor era más fuerte, explican el tono reposado y sereno de toda la obra: "Mi protesta viril y firme por la ola de cieno, hecho de rencor y de odio, con el que se pretendió

manchar mi honra. Hombre de bondad que procuré no hacer daño a nadie, me asombra tanta saña, tanta maldad, tanta injusticia. Me asombra pero no me doblega, porque tengo el apoyo y el refugio de mi propia conciencia". En realidad, al hombre probó, al hombre de conciencia limpia, no tiene porque perturbarle las olas de un mar de enfurecidas pasiones. Cuando cese la marejada, cuando las aguas vuelvan a su nivel normal, cuando las turbiedades hayan vuelto al fondo en el que siempre debieron estar, el honor y el buen nombre de las personas de bien, volverá a reflejarse tranquilamente y con toda su nitidez.

Y no es que el despiadado ataque haya dejado impávido a la víctima que tuvo que soportarlo. Hay entereza en la adversidad, pero en medio de la serenidad de sus páginas si se refleja también el dolor y la decepción frente a la cobardía o al oportunismo de los que hasta ayer, en las horas de poder y de triunfo, tuvieron palabras de adhesión y aplauso; pero, en la hora de la verdad, en el momento de la prueba, fueron los primeros en volver las espaldas, en guardar silencio, en eludir responsabilidades. En realidad la ingratitud de los amigos hiere más aguadamente el alma de un hombre que el ataque franco, que el ataque violento o brutal de un adversario. Ese sentimiento de justo dolor y de humana decepción se refleja en las páginas del libro del Doctor Pérez Guerrero.

Justificando como justifica la labor realizada por él en los doce años de ejercicio del rectorado, no tiene en parte alguna tono jactancioso. Hombre de real valor no vacila ni teme reconocer sus humanas limitaciones y los defectos propios suyos y de quienes actuaron en la Universidad. En ningún momento se afirma que la obra realizada estuvo desprovista de errores, ni que la labor de la Universidad había llegado a la perfección. Con toda honradez reconoce que se puede haber incurrido en equivocaciones y quizá en injusticias al seleccionar profesores o al tomar determinadas resoluciones; pero demuestra también el que resulta temeraria es pretender universalizar estos aspectos negativos cuando realmente lo que ha primado es la rectitud, y el mejor de los propósitos de servicio es lo que animaba en primer término a los dirigentes universitarios. Con cabal comprensión de lo que es un hombre que sirve a la Universidad, el doctor Pérez Guerrero dice que siempre consideró servir "como privilegio no recompensado por granjerías ni por suel-

dos, sino por la conciencia de la misión cumplida en beneficio de la juventud, de la cultura y de la Patria". Y en realidad este es el espíritu con el que se sirve a la Universidad y que no es comprendido por la gente rastrera que por el hecho de que en su ánimo no hay cabida para ninguna acción noble y desinteresada, cree que los demás tampoco pueden proceder noble y desinteresadamente; como sus actuaciones siempre han estado medidas por el cálculo y el provecho económico, jamás pueden imaginar siquiera que existan acciones que se salgan de tan estrechos límites.

Admirable la posición de honradez con la que el doctor Alfredo Pérez Guerrero reconoce rectitud de intenciones en personas que tienen criterio adverso a la Universidad. Reconoce que no todos han obrado impulsados por el odio, ni han actuado de mala fe y comprende, y no impreca, la posición de quienes obraron de buena fe, aun cuando esa actuación le lastime o conturbe. He aquí estas palabras ejemplares que ponen de relieve, una vez más, el ánimo sereno y justiciero con el que el ex-Rector de la Universidad Central escribe su defensa: "Yo sé bien que en algunas personas que intervinieron hubo desconocimiento de realidades y buena fe. Reconozco además, y respeto los criterios adversos a la Universidad provenientes de ideologías políticas sinceras o de principios educativos y docentes distintos a aquellos que la Universidad Central mantuvo. Acepto todas las críticas francas, limpias, que se hicieron o que se hagan. Estas frases de condenación o de protesta son para aquellos que a sabiendas deformaron la verdad, distorcionaron los hechos, propalaron mentiras y calumnias, ocultaron con celo máximo todo aquello que fue positivo y excelso".

"La Universidad Ultrajada" titula el doctor Pérez Guerrero a su libro magnífico de ponderada y alta defensa de la Universidad. Su fe en el valor intrínseco de la juventud, su fe en los ideales perennes de la Universidad, su fe en la trascendencia y permanencia de los valores del espíritu que permanecerán por encima de transitorios abatares, de incomprendiones pasajeras y de crisis circunstanciales, esta latente en todas y cada una de sus páginas.

Apreciamos esta obra como magnífica en cuanto ella busca reivindicar la gloria y el prestigio de uno de los centros de cultura más calificados del país, y como admirable, en cuanto refleja los atri-

butos de hombre de bien que distinguen a su autor. Celebramos la oportunidad de haber leído con deleite este libro que nos ha permitido reiterar el homenaje de admiración y respeto a quien nos honra con su amistad, pudiendo reconocer y aplaudir su gran valía y sus nobles atributos porque así lo exige la justicia, a pesar de las distancias y las divergencias en lo ideológico y en lo político.

Ricardo Muñoz Chávez.

UNA OBRA JURIDICA DE GRAN VALOR

Acaba de publicarse un tomo más, el cuarto, de la selección de escritos del ilustre pensador y polígrafo azuayo doctor Rafael María Arizaga. La publicación de las obras de Arizaga justifican plenamente su gloria y su fama. El docto jurisconsulto azuayo no es un valor pasado sino un valor presente, pues, sus lecciones y enseñanzas perduran a lo largo del tiempo, iluminan y señalan rutas. Su acción benéfica no ha quedado circunscripta al tiempo limitado de su paso por la tierra, sino que se prolonga con toda la fuerza que tienen las obras de los hombres realmente superiores. Más que el mármol y el bronce es la obra del espíritu la que perenniza la memoria y el recuerdo de los hombres, y es a estos valores a los que se debe tributo de gratitud permanente porque a ellos, en primerísimo término, deben los pueblos su fama y su grandeza. La conquista de valores económicos, las realizaciones materiales, necesitarán para su recuerdo de las alabanzas pertinaces, del desempolvar diariamente la memoria para que sus protagonistas no desaparezcan y sucumban; la realización de trabajos intelectuales, desdeñados transitoriamente por quienes miden el éxito y aún el valor mismo de las personas con unidades monetarias, perdura por sí mismo, y su gloria se mantiene sin esfuerzos, sin necesidad de exagerar hechos ni ponderar realizaciones. Para consagrar la inmortalidad de Arizaga allí están sus obras magníficas señalando su gran valor con la misma elocuencia que fue característica sobresaliente del esclarecido tribuno Azuayo.

La historia ha recogido destacadas actuaciones de Arizaga como estadista e internacionalista que puso al servicio de su patria sus más valiosos atributos. Sus cualidades y méritos de político honrado y patriota, no han podido ser ni opacadas ni desconocidas ni aún

por sus más violentos detractores. El parlamento lo recuerda siempre como uno de los más altos valores ecuatorianos de los que han honrado el recinto de las leyes. Quienes investigan la obra cultural del pasado, tienen que reconocer y aplaudir al escritor brillante y castizo, al polemista intrépido y principalmente a quien con su vibrante oratoria llegó a las más altas cumbres de la fama. El prestigio de Arizaga como Abogado de impartir honestidad, de magistrado probo, de jurista en el más cabal sentido de la palabra, lo conocíamos las generaciones jóvenes por la exaltación que hacen de sus méritos quienes, o bien recibieron en la Universidad sus sabias lecciones o apreciaron directamente su saber jurídico y su honestidad profesional en el ejercicio nobilísimo de la abogacía. La obra que hoy se publica, y que es una muestra, y nada más, de la gran labor profesional del destacado jurisconsulto, justifica y ratifica su no olvidado prestigio. Una muestra, una selección tomada de la obra abundante del Doctor Rafael María Arizaga, es este volumen que en 276 páginas acaba de publicarse bajo el título de CUESTIONES JURIDICAS y que está precedido de un admirable prólogo de uno de los más altos valores del país, el docto jurisconsulto y magistrado señor doctor Julio Tobar Donoso. La mayor parte de sus trabajos jurídicos, de sus valiosas defensas, de sus ponderados estudios, sin duda tan valiosos como los que hoy conocemos, permanecerán en el archivo de las oficinas judiciales, seguramente por mucho tiempo.

El libro, al que en estas breves líneas nos referimos, pone en primer término de manifiesto la gran versación del jurisconsulto cuencano en las más variadas ramas del saber jurídico: allí sus admirables defensas penales, allí los estudios profundos sobre problemas regulados por el Derecho Civil, allí sus acertadas observaciones a las deficiencias y lagunas de la legislación procesal; allí sus estu- pendas producciones sobre Derecho Mercantil. Los trabajos de Arizaga no tienen como finalidad el publicarse con fines de divulgación de las enseñanzas de Derecho; no persiguen el esclarecer en el campo doctrinario debatidos problemas jurídicos; los trabajos que se publican son los escritos presentados en defensa de personas a las que él patrocinaba en el ejercicio de su profesión; pero que han sido elaboradas con tan alto sentido de responsabilidad, con tan recto sentido de justicia, que a pesar de su finalidad particular tienen esta validez permanente. He aquí una face admirable de un abogado:

Cuando interviene en el foro no debe buscar el triunfo de su cliente por cualquier medio a su alcance, no debe buscar la solución particularísima que le interesa, sino esforzarse porque la Justicia impere y porque la verdad sirva de norma al Juez para un pronunciamiento correcto.

Interviene Arizaga defendiendo casos particulares, si; pero buscando a travez de esos casos particulares el imperio de la Justicia, el esclarecimiento del sentido de las leyes, no sólo para el caso individual en debate, sino tratando de conseguir que la cabal comprensión de las leyes y su recta aplicación impidan la distorsión del derecho. Los admirables trabajos jurídicos, ponen de manifiesto, como ya indicamos, el espíritu de responsabilidad del Abogado que sabe llevar con ejemplar decoro la alta función de auxiliar de la justicia: Estudio meditado, profundo y concienzudo del caso en debate; análisis exhaustivo del fundamento jurídico de la acción; acopio ordenado y abundante de doctrina lo más calificada. Cuan alta y respetable sería la abogacía si todos los que ejercen tuvieran ese sentido de responsabilidad en su práctica diaria; si el patrocinio judicial no fuera la fácil tarea de salir del apuro con los escritos ramplones, con las exposiciones huérfanas de doctrina y en las que más se busca confundir al juez o al contendor con sutilezas de mala ley, antes que ayudar a esclarecer la verdad de los hechos y el real sentido del derecho.

Admirable dignidad la de Arizaga en el ejercicio de su profesión por el irrestricto respeto, por la ponderación y altura con la que interviene sin herir a jueces, ni menos, muchísimo menos, ofender al colega que patrocina a la parte contraria. Léanse sus escritos y no se encontrará en ellos ni una frase, ni una palabra siquiera con la que se hiera en alguna forma la susceptibilidad de letrados o magistrados. Este aspecto, esta virtud del Abogado, quizás porque esta muy venida a menos, la admiramos con particular complacencia y la destacamos como motivo singular de honra y quiciéramos que para honor y prestigio del foro, se imite y se viva esta virtud, cuando con horror y repugnancia vemos que se trata de degradar el ejercicio profesional al convertirlo en campo de agravios ruines, en ocasión de sorpresas y actuaciones desleales, en motivo de exaltación de minúsculos rencores o de celos y resentimientos imposibles de disimular.

Arizaga actuó en el periodismo azuayo, tradicionalmente propenso a los excesos de la pasión y la violencia, en un período de rudo batallar político. Es verdad que como polemista escribió frases duras y sus páginas son candentes, pero cuando toma su pluma para discutir sobre asuntos científicos, la ponderación, la serenidad y el respeto a las ideas y a las apreciaciones del contendor son las características de sus escritos. Como demostración de lo que afirmamos tenemos los interesantísimos artículos sobre "Los peritos", que originalmente publicados en la acreditada revista *La Unión Literaria*, se los reproduce en esta recopilación. Con doctrina abundante y de primera calidad, con lógica irrevocable, el Doctor Arizaga demuestra como es absurdo el que el médico legista pretenda abrogarse las atribuciones del juez para calificar la intensidad del delincuente, en el acto de reconocimiento y determinación del cuerpo del delito. Hace presente Arizaga el peligro que existe de que tal apreciación quede sin refutación debida, porque alguien pudiera recoger e invocar tan equivocada doctrina. Hay material suficiente para aniquilar al contendor, para demostrar que no es una apreciación científica sino una elocubración infantil y absurda; pero para mantener la ponderación y altura que debe guardarse en una controversia científica, aparte de rápidas alusiones de finísima ironía, se limita a demostrar el que la tesis que él sustenta es la que debe prevalecer para la recta administración de justicia, guardando toda consideración y miramiento para su contendor.

En estos breves apuntes no vamos a hacer un estudio exhaustivo de los diferentes temas y los variados trabajos jurídicos que se recogen en el libro que comentamos, pero queremos detenernos en algunos puntos tratados por él, con el principal propósito de recomendar su lectura, a fin de que se aprecien sus brillantes cualidades.

En general en sus trabajos podemos apreciar la abundancia de citas que ponen de manifiesto el que sus opiniones se encontraban cimentadas en las más firmes y valiosas doctrinas y que demuestran que Arizaga obtuvo el éxito y la fama permanente, no por las sutilezas de su ingenio, sino por ser un incansable estudioso del derecho, porque supo cumplir la primera y fundamental obligación del abogado que es la de estudiar, según el acertado decir del insigne uruguayo Coutoure. Pero la abundancia de citas y las múltiples transcripciones de ideas y opiniones de los más calificados juristas,

está perfectamente vertebrada con el problema que se discute. Con singular sagacidad hace presente Arizaga lo inapropiado que resulta el tratar de aplicar doctrinas jurídicas extranjeras que nacen de la exégesis de normas positivas que difieren de las nacionales. Esta falta de espíritu crítico para saber si es o no aplicable la opinión de un jurista extranjero, puede llevar a jueces o defensores a verdaderos despropósitos, si se pretende acoplar principios exóticos para interpretar o aplicar a nuestra legislación. Absurdo sería, por ejemplo, tomar el principio de la "nocturnidad" como circunstancia calificativa o gravante de un delito recogiendo afirmaciones de exégetas de la Ley española, que se basan en concepciones diferentes y en principios diferentes a los que ha tomado el legislador nacional para dictar la ley ecuatoriana. El acierto y precisión en las citas doctrinarias que tiene Arizaga se debe en muy buena parte al amplio conocimiento que demuestra tener del derecho extranjero. Sin duda, para apreciar debidamente la doctrina, estudiada previamente las normas positivas y veía si eran o no aplicables a nuestra realidad jurídica. Ejemplo magnífico de estas cualidades es su alegato escrito en el año 1903 defendiendo a don Mariano Vázquez López, ante la Corte Superior de Cuenca. En este trabajo, en el que hace un valiosísimo y muy interesante estudio sobre la nulidad, demuestra Arizaga su conocimiento del Derecho Civil, su maestría como procesalista y su amplia versación en Derecho Constitucional; presentándose como el jurisconsulto de estudio constante, de criterio acertado y de visión clara; como el jurisperito diestro y experimentado que domina los complejos problemas del procedimiento; como el jurista respetable que con sabiduría y lógica desentraña el real sentido de la ley; como el estadista y el político honesto que defiende y trata de salvaguardar los derechos fundamentales de la persona humana.

Pero Arizaga no fue un jurista tan sólo en la aplicación del Derecho, sino que se preocupó constantemente por su superación y progreso. Deber de todo abogado es el buscar no sólo la aplicación de la Ley sino su corrección y su perfeccionamiento. En el libro primero de Arizaga, publicado con motivo del centenario de su nacimiento y que recoge su labor en el parlamento como representante del Azuay, encontramos los afanes que tuvo como legislador para perfeccionar la Ley. Ese mismo afán encontramos aquí al leer un estudio sobre reformas a la Ley de Enjuiciamiento Civil, en el que

hace atinadas observaciones al proyecto de Ley elaborado por el consagrado maestro y eminente procesalista doctor Victor Manuel Peñaherrera. Sus acotaciones ponen de relieve el conocimiento profundo que tenía de la práctica jurídica y la jurisprudencia nacional, y busca la purificación del proceso indicando fórmulas que permitan acelerar la tramitación de litigios, para impedir que los incidentes inmotivados cierren el camino a la justicia, para erradicar los procedimientos dilatorios que sirven sólo para que rúbulas de parroquia justifiquen sus honorarios, consiguiendo con su conducta el desprestigio de la abogacía. Se afana Arizaga porque la Ley sea clara y precisa para evitar que su oscuridad permita la promoción de juicios innecesarios y para que los tribunales puedan sentar una jurisprudencia acertada y firme. Nada más perjudicial para el recto orden jurídico el que la ley se convierta en lo que él llamaba logogrifos que confunden aún a los iniciados en el estudio del derecho. Con admiración vemos como muchas de sus acertadas observaciones no han sido recogidas por quienes desde entonces han venido reformando o codificando la Ley y se mantienen aún algunas disposiciones desacertadas con menoscabo de la técnica y la seriedad jurídica. Tal el caso de lo que en 1913 Arizaga llamaba "desdichadísima antigualla" de englobar entre personas que gozan del amparo de pobreza al Fisco y a las Municipalidades. Hoy día, las flamantes codificaciones mantienen "la desdichadísima antigualla" que en 1913 "ya era tiempo de que desaparezca" y no sólo se mantienen estas instituciones, sino que la lista ha sido enriquecida con los nombres de millonarias entidades como las Cajas de Previsión Social, que si bien es justo que se encuentren exentas del pago de contribuciones y derechos judiciales, esta exención tiene fundamentos muy distintos a la pobreza.

Particular mérito tienen las defensas penales que han sido publicadas. Interesan y las leen con deleite, aún quienes son ajenos a las disciplinas jurídicas. Pieza admirable, trabajo de antología, por su forma y por su fondo, es la defensa de don Francisco Moreno, ante el Tribunal de Jurados de la ciudad de Cuenca. Es que en esta exposición Arizaga tenía el auxilio de su elocuencia y le favorecían en grado sumo sus cualidades de orador extraordinario. Son admirables por su brillantez y certeza las metáforas que utiliza; inimitables las princielladas con las que pinta la situación azarosa y desesperante del hombre mordido por los celos e infamado por la traición y la infidelidad conyugal. La fuerza dialéctica de sus argumen-

taciones, la destreza en el manejo de la Ley y la lógica en su recta aplicación al caso debatido, sumados a la abundancia de doctrinas impregnada de justicia y de afán renovador, como el sostener el carácter preventivo, en circunstancias de emiente ataque, de la legítima defensa, son características que hacen de esta pieza jurídica de primerísimo valor.

Quizás nos hemos extralimitado en estas líneas en el propósito inicial que tuvimos, y que no fue otro que el manifestar el júbilo con el que recibíamos esta nueva publicación del docto polígrafo azuayo que viene a enriquecer la obra jurídica del país, a ratificar y demostrar la fama y prestigio que se conserva de Arizaga como jurisconsulto y magistrado, y rendir un nuevo homenaje sincero a la memoria del ilustre cuencano que con su vida y su obra enalteció y enaltece a esta tierra que se honra en contarle entre sus hijos más ilustres.

Si en pocas palabras tuvieramos que sintetizar cómo se refleja la personalidad de Arizaga en las páginas brillantes de su magnífico libro, diríamos que allí está como maestro por su versación, maestro por su alto sentido de responsabilidad, maestro por su rectitud de criterio y honradez de procedimientos, maestro por la dignidad en el ejercicio de su nobilísima misión de auxiliar de la justicia.

Ricardo Muñoz Chávez



CRONICA UNIVERSITARIA

1964

OCTUBRE

Día 16

LA UNIVERSIDAD Y EL XV CONGRESO NACIONAL DE SOCIOLOGIA DEL INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Especialmente invitada la Universidad de Cuenca por el doctor Lucio Mendieta y Núñez, Director del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, para que se haga representar en el XV Congreso Nacional de Sociología, exclusivamente sobre reforma agraria, que debía reunirse con el patrocinio de la indicada Entidad en Tepic, Estado de Mayarit, México, a partir del día correspondiente a la fecha de esta nota, el Consejo Universitario, tomando en cuenta que los aspectos concernientes a reforma agraria tienen palpitante actualidad en el Ecuador, dispuso que la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales acreditara Delegados a tan importante evento.

El Consejo Directivo de la Facultad designó para que la represente a los catedráticos doctores Luis Monsalve Pozo, ex-Vicerrector de la Universidad y eminente soció-

logo, y César Astudillo, a la sazón Decano de la Facultad y profesor de Sociología.

El doctor Monsalve Pozo presentó a consideración del Congreso un interesante estudio intitulado "Estructura Agrícola y Reforma Agraria", valiosa monografía que pronto será publicada en los órganos universitarios.

Las resoluciones a las que arribó el Congreso fueron de gran trascendencia en el campo social no solamente mexicano, sino de la América toda.

Día 20

ELECCION DE RECTOR DEL COLEGIO FRAY VICENTE SOLANO

De conformidad con la nueva reglamentación aprobada por el Consejo Universitario, en virtud de la cual el Rectorado del Colegio de Segunda Enseñanza "Fray Vicente Solano", anexo a la Facultad de Filosofía y Letras, debe ser una función independiente al Decanato de la Facultad, al que estaba adscrito antes, la antedicha Corporación eligió para esa dignidad al doctor Claudio Malo González, Profesor Titular de la Facultad de Filosofía.

Día 28

CONMEMORACION DEL IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE MIGUEL ANGEL

La Facultad de Filosofía y Letras recordó el cuarto centenario de la muerte de Miguel Angel Buonarroti, insigne pintor y poeta italiano, con la erudita conferencia que en el Aula Magna del Plantel sustentó el Rector doctor Gabriel Cevallos García sobre la obra de Miguel Angel al través de su vida y especialmente la desarrollada en la Capilla Sixtina.

Día 30

NOBLE Y DESINTERESADO GESTO DEL RECTOR HONORARIO DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ

Requerido por la Asamblea Universitaria para que continúe al frente de la Cátedra que regenta en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, el doctor Carlos Cueva Tamariz, al deferir a esta solicitud a pesar de su separación del Rectorado y de haber obtenido su jubilación, resolvió, al propio tiempo, que la remuneración que conforme a la Ley le corresponde, sea destinada, íntegramente, a becas para estudiantes y al incremento de los fondos de la Biblioteca de la Facultad de Jurisprudencia.

Al efecto dirigió al Rector Titular, doctor Gabriel Cevallos García, la siguiente comunicación:

"Cuenca, a 20 de octubre de 1964.

Sr. Dr. D.

Gabriel Cevallos García,

Rector de la UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Presente.

Señor Rector:

Tengo en mi poder el nombramiento, suscrito por U., de Profesor Principal de Derecho del Trabajo en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de su digno rectorado.

Como estoy ya jubilado, juzgo que es el caso de que se aplique el artículo 66 de la Ley Orgánica de Educación Superior, o sea que el Consejo Directivo de la Facultad establezca la remuneración suplementaria que me corresponda.

Tal remuneración suplementaria deseo destinar al sostenimiento de becas para estudiantes universitarios y a mejorar el fondo bibliotecario de la Facultad, de conformidad con una reglamentación que

acordaríamos con U. y el H. Consejo Universitario. De esta manera quiero retribuir, siquiera en mínima parte, lo mucho que debo a la ilustre Universidad cuencana.

Aprovecho de la oportunidad para reiterar a U., señor Rector, el testimonio de mis distinguidas consideraciones y suscribirme de U. muy atentamente,

Carlos Cueva Tamariz.

El Consejo Universitario, en la fecha correspondiente a esta nota, aprobó la Resolución del Rectorado en virtud de la que se verifica las asignaciones respectivas del fondo donado por el doctor Cueva Tamariz que ha permitido que cuatro estudiantes sigan cursos en el Exterior y en la propia Universidad.

NOVIEMBRE

Día 3

EXPOSICION CULTURAL, ARTISTICA E INDUSTRIAL AUSPICIO LA UNIVERSIDAD

Por iniciativa de la Universidad de Cuenca y con la cooperación del Centro de Reconversión Económica del Azuay, Cañar y Morona Santiago, con motivo de la efemérides patria de la Ciudad, se organizó y ofreció al público una amplia exposición de carácter cultural, industrial y artesanal a la que concurrieron muchísimas personas y varias instituciones de la urbe para exhibir sus trabajos, artefactos industriales, etc. etc.

La exposición fue visitada por millares de personas que la elogiaron en forma unánime.

Día 9

EL DOCTOR LUIS MONSALVE POZO ES DESIGNADO DECANO DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Fenecido el período legal que para el ejercicio del Decanato de la Facultad de Jurisprudencia tenía el doctor César Astudillo, la Junta de la Facultad designó para tan elevada jerarquía universitaria al doctor Luis Monsalve Pozo, ex-Vicerrector del Instituto y uno de los más antiguos y prestigiosos catedráticos del Platel.

El doctor Monsalve Pozo, antes de la designación recaída en su persona para que ejerza el Vicerrectorado, fue ya Decano de la Facultad por diez años continuos, alcanzando un gran progreso para ella gracias a sus iniciativas y a sus dotes de organización.

En este nuevo mandato, la Facultad espera mucho de él.

Para Subdecano fué elegido el profesor doctor Gerardo Cordero León.

Y para miembros del Consejo Directivo, los Profesores doctores Rafael Chico Peñaherrera y Antonio Borrero Vintimilla.

Día 14

EL DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ FUE DESIGNADO REPRESENTANTE DEL PROFESORADO ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO

La Asamblea Universitaria, casi por aclamación, designó al doctor Carlos Cueva Tamariz como su Representante ante el Consejo Universitario.

El doctor Cueva aceptó complacido esta nominación

que, según dijo, le proporcionaba una nueva oportunidad de servir a la Universidad y al claustro de profesores.

DICIEMBRE

Día 17

EL TEATRO UNIVERSITARIO DE SAN MARCOS DE LIMA VISITO LA CIUDAD DE CUENCA Y SU UNIVERSIDAD

En demostración de gentileza y deferencia para la Universidad Cuencana, el Teatro Universitario de San Marcos de Lima, que dirige el Profesor Guillermo Ugarte Chamorro, anunció su visita al Instituto y a la Ciudad de Cuenca.

La Universidad y su Rector doctor Gabriel Cevallos García ofrecieron al grupo teatral todo su generoso auspicio a fin de que pueda cumplir a cabalidad su faena de arte y cultura.

De esta manera el Teatro Universitario de Lima debutó en el amplio Teatro del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, con la obra de Enrique Solari Swayne, "Collacocha", que por la magnífica interpretación de los actores, fue reiteradamente aplaudida en las diferentes ocasiones en que se la llevó a escena.

Para finalizar su temporada de arte en Cuenca, en el Auditorium "Carlos Cueva Tamariz" de la Ciudad Universitaria, brindó la lectura interpretada de la tragedia "La Muerte de Atahualpa", de Bernardo Roca Rey, acto cuya presentación estuvo a cargo del Vicerrector Ing. Marco T. Erazo Vallejo.

En el Bar de la Ciudad Universitaria el Instituto ofreció al grupo de distinguidos visitantes una manifestación de carácter social en la que primó la cordialidad.

Día 19

PRIMER FESTIVAL DE MELODIA NAVIDEÑA

Organizado por el Conservatorio de Música de la Universidad, en el Auditorium "Carlos Cueva Tamariz" se desarrolló el Primer Festival de Melodía Navideña, concurso musical en el que participó casi la totalidad de los colegios secundarios de la ciudad.

Durante el desarrollo del certamen se hizo derroche de arte y buen gusto y se discernieron los premios que para estimular a los participantes habían sido donados por los personeros del Gobierno Nacional, por las autoridades de la Universidad y de la Ciudad y por varias instituciones públicas.

Por lo valioso de las composiciones interpretadas y la magnífica ejecución de todas ellas, el jurado calificador que lo presidió el Rector doctor Cevallos García resolvió que "tan significativo evento de arte y cultura musical no tuviera el carácter de concurso, sino simplemente de belleza y colaboración social, ya que cuantos han tomado parte en él, tienen sus propios méritos y esfuerzos; de suerte que la premiación es nada más que un estímulo y aplauso a quienes han reunido mejores cualidades en la infinita gama de la melodía musical".

Conjuntamente con el Festival se llevó a cabo un concurso de villancicos. Fueron premiadas las siguientes composiciones: Haced Lumbre Pastores y Borriquito Navideño, de Francisco Torres Oramas, y Estrellas de Navidad, de Rubén Mosquera.

El Primer Festival de Melodía Navideña, ofrenda de amor en los días postreros del año, dejó un haz de gratísimas impresiones y recuerdos y ojalá en los venideros continúen organizándose similares presentaciones que, como la que es materia de esta nota, cautivan el espíritu.

PROFESORES QUE REALIZAN PERFECCIONAMIENTO DE ESTUDIOS EN EL EXTERIOR

Con el auspicio de la Universidad y de Instituciones Públicas, durante el segundo semestre del año de 1964 han viajado al Exterior los siguientes profesores de las diferentes Facultades, para realizar estudios en las materias de su especialización:

Dr. Rubén Darío Solís Cabrera, para asistir al Congreso de Farmacología de Colombia.

Dr. Eduardo Vázquez Carrión, para un curso de Oftalmología en el Canadá.

Dr. Guillermo Aguilar Maldonado, para un curso sobre organización de Hospitales y Clínicas, en México.

Ing. Rafael Vélez Jaramillo, para un curso sobre Mecánica de los Suelos, en Francia.

Ing. Ernesto Carvallo Valdivieso, para un curso sobre recursos hidráulicos, en Israel.

Sr. Rafael Malo Cordero, para un curso sobre Arquitectura en el Brasil.

BODAS DE PLATA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS

Durante los meses de octubre y noviembre de 1964 la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas completó el programa de actividades formulado para conmemorar los 25 años de su fundación, programa que se inició en el año escolar anterior.

En la próxima entrega de esta Revista la Redacción hará una reseña completa de los principales acontecimientos llevados a cabo con tan grata oportunidad.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

INDICE GENERAL DE LOS NUMEROS 1, 2, 3 y 4 DEL TOMO XX, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1964

Págs.

Nº 1.—Enero-Marzo de 1964.

Acuerdo en homenaje al Colegio "Benigno Malo"	3
A. C. T. —Editorial:	5
Gabriel Cevallos García: Evocación de Teilhard de Chardin	7
Wolf Hollerbach: Estilo y Estilística	15
Claudio Malo González: Las Ideas Político-Administrativas del Doctor Benigno Malo	35
Rigoberto Cordero y León: Un Gran Poeta del Colegio "Benigno Malo"	57
Víctor Lloré Mosquera: Una Década más de Faena Universitaria	86
Recomendaciones acordadas en la II Reunión de Juristas Especializados en Derecho de Familia y de Menores, celebrada en Rio de Janeiro	111
Gabriel Cevallos García: Notas Bibliográficas	129
Crónica Universitaria	139

Nº 2.—Abril-Junio de 1964.

PAGINAS DE HONOR: La Asamblea Universitaria del 20 de Junio de 1964	155
Francisco Alvarez González: Reflexiones sobre la Filosofía Alemana	177
José López Rueda: Humor y Pasión en el Teatro de Shakespeare	195
Paul Engel: El Cuarto Centenario de Schakespeare	221
Hernán Coello García: La Reforma Agraria en el Ecuador	247
Rigoberto Cordero y León: Bach, Luz de la Tierra al Cielo	267
Crónica Universitaria	285

Nº 3.—Julio-Septiembre de 1964.

A. C. T. —Editorial: La Segunda Conferencia Nacional de Derecho	303
SEGUNDA CONFERENCIA NACIONAL DE DERECHO CIVIL, PENAL, MERCANTIL Y LABORAL:	
Comisión Organizadora	309
Reglamento	310
Nómina de Delegados	317
Temario	321
Reseña	323
Luis Monsalve Pozo: Discurso en la sesión solemne de inauguración	329
Alfonso Troya Cevallos: Discurso en la sesión solemne de inauguración	339
Ramón Vela Cobos: Discurso en la sesión solemne de inauguración	341
Francisco Ochoa Ortiz: Discurso para declarar solemnemente inaugurada la Conferencia	343
Alfredo Mora Reyes: Discurso en la sesión solemne de clausura	351
Resoluciones	357
César Fernández Márquez: Sugerencias para la Redacción de un Anteproyecto de Código Civil Ecuatoriano	385
Juan Ignacio Larrea Holguín: La Sociedad Conyugal y sus posibles reformas	439
Julio Corral Borrero: Reformas al Código Civil	467
Miguel Angel Aguirre: La Sociedad Conyugal y su Régimen	479
Reinaldo Chico Peñaherrera: Exposición de Motivos y Anteproyecto del Libro Primero del Código Penal	487
Jorge Cornejo Rosales: Reglamento para la Etapa de Ejecución de las Penas	557
Carlos Aguilar Maldonado: Reformas a la Ley de Tránsito	567
Tarquino Vázquez Peña: Algunas Consideraciones sobre la Ley de Tránsito	583
Alfonso Troya Cevallos: Nueva Regulación del Sistema Probatorio	591
Alfredo Mora Reyes: Proyecto de Reformas al Código de Procedimiento Civil y a la Ley Orgánica de la Función Judicial	605
Antonio G. Serrano: Anteproyecto de Reformas al Código de Procedimiento Civil	609
Antonio Borrero Vega: Estructuración de los Juzgados de Instrucción	619
Luis Monsalve Pozo: El Deber de Contratar	635
Carlos Cueva Tamariz: El Estado-Patrono	637
Julio César Trujillo Vázquez: Seguro Social del Trabajador Agrícola	643
Fabián Jaramillo Dávila: El Derecho de Huelga en la Constitución y en el Código del Trabajo y sus Reformas	659
Comunicaciones y Comentarios	663
Crónica Universitaria	673

Nº 4.—Octubre-Diciembre de 1964.

G. C. G. Editorial: En el Centenario de Unamuno	683
PAGINAS DE HONOR:	
Trascendental e Histórico Acto Universitario:	
Leoncio Cordero Jaramillo: Discurso	689
Marco T. Erazo Vallejo: Discurso	696
Gabriel Cevallos García: Primera Lección del curso académico 1964-1965	698
Jaime Vintimilla Albornoz: Discurso	707
Cornelio Malo Donoso: Discurso	712
Miguel de Unamuno: Tres Ensayos: ¡Adentro! — La Ideocracia — La Fe	715
Francisco Alvarez González: Unamuno y la Enseñanza Superior en España	745
Wolf Hollerbach: La Técnica Narrativa	757
Rigoberto Cordero y León: Schumann, Distancia Inefable	783
Miguel Sánchez Astudillo: El Ser de Unamuno	791
Nómina de ex-alumnos de la Universidad de Cuenca Galardonados con la Condecoración "BENIGNO MALO"	805
Ricardo Muñoz Chávez: Notas Bibliográficas	811
Crónica Universitaria	822

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

Págs.

A

A. C. T. —Editorial	3
Alvarez González Francisco: Reflexiones sobre la Filosofía Alemana	177
A. C. T. Editorial: La Segunda Conferencia Nacional de Derecho	303
Aguirre Miguel Angel: La Sociedad Conyugal y su Régimen	479
Aguilar Maldonado Carlos: Reformas a la Ley de Tránsito	567
Alvarez González Francisco: Unamuno y la Enseñanza Superior en España	745

B

Borrero Vega Antonio: Estructuración de los Juzgados de Instrucción	619
---	-----

C

Cevallos García Gabriel: Evocación de Teilhard de Chardin	7
Cordero y León Rigoberto: Un Gran Poeta del Colegio "Benigno Malo"	57
Cevallos García Gabriel: Carlos Manuel Larrea y la Audiencia de Quito (nota bibliográfica)	129
Cevallos García Gabirel: Carrera Andrade en la Academia (nota bibliográfica) ...	132
Cevallos García Gabriel: La Vocación de Isaac J. Barrera (nota)	135
Cevallos García Gabriel: Discurso en el acto cívico desarrollado en el Aula Magna de la Universidad	140
Coello García Hernán: La Reforma Agraria en el Ecuador	247
Cordero y León Rigoberto: Bach, Luz de la Tierra al Cielo	267
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en la inauguración de los Edificios de la Zona Administrativa de la Ciudad Universitaria	289
Cevallos García Gabriel: Discurso en la sesión solemne de clausura de la II Conferencia Nacional de Derecho	351
Corral Borrero Julio: Reformas al Código Civil	467

	Págs.
Cornejo Rosales Jorge: Reglamento para la Etapa de Ejecución de las Penas ...	557
Cueva Tamariz Carlos: El Estado-Patrono	637
Cordero Jaramillo Leoncio: Discurso en el acto de homenaje al doctor Carlos Cueva Tamariz	689
Cevallos García Gabriel: Primera Lección del Curso Académico 1964-1965	698
Cordero y León Rigoberto: Schumann: Distancia Inefable	783

CH

Chico Peñaherrera Reinaldo: Exposición de Motivos y Anteproyecto del Libro Primero del Código Penal	487
--	-----

E

Engel Paul: El Cuarto Centenario de Schakespeare	221
Erazo Vallejo Marco T.: Discurso en el homenaje al doctor Luis Monsalve Pozo....	696

F

Fernández Márquez César: Sugerencias para la Redacción de un Anteproyecto de Código Civil Ecuatoriano	385
--	-----

G

G. C. G. Editorial: En el Centenario de Unamuno	683
---	-----

H

Hollerbach Wolf: Estilo y Estilística	15
Hollerbach Wolf: La Técnica Narrativa	757

J

Jaramillo Dávila Fabián: El Derecho de Huelga en la Constitución y en el Código del Trabajo y sus Reformas	659
---	-----

L

López Rueda José: Humor y Pasión en el Teatro de Shakespeare	195
Larrea Holguín Juan Ignacio: La Sociedad Conyugal y sus posibles Reformas	439

LL

Lloré Mosquera Víctor: Una Década más de Faena Universitaria	86
--	----

M

Malo González Claudio: Las Ideas Político Administrativas del Doctor Benigno Malo	35
Monsalve Pozo Luis: Discurso de inauguración de la II Conferencia Nacional de Derecho	329
Mora Reyes Alfredo: Discurso en la sesión de clausura de la II Conferencia Na- cional de Derecho	347
Mora Reyes Alfredo: Proyecto de Reformas al Código de Procedimiento Civil y a la Función Judicial	605
Monsalve Pozo Luis: El Deber de Contratar	635
Malo Donoso Cornelio: Discurso en la inauguración del curso 1964-1965	712
Muñoz Chávez Ricardo: Un Libro Esperado (Nota bibliográfica)	811
Muñoz Chávez Ricardo: Una obra jurídica de gran valor (Nota bibliográfica)	815

O

Ochoa Ortiz Francisco: Discurso declarando solemnemente inaugurada la II Con- ferencia Nacional de Derecho	343
---	-----

S

Serrano Antonio Gonzalo: Anteproyecto de Reformas al Código de Procedimiento Civil	609
Sánchez Astudillo Miguel: El Ser de Unamuno	791

T

Troya Cevallos Alfonso: Discurso en la sesión inaugural de la II Conferencia Na- cional de Derecho	339
Troya Cevallos Alfonso: Nueva Regulación del Sistema Probatorio	591
Trujillo Vázquez Julio César: Seguro Social del Trabajador Agrícola	643

U

Unamuno Miguel de: Tres Ensayos: ¡Adentro! — La Ideocracia — La Fe	715
--	-----

V

Vela Cobos Ramón: Discurso en la sesión inaugural de la II Conferencia Nacional de Derecho	341
Vázquez Peña Tarquino: Algunas Consideraciones sobre la Ley de Tránsito	583
Vintimilla Albornoz Jaime: Discurso de ofrecimiento de la Condecoración "Benigno Malo" a los egresados en 1964.	707

VARIOS:

—Acuerdo en homenaje al Colegio Benigno Malo	3
—Recomendaciones acordadas en la II Reunión de Juristas Especializados en Derecho de Familia y de Menores, celebrada en Rio de Janeiro ..	111
—Acta constitutiva de la Asociación de Facultades Ecuatorianas de Medicina	288
—Acuerdo del Consejo Universitario por la separación del doctor Víctor Lloré Mosquera de la Secretaría General de la Universidad	292
—Acuerdo de la Facultad de Jurisprudencia solicitando homenajes al doctor Carlos Cueva Tamariz	294
—Comisión Organizadora de la II Conferencia Nacional de Derecho	309
—Reglamento de la II Conferencia Nacional de Derecho	310
—Nómina de Delegados a la II Conferencia Nacional de Derecho	317
—Temario de la II Conferencia Nacional de Derecho	321
—Reseña de la II Conferencia Nacional de Derecho	323
—Resoluciones de la II Conferencia Nacional de Derecho	357
—Comunicaciones y Comentarios de Prensa sobre la II Conferencia Nacional de Derecho	663
—Acuerdo del Consejo Universitario otorgando la Insignia "Universidad de Cuenca" al doctor Carlos Cueva Tamariz	688
—Acuerdo del Consejo Universitario en homenaje al doctor Luis Monsalve Pozo	695
—Nómina de Ex-alumnos de la Universidad de Cuenca galardonados con la Condecoración "Benigno Malo"	805